

LAS TROCHAS DE LA MEMORIA

HISTORIAS DE LA SEGUNDA
COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA

SEGUNDA EDICIÓN



JOSÉ JARAMILLO MEJÍA

LAS TROCHAS DE LA MEMORIA
HISTORIAS DE LA SEGUNDA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA

JOSÉ JARAMILLO MEJÍA
SEGUNDA EDICIÓN

© José Jaramillo Mejía

Calle 67 No. 27-14 Edificio Balkares Apartamento 602
Manizales-Caldas-Colombia

Celular: 310 8391277

E-mail: jaramillo.mejia@hotmail.com

Título: Las trochas de la memoria. Historias de la segunda
colonización antioqueña

Segunda edición: agosto de 2025

ISBN: 978-958-48-1004-5

Autor: José Jaramillo Mejía

Asesor Editorial: Fabio Vélez Correa

Foto portada: Familia Mejía Palacio en la Unión Antioquia
antes de emigrar

Dibujo Contraportada: Juan Hómez

Fotos: Archivo familiar

Impresión y terminado:

Manigraf Grupo Editorial
Calle 19 N° 17-23 Cel. 311 605 3308

e-mail: manigraf.comercial@gmail.com

*“A mis familias Jaramillo-Guzmán y
Mejía-Palacio, cuyos títulos nobilia-
rios no han sido otros que las manos
encallecidas por el trabajo”.*

LAS TROCHAS DE LA HISTORIA

Álvaro Gärtner Posada

Presidente de la Academia Caldense de Historia

A medida que pasan los años y refuerzo la relación con José Jaramillo Mejía a través de la Academia Caldense de Historia, más me viene a la memoria la vieja y entrañable sede del diario manizaleño *La Patria*, la cual conocí cuando apenas tenía un piso por la carrera 20, diagonal al edificio de la Gobernación de Caldas. Hasta allá iba José, cada lunes sin falta, a eso de las 10:00 a.m., a entregar el texto de una columna de opinión que mantiene en el periódico, a pesar del paso de los años. En aquellos tiempos no había recursos tecnológicos para enviarla, pues el correo electrónico todavía tardaría dos décadas. Lo más avanzado que se conocía en Manizales era el *telex*, una especie de impresora conectada a una línea telefónica, que cada tanto botaba un texto impreso en papel fotográfico delgadito, con frecuencia ilegible.

Era un privilegio reservado a las empresas boyantes, porque el aparato tenía un costo inalcanzable para la gente común. De modo que los columnistas debían ir, sí o sí, a la redacción de *La Patria*, si querían seguir apareciendo en el periódico. Rara vez, José, por no decir nunca, faltó a la cita semanal. Por lo regular, él y los demás 'opinadores' tenían sus oficinas cerca y la visita ofrecía un valor agregado: eran atendidos con un delicioso café, que atraía multitudes los días lluviosos, dada la céntrica situación de la casa editorial.

Han pasado 40 años desde aquellas escenas y todavía me parece ver a José Jaramillo a la entrada de la jefatura de redacción, aguardando que se le permitiera la entrada. Entre tanto, algunos periodistas se acercaban a saludarlo y conversar unos instantes. A nadie negaba la palabra y fruto de la conversación, sus carcajadas breves, gozosas y espontáneas resonaban en muchos metros a la redonda. Otra característica suya era (y es) ir siempre impecablemente vestido de traje y corbata.

En ese entonces, quien esto escribe era un novel redactor, audaz e imprudente, y José ya era un avezado escritor, con muchas columnas, libros y letras de canciones auestas. Me llevaba ventaja... Por eso me sorprendió cuando me escogió para presentar su obra *Las trochas de la memoria*, cuyo propósito principal es contar a su vasto grupo familiar los procesos que provocaron migraciones de los terruños originales y su asentamiento en tierras ajenas, que supieron volver patria chica. También, señalar derroteros para futuras investigaciones acerca de alguno -o algunos- de los innumerables personajes que aparecen en sus páginas, a los cuales dedicó párrafos o unas líneas, apenas.

Reducirlo a una simple memoria familiar, basándose en que el autor apela a su prodigiosa retentiva y un profundo amor por sus antepasados, desconoce -incluso, niega- el aporte que José hace a la historiografía regional, al rememorar hechos desconocidos u olvidados, incluso para su público directo. El autor no se redujo a echar mano de sus muchos recuerdos, pues los contextualizó con investigaciones bibliográficas, que ayudan a entender cada época narrada en sus páginas. Incluso, analizó las corrientes de pensa-

miento que se han sucedido en el país a lo largo de los recientes 200 años, adobadas con la exposición de su propio pensamiento. Sus juicios de valor son certeros y contundentes.

El trasfondo de esta historia es hacer un retrato de la llamada colonización antioqueña, puesto que todos los antepasados de José Jaramillo hicieron parte de ella y la mayor parte se asentó en el Quindío, por entonces perteneciente al Estado Soberano -luego departamento- del Cauca. El autor admite implícitamente que no se trató de un movimiento homogéneo, pues de él hicieron parte oriundos de regiones diferentes de Antioquia, necesitadas de estabilidad, ávidas de aventuras o ansiosas de zafarse de unas guerras que no terminaban de comprender. No desconoce el daño causado a la naturaleza por los hacheros, ni al patrimonio arqueológico quimbaya por los g.uaqueros. Incluso, precipitaron la desaparición del último asentamiento quimbaya, en Cerritos, Risaralda, de los resguardos umbras de Tachiguí (actual Belén de Umbría) y de Guática. Proceso éste del cual quedaron al margen los antepasados de Jaramillo, porque se asentaron en otros lugares y no estaban imbuidos del espíritu de depredación exhibido por algunos colonos.

En su obra, el autor mezcla recuerdos de lo vivido por él mismo al lado de algunos de esos viejos, incluidos sus propios padres, y revive tradiciones orales familiares y regionales acerca de la vinculación de los suyos a los procesos de migración. Todas son amables, desprovistas de amarguras, pues prefiere hacer a un lado lo desagradable, para centrarse en lo positivo y las enseñanzas que dejaron.

A lo largo de las páginas permanece el orgullo por los orígenes humildes de las familias Jaramillo y Mejía, pertenecientes ambas a la *alpargotocracia*, especie de estrato social ideado por José para clasificar a sus antepasados entre la gente sencilla y humilde. Fue la pobreza el impulso de su migración en busca de mejores oportunidades, desde una Antioquia que miraba para adentro y era mayoritariamente conservadora, en contraste con el liberalismo desapasionado de los grupos familiares del autor, en el cual tenía cabida el catolicismo. Una pobreza condenada a perpetuarse, con lo poco y nada que daban las tierras antioqueñas para alimentar tantas bocas, que contrastaban con los ecos que se recibían acerca de la fertilidad de las caldenses, abonadas por milenios de cenizas volcánicas.

Una vez tomada la decisión de salir del terruño natal habitado durante generaciones, vendidas las propiedades ancestrales y cobrados los dineros de las ventas, casi siempre escasos, empacaron lo poco que tenían y emprendieron un largo y tortuoso viaje, a cuya precariedad sometieron a mujeres y niños. En contraste con las dificultades del camino, asoma el esplendor de un paisaje, que en cada recodo se hacía más deslumbrante. Sólo las señoras y los chicos de las últimas generaciones de migrantes tuvieron el privilegio de hacer el trayecto de Aranzazu a Manizales en cable aéreo.

Sin tiempo de descansar después del ingente viaje, comenzaron los esfuerzos por establecerse en las nuevas tierras y empezar de cero. Todos tenían igual responsabilidad en la consolidación de lo recién adquirido: los hombres se hacían cargo de la finca, bien fuera como pequeños propietarios, como administradores o aparceros. Las esposas debían sacar adelante el ho-

gar, casi siempre embarazadas, mientras en los niños recaía la responsabilidad de soltar por la mañana los terneros y encerrarlos al anochecer, antes y después de asistir a la escuela, si acaso la había en los contornos. Fueron así surgiendo agricultores, ganaderos en pequeña escala, vendedores de abarrotes o tenderos, sin que faltara uno que otro a quien “no le dictaba el trabajo”.

En medio de relatos, descripciones y remembranzas, se van reiterando los apellidos protagonistas de las sagas familiares, con sus consabidas historias. Son intrincadas redes genealógicas, a las cuales se suman las estrechas relaciones con los vecinos.

Y como telón de fondo, a la manera de una prolija escenografía de ópera barroca, movida por numerosos operarios invisibles, abundan las descripciones de costumbres ancestrales. No hay que llamarse a engaño, al creer que se trata de coloridos agregados, suprimibles en cualquier momento. Son fundamentales, porque se trata de retratos de época, que cuentan cómo vivían en tiempos idos los habitantes de lo que después fue conocido como Gran Caldas, incluidos los antepasados de José Jaramillo.

Así, el lector podrá hallar referencias a la medicina empírica y las parteras. La culinaria hogareña que todavía no descubría el potencial de la feracidad del Quindío. Cómo se entretenía la gente en las veladas nocturnas y con “música de cuerdas”, cuando todavía faltaba mucho para la llegada de la fonografía.

Se sabe de fiestas religiosas como la Semana Santa y la Nochebuena. O la íntima práctica del rosario cotidiano después de la comida. En las fiestas popula-

res se ponía de manifiesto la costumbre antioqueña de abusar del licor y la inclinación por los juegos de azar.

Dichas descripciones, y muchas más que no se mencionan por no detener más al lector en esta nota, hubieran carecido de encanto si hubieran sido escritas con lenguaje 'culto'. Con sabiduría y amplio dominio del habla popular, el autor apeló a la paremiología, el acervo de refranes, dichos y expresiones acuñadas en el folclor. Dan sabor a la narración. En las últimas páginas, incluyó un glosario para explicar tales expresiones.

Con seguridad, de *Las trochas de la memoria* no sólo disfrutarán los descendientes de los Jaramillo y los Mejía, sino, especialmente los del autor, José Jaramillo Mejía. También será de importancia para los estudiosos de la historia regional, a quienes dará materia de discusión, y para los interesados en las culturas populares.

PRÓLOGO

Octavio Hernández Jiménez

Academia Caldense de Historia

Al desandar se hace camino

La obra *Las trochas de la memoria* del escritor quindiano-caldense José Jaramillo Mejía se ubica, a medio camino, entre la historia y la literatura. De historia tiene la veracidad de lo sucedido a su familia en su recorrido, en la última etapa de la colonización antioqueña, entre las tierras del suroriente de Antioquia y las del Quindío.

José Jaramillo aprovecha ese éxodo para hablarnos de las guerras civiles, del rapto de adolescentes y jóvenes, obligados por gobiernos y rebeldes “*a una lucha cuyos móviles y objetivos ignoraban*”; de las confrontaciones políticas, los papeles desempeñados por militares, terratenientes, gamonales y curas; de la endogamia familiar, que excluía personas de otras etnias; de las costumbres y oficios humildes; de las ansias de las familias jóvenes “*de poseer un pedazo de tierra*”, “*la adjudicación de baldíos*”, “*la venta de baldíos a particulares*”, el comercio del café a nivel regional, el poblamiento de amplias zonas del centro-occidente colombiano y el papel hegemónico de la iglesia católica, sin que el autor omita hablar de la “*generación de la violencia*”.

El escritor se refiere a estos fenómenos sociales a medida que hilvana y desenreda el árbol genealógico de las familias Jaramillo-Guzmán y Mejía Palacio, cuya

fronda cubre los territorios antioqueños de La Ceja del Tambo, La Unión, Mesopotamia, Abejorral y Sonsón, que así como en su origen correspondían a varios solares, también lo fueron en sus asentamientos definitivos, como La Tebaida y Circasia (Quindío) Pensilvania (Caldas), otras poblaciones de Antioquia; y de allí *“por el país y el mundo como verdolaga en playa”*.

Es grata la lectura de las páginas que José Jaramillo dedica a Abejorral conocida como “la tierra de los Cien Señores”, la meseta de Vallejuelo y el municipio de La Unión con sus líneas familiares en las que el lector se admira por el acopio de uniones conyugales y sucesivas procreaciones, hasta desembocar en Braulio Botero Londoño, el personaje de Circasia que se distinguió por su ideario liberal y de libre pensador.

El escritor también nos relata la metodología seguida por él para adquirir lo que llama, con todo desparpajo, la *“memoria de bobo”*. Las charlas con la mamá, con la abuela, con los tíos maternos y paternos y las vivencias propias. Pero, además, el autor se echó su viaje a los pueblos antioqueños habitados por sus ancestros antes de enfrentarse al computador para fraguar esta obra.

Pero, fuera de mirar hacia atrás, también consigna la finalidad que persigue en el futuro: que su libro sea leído por familiares y amigos. Que las generaciones presentes y venideras reconozcan sus ancestros y su papel en la colonización antioqueña, *“esa epopeya casi fantástica”*, que no solo correspondió a las familias Jaramillo-Guzmán y Mejía-Palacio, sino a *“numerosas familias provenientes de Antioquia, Tolima, Cauca y Boyacá”*, que emigraron a la llamada *“Mariposa Verde”*.

Todo aquello que está comprobado una y mil veces por las tesis y los textos de historia, por los estudios etnológicos, sociológicos y económicos, viene barruntado de anécdotas, casi siempre optimistas pues, como lo asegura el autor, “*son gratas porque no es de la naturaleza de nuestra gente atormentarse con el recuerdo de desgracias, que se cubren con el piadoso manto del olvido, o se disimulan.*”

José Jaramillo emprende un trabajo simbólico de regreso a las raíces, guiado por la nostalgia y la memoria. Desandar el camino no es encontrarse con lo que fue sino con lo que se supone que fue. Con lo que las distintas generaciones desde la primera salida, con todos sus desvaríos, ha ido forjando y convirtiendo en palabras.

El humanista, lingüista, filósofo, historiador y crítico búlgaro-francés Tzvetan Todorov (1939-2017) es el autor de *El hombre desplazado*, obra con un enfoque autobiográfico, en la que trata, como él mismo lo dice, del “*hombre desarraigado, arrancado de su marco, de su medio, de su país; un hombre que sufre al principio pues es más agradable vivir entre los suyos que partir*”. Y con ese “*hombre desplazado*” surgió la polémica: ¿Los que salen siguen siendo los mismos que serían si no hubieran salido? ¿Los que marcharon siguieron siendo tan austeros, patriarcales, religiosos, como los que quedaron anclados en las viejas casonas de tapia? O, ¿el nuevo medio, las nuevas formas de pensar y de sentir, la economía y la pedagogía, las novísimas lecturas, el periodismo desaforado de aquella época, el poder ejercido por gente astuta, los contratiempos no presupuestados, las nuevas relaciones de dependencia, las amistades, amores y familias los hicieron

evolucionar de tal manera que al emprender, ahora, el viaje de la desandanza encontrarán a los que quedaron, en la tierra de partida, en un grado de evolución paralelo al suyo o carecerán de aquellos cambios que acometieron los que partieron por el camino real, hace más de cien años?

No podemos pensar que la evolución social parte siempre de lo menos a lo más. Todorov decía que ninguna cultura es en sí misma bárbara y ningún pueblo es definitivamente civilizado. Todos pueden convertirse tanto en una cosa como en la otra. Es lo propio de la especie. Este intelectual búlgaro-francés nos hizo caer en la cuenta de que una cosa son las posturas científicas y otra los impulsos vitales que nos orientan. Ahora, a comienzos del siglo XXI, no se leen, como hace cien años, novelas y poemas, en la misma intensidad y en los mismos estilos que antes. Sin embargo, como lo advierte Todorov, la literatura ayuda a ampliar el universo y anima a imaginar de otra manera este mundo tan complejo.

Asuntos como estos nos llevan a pensar que, en esa “*camándula de historias propias y ajenas*” de que habla José Jaramillo, hay mucho más que una persistente labor del recuerdo. La memoria no es la fijación universal y uniforme de una realidad desvanecida, ni la realidad es objetiva sino subjetiva, de acuerdo con el neurocientífico colombiano Rodolfo Llinás, quien afirmó que no existen los colores ni los olores, sino que nuestro cerebro hace una simulación de ellos para que creamos que de verdad existen. No todos vemos los colores con la misma intensidad ni captamos de idéntica manera, con las papilas, las partículas que expelen ciertos cuerpos. Dos personas que han visto lo mismo

no han visto lo mismo. Dos personas que han vivido lo mismo no lo han vivido de igual forma.

Basándose en su forma peculiar de captar la realidad, cada uno elabora su propia memoria. Y esto no lo es todo. Un nuevo estudio del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) versa sobre la forma como se produce la consolidación de la memoria. El informe lo publicó la revista “*Science*” (n de abril de 2017, p.8). Hasta ahora se creía que los recuerdos se grababan en el hipocampo que luego se consolidaban en una etapa posterior en el córtex para ser almacenados a largo plazo. Según el estudio del Instituto Tecnológico de Massachusetts, “*los recuerdos se forman de manera simultánea en el hipocampo y en el córtex cerebral... Los recuerdos a largo plazo permanecen en estado silente durante unas dos semanas antes de alcanzar un estado maduro*”.

De esta forma, lo que sería objetivo, real, único y demostrable se convertiría en una versión subjetiva, imaginaria y maleable, en las tantas variables que un suceso tiene mientras pasa de una grabación provisional de dos semanas a otra madura y esta al pasar a otro cerebro contará con las dos semanas de provisionalidad, antes de convertirse en otra forma estable y así sucesivamente.

Fuera del aspecto cerebral, se hacía difícil escapar a la mirada histórico-social que tenían los que se quedaban en los viejos lares con respecto al viaje de sus allegados a lugares lejanos, aunque hablaran de ellos como una tierra prometida más allá de sus fronteras. En el momento del desarraigo, había cosas que no existían en el sitio de llegada y se tornarían más diversas

con el paso de los años. Se trataba de una región en donde muchos enseres e, incluso, varias instituciones básicas, estaban por construirse, fuera de los inventos que aparecieron, por doquier, en esos cien años como la penicilina, los aviones, el plástico, las telecomunicaciones, el computador y todo lo demás que nos ofrecen a diario la técnica y la tecnología.

Esa parábola de ida y vuelta de la familia Jaramillo Mejía, a través del recuerdo impreso, equivale a la síntesis humana de un grupo que al salir pudo haber intercambiado daguerrotipos o alguna de esas foto-agüita pero que, al regresar, quien redacta y sus allegados podrán captar el encuentro, con los nuevos familiares, por medio de una selfi.

De acuerdo con esos puntos de vista tan sorprendidos, el Cañón de Garabato, en el relato de José Jaramillo no solo es un territorio muy empinado en el oriente antioqueño que sería la versión objetiva sino un terreno en donde su familia tenía las fincas y en donde *“no daban sino nuches y ganas de mear, como decían los ganaderos de la familia”*. Ya esto no es historia sino literatura.

José Jaramillo sabe aprovechar la *‘chispa’* de sus antepasados en sus narraciones y descripciones. De estos *‘tiros’* o *‘salidas’* está plagado el texto para satisfacción de los lectores. Hablando de la devoción religiosa que expresaban sus abuelos repite con un sobrino de su abuelo que *“su mamá tenía novenas de santos que no conocían en el cielo”*.

Cuando describe la tierra del oriente antioqueño por Las Palmas o Santa Helena, dice que se llega a una meseta de clima primaveral y topografía de suaves ondulaciones, *“semejante a una cama mal tendida”* y cuen-

ta que María Palacio Jaramillo se casó cuando apenas tenía 14 años, por lo que decía: “*Yo no me acuerdo haber sido soltera nunca*”.

El autor comenta a qué se debe ese espíritu vivaz en la narración: “*Uno de los parientes de Pensilvania advirtió que no le constaba nada y que los Mejías de nuestra familia suelen condimentar los cuentos con exageraciones que los mejoran, sin ninguna mala intención*”. En la descripción de las costumbres paisas hay buena dosis de exageración, de humor, sal y pimienta.

En preceptiva literaria denominan esos “*vericuetos retóricos*” de que hablara García Márquez, metáforas, símiles, comparaciones, hipérboles, como cuando el escritor concluye la descripción de La Unión (Antioquia) con “*el entorno de verdes maravillosos, en los que se posan como aves las casas campesinas que se envuelven en los crisoles de los amaneceres y en la bruma de los atardeceres, como en una acuarela fantástica*”. Yo jamás echaría mano de tan deslumbrantes figuras literarias. Para decir eso se requiere ser poeta. Tiene razón José al echar mano de esos recursos ya que, en sus ancestros afincados en Mesopotamia, abundaron los músicos, “*artistas del tiple y la guitarra*”. Los poetas persiguen la armonía no con la música sino con las palabras. La armonía en la escritura es inherente a él.

Tiene razón el autor en hacer uso de esos recursos literarios que amplían en forma ilimitada el mundo, “*la interacción con los otros y por tanto nos enriquecen infinitamente*”. En la misma obra se solaza recordando la persona, la obra y las tierras por las que transcurrió la vida el poeta Gregorio Gutiérrez González (GGG), el de *Memoria del Cultivo del Maíz en Antioquia*.

Hay páginas de aclimatado costumbrismo como la relacionada con la vieja Argemira, en las que el escritor ofrece unos diálogos verosímiles dentro de esa escuela literaria: —“¿San Antonio? ¿De modo que él es el que consigue marido? Pues a esas solteronas, con lo viejas que están y lo feas que son, siendo ese santo un verraco, les consigue mozo”. Había otros paisanos que “estaban más pobres que Lázaro cuando se sentó en la piedra”. “¿Cómo estaría de platudo!”, comenta el narrador. La vida de Argemira, mujer con nombre garcia-marquiano como la Argénida, criada de Rebeca Buendía, luego de que se largó “ese hombre”, fue tan amarga que, como ella misma confesó un día, hasta “le provocaba darse una pela por pendeja”.

Leer anécdotas o crónicas como las que nos ofrece José Jaramillo en *Las trochas de la memoria*, que de por sí es un título sugestivo y literario, nos muestran un mundo con más sentido y no solo un divertimento para personas cultas o inquietas. No conocemos sus avatares íntimos porque, de acuerdo con lo leído, los vemos desde una perspectiva triunfante; no pareciera importante consignar los fracasos en su propósito de domesticar un mundo que antes de ellos fue de otros y hacerse a la buena voluntad de sus habitantes.

Todorov publicó, en 1982, el libro *La conquista de América. El problema del otro*. Siguiendo sus pasos, diríamos que, en la obra de nuestro colega y amigo, los que llegaron de Antioquia al Quindío, hace cien años, venían dispuestos a conquistar la tierra y sus descendientes tuvieron que enfrentarse a ella para colonizarla.

En la obra de José Jaramillo se apretujan los recuerdos. Para nosotros, sus lectores, hay abundantes

vivencias de sus mayores que se apresuró a publicar, como dice con sarcasmo, *“antes de que me visite el pariente alemán”*. Pero, también adolece de muchos olvidos que como el mismo autor advierte, y lo recordé antes: *“no es de la naturaleza de nuestra gente atormentarse con el recuerdo de desgracias que se cubren con el piadoso manto del olvido, o se disimulan”*.

Sin embargo, los seres humanos también tenemos derecho a la desmemoria. A desocupar el cerebro de aquellos recuerdos que se van volviendo un fardo inútil. De ahí que Todorov al que he citado antes de que nos aqueje esa peste sombría, haya publicado la obra *“Los abusos de la memoria”*, en la que se queja sobre *“el elogio incondicional de la memoria... Sería de una limitada crueldad recordarle continuamente a alguien los sucesos dolorosos de su vida; también existe el derecho a olvidar”*.

José Jaramillo, en estos textos sobre sus antepasados, nos ofrece una lección sobre la justa dosis de memoria que necesitamos para vivir sin sobresaltos y las convenientes cucharadas de esa enfermedad macondiana que hizo perder a sus pacientes el sentido de la realidad.

En palabras del historiador “*Las Trochas de La Memoria*” es un libro que “tiene la virtud de adentrarse en la segunda parte de la colonización paisa. Se pasa de la fonda a la barbería, del surco a la plaza de ferias, del rancho de paja a las casas con ante portones, del líder agrario al líder artesano, del dominio en las sacristías al poder tras los directorios. Como todos los escritos de don José, es ameno, fluido, descansado. Es un libro para leer de una sentada y de releer para ver si el sastre descrito fue uno de nuestros tíos o el negociante de cerdos fue aquel viejito barrigón que nos contaba las historias de Cosiaca. Un aplauso sin fin para don José cuya obra es una biblia de nuestra Pequeña Historia, que es la Grande, porque nos identifica como paisas, metelones y verracos”.

Alfredo Cardona Tobón

LO QUE TENGO DE VALOR ESTÁ EN LA MEMORIA.

El autor.



Finca La Dorada, La Tebaida, Quindío

Con la perspectiva de los años se van decantando mitos, se desechan espantos y se aclaran dudas, después de admitir que una educación influenciada por fanatismos sociales, religiosos y políticos armó una telaraña de prejuicios que impidió en su momento entender mejor las cosas de la vida. En el medio patriarcal de las comunidades de ancestros antioqueños han sido una constante los niveles sociales, establecidos por castas que exhiben apellidos que ellas mismas consideran nobles; y ese complejo las impulsa a buscar raíces españolas, con blasones y escudos de armas, correspondientes a remotos parientes; los más apetecidos, condes, duques y marqueses; además de milita-

res reseñados en históricas epopeyas, y eclesiásticos purpurados. De otra parte, la poderosa influencia de la religión católica ha controlado el desarrollo de las sociedades, desde la intimidad de los hogares, especialmente por el poder ejercido por los curas desde los confesionarios, a través de las mujeres, que luego imponían sus normas a las familias. Esta figura la definió un jefe político liberal como “*las faldas asustadas*”. La educación, por más que se haya intentado, no ha podido sustraerse totalmente de la influencia religiosa, comenzando porque la Iglesia Católica ha sido la gran educadora, dueña de las instituciones más influyente desde la primaria hasta la universidad. Y un absurdo manejo de la política se ha sustentado en el poder económico y en la fuerza de las armas, con inmensa influencia religiosa, de espaldas al verdadero desarrollo de la sociedad, desde la formación del individuo para la superación personal y familiar. Esa desviación de la misión de dirigentes y gobernantes, muchos de ellos cultos e ilustrados, ha permitido la paradoja de un relativo desarrollo material de la nación, paralelo a una pobreza y miseria colectivas, con una concentración aberrante de la riqueza y una constante belicista, para que los aspirantes a ejercer el poder se enfrenten con las armas, utilizando como carne de cañón a los más humildes, quitándole, de paso, manos a la productividad. Con razón se ha dicho que, si los combatientes fueran de clase alta, las guerras no hubieran durado.

El siglo XIX en Colombia se caracterizó, desde el comienzo mismo de la república independiente, por los enfrentamientos entre fuerzas políticas armadas, que luchaban por el control de Estado; y sus jefes, “*los caudillos del desastre*”, necesitaban, para financiar tales

conttiendas, hacerse a las tierras productivas, y a las riquezas naturales, como el oro, para pagarles el favor a quienes los apoyaban, y construir sus propios patrimonios. De esos personajes dijo Andrés Lichtenberger, en su libro *El Pequeño Rey*: “(...) esos, cuyos nombres se han dado a calles y plazas, son los que han hecho perecer más gente”.

En este proceso, además de los escasos terratenientes y empresarios nacionales, herederos de los poderosos de la Colonia, participaron inversionistas extranjeros (ingleses, franceses, alemanes y otros), que financiaron armas, uniformes y demás, a cambio de grandes extensiones de tierra y de concesiones mineras ventajosas. Las deudas contraídas por Colombia para lograr la independencia y, después, para sostener las guerras civiles, no se han acabado de pagar.

Hubo, sin duda, ideólogos y patriotas en el acomodamiento político durante el proceso de la independencia, y después de ella, pero detrás de las ideas libertarias, inspiradas en el iluminismo de los enciclopedistas franceses, y de la concepción del gobierno republicano, acechaban intereses mezquinos. Hubo, también, líderes románticos que con inmensos sacrificios personales y familiares promovieron la expulsión de los españoles del territorio americano, que habían usurpado y usufructuado durante más de tres siglos, pero detrás de ellos se movían unas castas criollas que simplemente querían coger las riendas de la administración, en beneficio de intereses económicos y políticos que les interesaban; y quedarse, de paso, con los bienes de los chapetones; y con los privilegios que les había otor-

gado la corona española. Y, así mismo, en el proceso de escoger el sistema de gobierno para la naciente república, se propusieron modelos diversos, copiados de Europa por personajes que habían frecuentado el Viejo Continente. A nadie se le ocurrió mirar los modelos de gobierno que tenían los aborígenes, creadores de culturas ejemplares, en un estilo original de socialismo, amigable con la naturaleza, razonable en producción y comercialización y prodigiosamente creativo.

Esos modelos, adoptados especialmente de ingleses, franceses y españoles, y de Atenas y Roma, consideradas faros de la civilización occidental, dieron origen a dos tendencias para diseñar constituciones que orientaran la nave del estado; e impusieran un estilo de gobierno: una conservadora, centralista, católica, militarista y paternalista; y otra federalista, librepensadora, progresista y liberal-socialista. Así nacieron dos partidos políticos, el liberal y el conservador, que alternaron en el poder durante siglo y medio, con líderes de ideas amorfas que resolvían sus diferencias más por la vía de las armas que por el debate ideológico, con la paradoja de que entre ellos había personajes de sólida formación humanística, incluidos los jerarcas católicos, de gran ascendiente en el pueblo, que tomaron partido a favor de los conservadores, anatematizando a los liberales, contribuyendo así a alimentar un sectarismo de parte y parte que provocó numerosas guerras civiles en el siglo XIX, la última de ellas la de los Mil Días, que terminó en los albores del siglo XX. Ese sectarismo, finalmente, generó la posterior violencia política, tan absurda como irracional y cruel, que fue una larga guerra civil no declarada, de cuyo origen, desarrollo y desastrosas consecuencias ningún

jefe político de la época puede lavarse las manos. Con las excepciones lógicas de toda regla, muy pocas, por cierto.

Con los elementos anteriores: el fanatismo y el sectarismo, se formaron varias generaciones de colombianos, con la idea de que los que pensarán distinto políticamente eran malos, había que combatirlos y no se podía convivir con ellos; que la única religión verdadera era la católica y quienes profesaran ideas distintas estaban irremediablemente condenados al fuego eterno; que la verdad estaba en los contenidos de los periódicos, de marcada tendencia partidista; y en los sermones dominicales de los curas; y que los poderosos estaban exentos del cumplimiento de las leyes, que ellos mismos aprobaban en los cuerpos legislativos que representaban la *“majestad de la democracia”*. *“La ley es para los de ruana”*, era la síntesis de esta premisa.

Con la *“colonización antioqueña”* pasó algo semejante a la conquista española. En ambos casos hubo una avanzada de aventureros que buscaba riquezas, enfrentándose a medios desconocidos, brutales, azarosos, hostiles... En el caso de los españoles, con la idea de apoderarse de territorios desconocidos para los europeos, ávidos de riquezas que debían compartir quienes los descubrieran con los gobiernos que financiaban las expediciones. Esos conquistadores a la larga fueron generosamente recompensados. Al encontrarse estos aventureros con los aborígenes, desnudos, laboriosos y con creencias y costumbres que los recién llegados consideraban paganas y salvajes,

no tuvieron idea distinta de avasallarlos y darse a la tarea de “*cristianizarlos*”, cuando aceptaron que eran seres humanos y no animales de una especie desconocida. Y después de luchar contra los nativos que se les enfrentaron y de apoderarse de sus tierras y de todo el oro que poseían, los esclavizaron y pusieron a su servicio, como “*dueños de vidas y haciendas*”, como se consideraban los arrogantes conquistadores.

En ese estilo de conquista contrastan los españoles con griegos, romanos e, inclusive, árabes, quienes no imponían sus estilos sociales, políticos y religiosos a los pueblos sometidos, sino que hacían amalgamas de costumbres y conocimientos que a la postre enriquecieron la cultura universal. Y aportaron sus conocimientos técnicos para mejorar la calidad de vida de las comunidades conquistadas, como los acueductos romanos, los decorados de las construcciones árabes, los nuevos sabores de las comidas y la mayor eficiencia del transporte, para citar unos pocos. Los españoles en América, por el contrario, al menos los primeros que llegaron, fueron unos verdaderos depredadores, físicos y espirituales.

Después de estos invasores, y cuando se consolidó la colonia española con la fundación de ciudades y la creación de unidades políticas de ultramar, vino una oleada de emigrantes inspirados en objetivos distintos, muchos de ellos acompañados de sus familias, para establecerse como comerciantes, agricultores, militares o mineros; o para desempeñar cargos en la burocracia. Así lo señala H.R. Romero Flores en su libro *Biografía de Sancho Panza. Filósofo de la sensatez*.

“[...] hasta que un día acertaba a pasar por el pueblo

alguien que urdía fantásticos relatos sobre el Nuevo Mundo, y entonces, los más impresionables, sin pararse a discernir lo quimérico de lo real, lanzábanse a la aventura, impulsados por la irreprimible sugestión que ejerce en las mentes simplistas todo lo fabuloso. Incapaces de inhibición racional que refrenase su credulidad, a estos pobres aldeanos se les despertaba de pronto la afición por lo aventurero, la sed de oro, el hambre de mandar y poseer. Si se quiere denominar codicia a esta actitud, sea; pero convengamos en que, por el esfuerzo personal que exige y por los sacrificios que impone, resulta una codicia no exenta de generosidad; y ya se sabe que el verdadero codicioso es siempre mezquino y de sombrías intenciones”.

Habidas proporciones de tiempo, lugar y circunstancias con los europeos, los primeros antioqueños que aparecieron por las tierras del actual Eje Cafetero o Viejo Caldas tumbaron montañas para abrir tierras de cultivos y ganados, y dónde levantar un rancho, por lo que el hacha fue el símbolo de su avanzada; se enfrentaron a las fieras, como el legendario Jesús María Ocampo, “*Tigrero*”; padecieron las inclemencias del clima y la arremetida de los insectos; “*hicieron camino al andar*”, para trasladarse con sus recuas y boyadas; fundaron pueblos y desplazaron por la fuerza a los indígenas de sus tierras, y los despojaron del oro que poseían, despreciando su origen, por lo que el término indio se convirtió en peyorativo, referido a gente de baja condición social.

Pero después, semejante al caso español, cuando la colonización antioqueña, desde mediados del siglo XIX, estaba consolidada, las trochas cruzaban el territorio,

algunos puentes permitían cruzar los ríos, los pueblos fundados se desarrollaban, las fondas camineras fungían de mesones, con alojamiento, alimentación, cantinas y atención de caballerías; y también abastecían artículos de miscelánea, además de ser compraventas de productos agrícolas y otros servicios; y los arrieros con sus recuas movían el comercio. Las noticias de este desarrollo, y de las prodigiosas condiciones de las tierras del sur de la Antioquia Grande, atrajeron a quienes estaban acosados por las guerras civiles, cuyos comandantes reclutaban muchachos, para el gobierno o los rebeldes, obligándolos a una lucha cuyos móviles y objetivos ignoraban, para matar por la supervivencia, y desarraigándose de su tierra y su familia, a veces definitivamente. Se apoderaban también los “*empresarios*” de las guerras de ganados y animales domésticos y exigían cuotas para sostener las tropas. Además, no veían las buenas gentes porvenir en tierras empobrecidas, alejadas de toda posibilidad de progreso, mientras que las noticias que traían los arrieros, y quienes conocían, alimentaban esperanzas, por lo que muchos no dudaron en vender tierras y ganados; liar bártulos y emprender la aventura de buscar el porvenir, trayendo consigo familias, en muchos casos numerosas, en las que “*el más grande no era capaz con el más chiquito*”, como exageraban la seguidilla de los hijos.

Esta etapa de la que pudiera llamarse *segunda colonización antioqueña* ha sido profusamente analizada por escritores de variados estilos, escudriñando fenómenos diversos, como el ansia de las familias jóvenes de tener un pedazo de tierra donde comenzar a hacer fortuna, con el esfuerzo de hombres y mujeres y de los niños, que a medida que crecían asumían más responsabili-

dades en los diversos trabajos agrícolas y pecuarios, hasta el día en que dejaban el solar paterno para buscar fortuna en otro lado, porque consideraban que estaban *pilando por el afrecho*, es decir, que no veían porvenir con el trabajo que realizaban al lado de los padres.

Como lo señala Jaime Botero Echeverri en su libro *La Saga Botero* (Pág. 44), la adquisición de tierras a partir de la independencia tuvo diferentes modalidades: 1) La adjudicación de baldíos a soldados que lucharon por la independencia. 2) La venta de baldíos a particulares, para recaudar fondos destinados a pagar deudas de la guerra. 3) La entrega de predios a europeos y norteamericanos, agricultores y artesanos, para estimular el poblamiento de la nación, diezmada por la guerra. 4) Y la destinación de tierras a las regiones para que apoyaran el poblamiento de las zonas deshabitadas, entregando limitadas extensiones de tierra a colonos que las explotaran. Desafortunadamente, como ha sido una constante, cada vez que se intenta entregar *la tierra al que la trabaje*, a muchas de esas adjudicaciones les resultaron dueños y la Corte Suprema de Justicia reconoció hasta cédulas reales de la corona española a personajes como don Juan de Dios Aranzazu, un patriota que llegó a ser gobernador de Antioquia, miembro de la Convención de Ocaña, congresista, presidente del Consejo de Estado y ferviente defensor de la dictadura de Bolívar, por la misma época en que obtenía a su favor el fallo de la Corte. Hasta aquí lo que reseña Botero Echeverri. Pero de esos casos hay una infinidad, como lo han señalado los estudiosos de las reformas agrarias que se han intentado históricamente sin resultados prácticos, mientras los terratenientes se quedan

con las tierras y con el trabajo de los campesinos, una y otra vez, con el apoyo de la justicia permisiva y corrupta, para que la historia se repita.

Después de la guerra de los Mil Días vino una especie de *paz octaviana*, semejante al reposo del guerrero, que envolvió a la nación. Fueron los tiempos de gobiernos conservadores presididos por gramáticos, filólogos y poetas, fervorosos católicos e incondicionales del jerarca primado de turno; y por militares de ideas progresistas, que impulsaron obras públicas y organizaron la nación.

La tranquilidad de ese tiempo la aprovecharon los antioqueños del suroriente, entre otros, indistintamente liberales y conservadores, para venirse a buscar fortuna a los territorios de lo que son hoy los departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío, el norte del Valle del Cauca y del Tolima, regar sus apellidos por toda esa región y consolidar estirpes y patrimonios. Cuando ya estaban establecidos, vinieron cambios muy radicales en la política, influenciados por las ideas comunistas, que produjeron una reacción mundial del sistema capitalista, para que se polarizaran las tendencias y produjeran escisiones en los partidos políticos, separando las ideas de avanzada social de las más conservadoras, apoyadas estas últimas por el gran capital y por la Iglesia Católica. Este fenómeno se mantuvo hasta más allá de la mitad del siglo XX. Esas polarizaciones alcanzaron perfiles dantescos, aunque hubieran brindado el espectáculo de una controversia muy elocuente e ilustrada, especialmente en el parlamento y en la literatura política, y de ellas surgió la violencia partidista, por el afán de consolidar los partidos mayorías que garantizaran su permanencia en el poder.

Esa fue una época desastrosa, en lo económico, lo político y lo social, que asoló vastas regiones del país; obligó a muchos a desplazarse a centros urbanos para amontonarse en cinturones periféricos, abandonando el campo; estigmatizó a pueblos y veredas como godos o cachiporros, creando rivalidades y enfrentamientos entre ellos, que alcanzaron absurdos como dividir familias y destruir amistades ancestrales; y, como si fuera poco, más de un prelado y muchos curas párrocos tomaron partido, desviándose de sus principios evangélicos. En ese ambiente se formó, bajo la influencia sectaria de padres, maestros, gobernantes y dirigentes, la que un ilustre personaje, vástago de una familia de muchas campanillas intelectuales y perfumados ancestros, llamó “*generación de la violencia*”.

Pero el colombiano raso, el de pie al suelo, de origen pobre pero ideales altos y sentimientos nobles; y los sectores empresariales, académicos, religiosos e intelectuales, ajenos a la politiquería, cumplieron la premisa de que “*el pueblo es superior a sus dirigentes*”; y la patria está ahí, avanzando, con “*los ojos puestos en el cielo, pero los pies en el suelo*”; asimilando ciencia y tecnología; creando empresas e innovando en proceso y sistemas; haciendo arte, literatura, cine...; luchando contra el crimen y la corrupción; depurando liderazgos; e identificando y aproximando objetivos nobles, seguro de que somos más los buenos, aunque la perversidad de la codicia, impulsada por la “*cultura*” del narcotráfico, haya hecho mella en la sociedad, invirtiendo los valores, cuando se hizo evidente lo que el maestro Jorge Villamil señaló en su vals Oropel: “*Amigo cuánto tienes, cuánto vales, principio de la actual filosofía*”.

II

“LA VOZ DICE PALABRAS QUE LLEVAMOS EN LA SANGRE”. *Anónimo.*

Las familias Jaramillo-Guzmán y Mejía-Palacio emigraron del suroriente antioqueño a principios del siglo XX, para establecerse en el Quindío y desde allí regarse por el país y por el mundo como “*verdolaga en playa*”. Ellas corresponden a las de mis padres, Ernesto Jaramillo Guzmán y Elvira Mejía Palacio, hijo él de Manuel José Jaramillo Baena y Amalia Guzmán Botero y ella de Enrique Mejía Ángel y María Palacio Jaramillo, oriundos de La Ceja del Tambo, La Unión y Mesopotamia, con ramificaciones en Sonsón y Abejorral. Aunque el afecto es igual, mis relaciones han sido más cercanas con la familia materna, que es, además, mucho más numerosa.

Cuando se produjeron las migraciones antioqueñas hacia el Viejo Caldas, a mediados del siglo XIX y principios del XX, en este último período mis ascendientes Mejía-Ángel salieron del suroriente antioqueño con diferentes rumbos: Enrique y sus hermanas Rosita y Antonia, con sus familias, para el Quindío; y Cándido y Teresita se radicaron en Pensilvania. Los otros tíos abuelos, que fueron varios más, permanecieron en Antioquia.

Los Jaramillo-Guzmán emigraron de Mesopotamia para La Tebaida. Ernesto, que era el mayor, con Ama-

lia, su mamá, y Arcesio, Manuel José y Rosaura, sus hermanos. Y con ellos Delfina Guzmán Botero, hermana de Amalia, y su hijo Álvaro “*Polito*” Botero, quien se casó con Rosaura, prima hermana suya, y hermana menor de Ernesto.

La idea de estas memorias es contar aquello de lo que he sido testigo o, referente de lo que oí a mis mayores y allegados, y no hacer una investigación para cubrirlo todo, que sería dispendiosa y nada fácil, porque los ancestros eran campesinos, negociantes de ganado y comerciantes, de quienes no hay testimonios escritos; y a estas alturas de la vida tampoco hay a quién preguntarle. Rubiela, mi hermana mayor, ha sido de mucha ayuda, por su lúcida memoria. Lo que sé de épocas anteriores me lo contaron la abuela materna, María Palacio Jaramillo; mi mamá, Elvira Mejía Palacio, y sus hermanos, bastante expresivos todos y muy buenos conversadores. Poco o nada mi papá, Ernesto Jaramillo Guzmán; mi abuela, Amalia Guzmán Botero; y mis tíos paternos, Arcesio, “*El Mono*”, y Manuel José, que apenas hablaban lo preciso. Rosaura, a quien llamaban “*La Morena*”, murió muy joven y no la conocí. Lo demás son vivencias personales, que se han adherido a mi memoria, y que de vez en cuando he invocado en crónicas periodísticas. Por fortuna, tengo “*memoria de bobo*”, que conservo a pesar de los años, aunque sea para contar una y otra vez los mismos cuentos, cada vez más mal contados, como solía decir don Eduardo Arango Restrepo de sus reiterados encuentros con viejos amigos.

Esas historias, recogidas en un texto, con alguna secuencia cronológica, es lo que aspiro a que quede en los hogares de familiares y amigos, para que presen-

tes y futuras generaciones sepan de sus ancestros y de cómo éstos participaron de alguna manera en la segunda etapa de esa epopeya casi fantástica que fue la colonización antioqueña, aunque hayan llegado cuando la montaña estaba vencida, las fieras aniquiladas, las guacas vaciadas y las tierras tituladas, a conquistar su fortuna y el futuro de sus familias, con esfuerzo, laboriosidad, talento para los negocios y apego a los principios de fe en Dios, honradez y solidaridad entre parientes, amigos y vecinos, como los mayores componentes del “*principal*” con que iniciaron su vida en el Quindío.

Con más curiosidad que espíritu investigativo fui a La Ceja, La Unión, Abejorral y Mesopotamia, sitios que nombraban los ancestros, para conocer los escenarios de su vida en ese suroriente antioqueño, donde comenzó la historia que quiero contar. Y encontré que eran gente buena, trabajadora, cristiana y honrada; amante de la tierra, apegada a la familia; sin ínfulas nobiliares, ni charreteras de oropel. No buscaba tampoco, en la somera investigación, encontrar en los ancestros propios jerarcas religiosos, beatos, militares de alto rango, estadistas, magistrados o artistas de renombre. La estirpe nuestra, a mucho orgullo, es la alpargato-cracia, que no ostenta anillos en los dedos ni medallas en el pecho, sino callos en las manos trabajadoras, que han sido sus únicas condecoraciones.

La historia de los Jaramillo-Guzmán y Mejía-Palacio es la misma de numerosas familias, provenientes de Antioquia, Tolima, Cauca y Boyacá, que, atraídas por las excelencias de una tierra que se les presentaba como “*de promisión*”, emigraron de sus solares nativos para la “*mariposa verde*” del poeta, echaron raíces, multiplicaron sus proles, se apoderaron de su identi-

dad territorial y ahora sólo evocan sus ancestros por el llamado de la sangre.

Estos perfiles familiares, interesantes, amables y atractivos, con episodios gratos, los recopilo para que haya un documento al que puedan asomarse los parientes, de ahora y del futuro, para conocer sus raíces; y cotejar genes, para entender por qué son como son. Digo episodios gratos, porque no es de la naturaleza de nuestra gente atormentarse con el recuerdo de desgracias o situaciones dolorosas, que se cubren con el piadoso manto del olvido, o se disimulan.

Esta es historia que se gesta en los hogares tradicionales, las iglesias parroquiales, las escuelas y colegios, las tiendas, droguerías y restaurantes; los lugares de tertulia, las fondas camineras, los despachos oficiales y otros escenarios de la cotidianidad. Son memorias que se escriben con humor y se recuerdan con sonrisas. Es la que me gusta llamar “*historia blanca*”.

Aquí cuento, “*de memoria*”, lo que hace amenos los encuentros familiares, en los que sólo nos hacen llorar los recuerdos queridos y las anécdotas graciosas. Es decir, que si se llora es de cariño y alegría.

La vida se vuelve con los años una sarta de anécdotas, como una camándula de historias, propias y ajenas, que revolotean en la memoria y ahora quiero desembuchar, antes de que me visite el “pariente alemán”, porque quién sabe si más tarde habrá quien se le mida a esa tarea; y a alguien le interese saber de unos ancestros que emigraron de sus solares antioqueños empujados por la pobreza, porque veían que el trabajo era muy poco lo que económicamente les rendía y supieron por arrieros, viajeros y cacharrereros am-

bulantes que al sur de la Antioquia Grande había unas tierras prodigiosas, hermosas y ubérrimas, en las que, si se sembraban piedras, daban piedras. En cambio, en los fríos peladeros del Cañón de Garabato, donde tenían sus fincas en el oriente antioqueño, no daban sino nuches y ganas de mear, como decían los ganaderos de la familia.



*Matrimonio de Ernesto Jaramillo Guzmán y Elvira Mejía Palacio.
Febrero 25 de 1925*

III

“LA MUERTE NOS QUITA A LOS SERES AMADOS (...) Y LOS INMORTALIZA EN EL RECUERDO”.

Francois Mauriac.

Los más recientes ancestros de nuestras familias, identificadas con apellidos como Jaramillo, Mejía, Palacio, Guzmán, Ángel, Botero, Baena y Marulanda...; y colaterales Echeverri, Vélez y González, que se repiten insistentemente, como era costumbre en pequeñas comunidades en las que los matrimonios entre parientes eran frecuentes, datan de mediados del siglo XIX, cuando nacieron Eustaquio Jaramillo y Ana María Baena; Gregorio Guzmán y Rosaura Botero; Alejandro Palacio y Mercedes Jaramillo; Felipe Mejía y María Antonia Ángel; Manuel José Jaramillo y Amalia Guzmán; y Enrique Mejía y María Palacio, en los alrededores de La Ceja del Tambo, La Unión, Mesopotamia y Abejorral. Todos ellos eran gente de trabajo, especialmente agricultores, ganaderos en pequeña escala y comerciantes de abarrotes, como una actividad tangencial, que funcionaba en pequeños locales aledaños a las casas de las fincas, o en los pisos bajos de las residencias urbanas. Sus ideas eran liberales, pero ninguno de los mencionados fue militar, ni participó de ninguna manera en las absurdas contiendas civiles que asolaron a Colombia en el siglo XIX, inspiradas en el fanatismo político y religioso, patrocinado por los gobiernos y los terratenientes, y azuzado desde los púlpitos.

Católicos convencidos, nuestros abuelos eran devotos de Jesús de Nazaret, cuyas enseñanzas evangélicas practicaban en todos los actos de sus vidas; y de la Virgen María, protectora por excelencia de los hogares y modelo de las mujeres, para asimilar sus virtudes a su formación. El rosario en familia y las novenas de santos (Miguel Ángel Vélez Mejía, sobrino del abuelo Enrique, hijo de Teresita Mejía Ángel, decía que *su mamá tenía novenas de santos que no conocían en el cielo*), así como las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, la Inmaculada, la Virgen del Carmen, la Sagrada Familia y el Ángel de la Guarda.

Después de 1930, estas imágenes, en las casas de los liberales, compartían espacio en las paredes con un cuadro en el que aparecían el general Rafael Uribe y el general Benjamín Herrera, líderes liberales de ideas progresistas, guerreros obligados por las absurdas circunstancias políticas del siglo XIX; y Enrique Olaya Herrera, primer presidente de la República Liberal, después de la hegemonía conservadora de 45 años. Las expresiones de las creencias religiosas de nuestros ancestros eran convicciones propias, que manejaban sin la influencia de los curas, a quienes respetaban de lejos. No obstante, los párrocos atrajeron la adhesión de las mujeres, a través de las cuales conseguían una notable influencia en la sociedad. Por eso llamaba la atención que Amalia Guzmán Botero, “Amalita”, mi abuela paterna, aunque rezaba en la casa y estaba rodeada de imágenes religiosas, nunca iba a la iglesia.

Cuando se sale de Medellín por la vía de Las Palmas, o Santa Helena, hacia el oriente, se llega a una meseta de clima primaveral, y topografía de suaves ondulaciones, semejante a una cama mal tendida, que

se ha convertido en referente turístico de primer orden, que para los antioqueños tiene nombre propio: *La vuelta a Oriente*.

Antes de llegar a la histórica ciudad de Rionegro, cuna de próceres de la independencia y escenario de grandes debates ideológicos, una vía a mano derecha, que cruza por entre lujosas residencias campestres, hosterías y restaurantes, y una campiña con cultivos de frutales, hortalizas y flores, y ganadería de leche, conduce a la Ceja del Tambo, de donde era oriundo y tuvo sus tierras don Alejandro Palacio Marulanda. La extensión de sus fincas ofrecía variados climas, que permitían cultivos tan diversos como la papa y el tabaco. De su segundo matrimonio, con Mercedes Jaramillo, es fruto María, quien se casó con Enrique Mejía Ángel, de La Unión, cuando apenas tenía 14 años. “*Yo no me acuerdo haber sido soltera nunca*”, decía, con esa gracia expresiva que era el sello de su ingenio. María Palacio Jaramillo, a quien no le faltó nunca un tabaco encendido, decía que ella fumaba desde chiquita, porque en los cultivos de la finca de su papá los niños cogían las hojas secas y las enrollaba para hacer tabacos.

La Ceja del Tambo, que también se llamó Santamaría, se fundó en 1815 en el llano, o Valle de las Cimarroñas, de doña María Josefa Marulanda (a lo mejor antepasada nuestra por el Marulanda de don Alejandro), y fue erigido municipio en 1855. Tiene una agradable temperatura promedio de 18 °C, y dista apenas 41 kilómetros de Medellín y 18 del Aeropuerto José María Córdova. Tradicionalmente, su actividad económica han sido la agricultura, la ganadería y el comercio;

pero de un tiempo acá se han desarrollado dos nuevos frentes: la floricultura de exportación y el turismo. En los suaves contornos de sus alrededores abundan los condominios campestres y las fincas de recreo.

En el marco de la plaza principal de La Ceja está la iglesia que se comenzó a construir en 1815, inicialmente con techo de paja y después de teja. Varias reformas a lo largo del tiempo lograron el imponente templo que es hoy. Y, como curiosidad, en la misma plaza, al frente, se conserva la iglesia de los indios, que es una pequeña capilla rústica, que constituye, no solo una reliquia histórica, sino el testimonio de la discriminación de que han sido objeto los indios, avasallados por los blancos.

Entre muchos personajes, oriundos de La Ceja del Tambo, sobresale el poeta Gregorio Gutiérrez González, filósofo y abogado, autor, entre muchos otros poemas, de "Aures", apología del río que corre encañonado entre Abejorral y Sonsón y tiene un salto que es una verdadera maravilla natural; y del famoso y extenso *Memoria del cultivo del maíz en Antioquia*, que describe el proceso desde la preparación de la tierra hasta la recolección de la cosecha. Elvira Mejía, aficionada a la poesía, hasta escribir versos con su hermosa caligrafía, que guardaba como un tesoro personal en un pequeño cuaderno, se sabía apartes, que recitaba muy ufana: "(...) ¡Salve segunda trinidad bendita, / salve frisóles, mazamorra arepa! / ¡Con nombraros no más se siente hambre! (...)"

A 16 kilómetros de La Ceja y 53 de Medellín, siguiendo la vía del suroriente de Antioquia, por una carretera ascendiente, se llega a la meseta de Vallejuelo, donde

se ubica el municipio de La Unión, fundado en 1911. Cuando éste era apenas una aldea, que dependía de Rionegro, en 1869, tenía 595 habitantes. Entre las familias que conformaban ese conglomerado estaba la de Felipe Mejía, entonces de 28 años, y María Antonia Ángel, de 21, padres de Enrique Mejía Ángel. A 2.500 metros sobre el nivel del mar, y con una temperatura promedio de 13 °C, La Unión tiene un entorno paisajístico que cautiva, por las suaves ondulaciones de su topografía y por la demarcación de pequeñas parcelas, de cultivos diversos, que parecen, visto el conjunto desde los oteros, una colcha de retazos. Como muchos municipios de la Antioquia Grande, la Unión nació de la parcelación de terrenos de una sola familia: los Boteros, dueños de Vallejuelo, quienes estuvieron presentes en todo el proceso que transformó la bucólica meseta en una comunidad de agricultores, especialmente de papa y maíz, y pequeños ganaderos; y arrieros y comerciantes ambulantes.

Esa propiedad era parte de lo que quedaba de la cuantiosa fortuna que había amasado desde el siglo XVII don Juan José Botero Mejía, nieto de Andrea Battista Bottero Bernavini, o Juan Andrés Botero, el italiano que inició la saga Botero, como lo reseña Jaime Botero Echeverri en su libro, ya mencionado. Los descendientes de don Juan José, amantes de las ideas liberales y de la libertad, participaron no sólo en las guerras de la independencia, sino en las campañas del general José María Córdova y en las contiendas civiles posteriores, para las que entregaron caudales y ganados, como lo señala John Jaramillo Ramírez en su ensayo sobre Braulio Botero Londoño, miembro de ese clan familiar, con el que se posesionó como miembro de la Academia

de Historia del Quindío. Sobre don Braulio, legendario personaje de Circasia, nos ocuparemos más adelante. Esa familia Botero, dueña de Vallejuelo y fundadora de La Unión, manejó hegemonícamente sus destinos, en los frentes político, económico, social y cultural, hasta muy avanzado el siglo XX.

Entre los personajes destacados de La Unión, con quienes acerca a los Mejía-Palacio algún vínculo de sangre o de amistad de las familias, como en el caso de don Braulio, están Luciano Elejalde Jaramillo, hijo de Bertilda Jaramillo Mejía, prima de María Palacio Jaramillo. Fue ingeniero civil y presidente de la Asociación Nacional de Industriales, ANDI; y Darío Álvarez Londoño, quien se afincó en Barranquilla. Fue comerciante y ganadero y actuó en escenarios cívicos, políticos y empresariales. Entre otras obras filantrópicas suyas, fundó un Instituto Tecnológico que lleva su nombre.

Como aferrado al pasado, el municipio actual, cuya tranquilidad, por un tiempo, se vio amenazada por bandas criminales de guerrilleros y paramilitares, felizmente vive una paz que discurre sin premuras por sus calles adoquinadas y se recrea en el entorno de verdes maravillosos, en los que se posan como aves las casas campesinas, que se envuelven en los crisoles de los amaneceres y en la bruma de los atardeceres, como en una acuarela fantástica.

Después de La Unión, a escasos 15 minutos de viaje, por una carretera que serpentea por una topografía empinada, está Mesopotamia, entre los ríos Buey y San Miguel; de ahí su bíblico nombre. El pequeño poblado, semejante a los de los pesebres, con “*una plaza, la iglesia y una escuela*”, como una acuarela de pintor cos-

tumbrista, rodeadas de casas apiñadas en unas pocas manzanas, es el centro de una región, y cruce de caminos. De allí eran oriundas Amalia y Delfina Guzmán Botero, madres de Ernesto Jaramillo y Álvaro “Polito” Botero y de ellas se desprenden las ramas de las familias Jaramillo Guzmán y Botero Guzmán.

En una vereda de Mesopotamia, *Pantalio*, abundaron los Guzmanes, de quienes se dice en el libro *Por los Caminos de Vallejuelo*, del abogado y empresario Héctor de J. Valencia, que eran afamados músicos, verdaderos artistas del tiple y la guitarra. Sin tener noticia cierta de que ellos fueran de los mismos de Amalia y Delfina, lo que es bien probable por la cercanía, llama la atención lo de la música. Lo que los Mejía-Palacio tienen de musicales se ha creído que viene por lo Palacio. María tenía una hermosa voz y unos tíos suyos eran músicos de oficio. En cambio, a los Jaramillo- Guzmán y Botero-Guzmán tocar y cantar no se les ha oído nunca.

En los coloquios familiares que escuchamos de niños se mencionaba con frecuencia a Abejorral, tanto que creíamos que el apellido Jaramillo paterno tenía raíces en esa población. Pero al encontrar documentos la idea se descarta, a menos que ancestros anteriores fueran de allá; o tuvieran propiedades en sus alrededores. Pero también es cierto que la fundación de Abejorral es muy coincidente con la de La Unión y Mesopotamia.

De todas maneras, sea cual fuere la relación de nuestras familias con la mencionada población, siempre su nombre ha sido una constante en las crónicas coloquiales de los ancestros. Y María Echeverri y Lucrecia González Palacio, esposas de dos de los Me-

jía- Palacio, Alfonso y Libardo, eran abejorraleñas. Y Lucrecia era sobrina de María Palacio y prima de su esposo.

Abejorral se ubica en el entorno de La Ceja, La Unión, Mesopotamia y Sonsón, a 84 kilómetros de Medellín y a 24 de La Ceja. Corresponde a una región bastante montañosa, con accidentes como el cañón del río Aure, entre Abejorral y Sonsón, cuyo famoso salto es un fenómeno natural impresionante, por su majestuosidad e imponencia. La fundación del poblado, originalmente con el nombre de *Mesenia*, se ubica entre 1805 y 1811, y en su territorio habitaron los indios Arma, que fueron aniquilados por los conquistadores españoles, entre ellos el Mariscal Jorge Robledo, primero que pisó ese suelo.

Considerado uno de los municipios más hermosos de Antioquia, conserva Abejorral mucha de su arquitectura original, tanto que 43 manzanas de la población fueron declaradas por el Ministerio de Cultura como bien arquitectónico de la nación. Cuna de muchos personajes ilustres, en las ciencias, la política y las artes, es reconocido como *La Tierra de los Cien Señores*. La poetisa Blanca Isaza de Jaramillo Meza era abejorraleña, así como don Ambrosio Arango, padre del escritor costumbrista Rafael Arango Villegas; y el famoso ministro de hacienda Esteban Jaramillo, a quien le tocó capotear buena parte de las dificultades económicas del país, derivadas de la Guerra de los Mil Días, la Primera Guerra Mundial, la crisis mundial de 1929 y el conflicto con el Perú.

Como casi todo el suroriente antioqueño, Abejorral tiene un clima suave de 18 °C promedio, y en su eco-

nomía predominan los cultivos de plátano, papa y café; la ganadería, la minería y, últimamente, el ecoturismo, atraído por los paisajes y la arquitectura tradicional.

En Colombia, por su extensión territorial, y por el fenómeno de las tres cordilleras que atraviesan el país de sur a norte, además de la ausencia, hasta muy avanzado el siglo XX, de vías de comunicación, distintas a los caminos de herradura, que fueron el escenario para el desempeño de la arriería, una de las actividades económicas más importantes de la parte montañosa de Antioquia, las comunidades eran aisladas, cada una con sus particularidades étnicas, su entorno social, su ideología política y religiosa y su actividad económica.

Tanto era el aislamiento, que las relaciones con gentes de otras regiones, con fenotipos y costumbres distintos, eran distantes y prevenidas. El suroriente antioqueño, en la parte que corresponde a los ancestros de nuestra familia: La Ceja, La Unión, Mesopotamia, Abejorral y Sonsón, se caracteriza porque la gente es casi homogéneamente blanca. Y, al intentar una explicación, encontramos que el mestizaje en esa región fue mínimo, porque los aborígenes se hicieron exterminar por los conquistadores españoles, antes que someterse a su dominio; y los negros fueron traídos a América para actividades en las tierras bajas, calientes y malsanas; la minería, entre ellas. Y, además, durante la Colonia hubo migraciones de europeos, para desempeñarse en actividades de comercio, minería, agricultura o burocracia, españoles en su gran mayoría, cuyas descendencias organizaron núcleos sociales que al desarrollarse crearon comunidades blancas.

Como lo describe el inglés James J. Parsons en su obra *La Colonización Antioqueña en el Occidente Colombiano*, estudiada y complementada por el médico e historiador caldense Emilio Robledo, de ese aislamiento del oriente antioqueño, por las características de su topografía, "(...) durante la Colonia llamaba la atención por su aislamiento, atraso y pobreza (...) "Entonces (...) surgió una sociedad (...) formada por numerosos propietarios rurales, donde el latifundio era la excepción (...) y las diferencias sociales eran menores que en otras zonas del país (...) y, a diferencia de otras regiones, no se creó una aristocracia parasitaria que viviera del trabajo aborígen (...)"

Como la tierra era abundante pero inculta, el gobierno otorgaba parcelas a las familias para que las cultivaran, algunas muy extensas originalmente, o que se fueron ampliando en la medida que los propietarios más exitosos, más juiciosos en el manejo de sus finanzas o más garosos, aliados con funcionarios venales, adquirían tierras a lindes de las suyas. Pero también surgió, como lo explica el mismo Parsons, "(...) un proceso autogenerado, consistente en que la parcela primeramente desmontada servía por un tiempo para albergar y dar empleo a la familia, pero luego, al crecer ésta, se tornaba insuficiente y algunos hijos se marchaban más hacia el sur, para volverse a repetir así el proceso. (...) La colonización era llevada a cabo, primordialmente, por familias que no tenían la capacidad para pagar mano de obra, sino que utilizaban la familiar para explotar las tierras."

El aislamiento de las comunidades desde la Nueva Granada, irremediablemente separadas por la agresiva topografía, fue una estrategia de la corona españo-

la, para que los pueblos dispersos no se comunicaran, y, así, dominarlos más fácilmente. “*Dividir para reinar*”, era una estrategia política del monarca francés Luis XIV, que alimentaba las divisiones de los legisladores para hacer uso de su poder absoluto.

Sólo a mediados del siglo XIX comenzaron los gobiernos de la naciente república a construir caminos y puentes para integrar las regiones, aunque el proceso se hizo muy lento por las sucesivas guerras civiles y por las rivalidades entre los estados soberanos, inspiradas en absurdas confrontaciones políticas, que los mismos combatientes no entendían. Los “*caudillos del desastre*”: militares, políticos, gamonales, terratenientes y curas, arrastraban a humildes campesinos y artesanos a pelear, llamándose unos a otros *masones* y *ateos* o *godos camanduleros*, sin la menor idea de qué quería decir lo uno y lo otro.

Esa distancia geográfica, y las características humanas de las gentes de cada región, crearon recelos que eran una barrera para integrarse las personas, más allá de asuntos políticos o comerciales de interés general. Pero pensar que una niña de familia antioqueña fuera a casarse con un costeño, o con un “*rolo*”, prendía todas las alarmas. Y, así mismo, los otros decían que “*antioqueño ni grande ni pequeño*”, cuando algún paisa, galán y conquistador, pretendía a una muchacha de rancia familia santafereña. “¿Usted es de aquí, de Bogotá o, del campo?”, le preguntaba una señora chapineruna al pretendiente de su hija, porque los capitalinos pensaban que, fuera de Bogotá, Colombia era selva y rastrojo. Eso explica la repetición constante de unos mismos apellidos en determinadas comunidades paisas; y el recelo y la distancia con que las gentes

apegadas a sus tradiciones, convencidas de ser “*pura sangre*”, miraban a los demás, de apellidos “*exóticos*”, labios gruesos, profesiones humildes, o mal remuneradas; y tez morena, especialmente cuando pretendían metérseles a sus familias. Por lo demás, pero de lejos, los toleraban, acogidos a la caridad cristiana.

Esa característica social excluyente, en el caso de la Antioquia Grande, generó la “*(...) costumbre del matrimonio preferencial, que puede referirse a la escogencia de cónyuge dentro de un círculo delimitado, sea de parientes, paisanos o vecinos de una misma comunidad o vereda, o de miembros de una misma clase social (...)*”, como lo señala la antropóloga María Elvira Escobar Gutiérrez en su ensayo “*Mientras más primo más me arrimo*”, al referirse a la “*endogamia consanguínea*”.

IV

“LA MEMORIA ES COMO UN RÍO QUE CORRE HACIA ATRÁS”.

Benjamín Baena Hoyos.

Manuel José Jaramillo Baena había muerto cuando Ernesto, el mayor de sus hijos, aún era niño: apenas tenía 13 años. Eran sus hermanos Arcesio “*El Mono*”, Manuel José y Rosaura, a quien llamaban “*La Morena*”. A Manuel José, por su elevada estatura, lo llamaban “*Manuel y medio*”. Esta familia no se incrementó mucho, pues Rosaura murió muy joven, y dejó cuatro hijos, de los cuales sólo se casaron dos. Arcesio, “*El Mono*” nunca se casó. Manuel José no dejó descendencia en su matrimonio y Ernesto tuvo tres hijos, que para una familia de tanta raigambre paisa era un número modesto. Quienes más generosamente han aportado a la fronda de los Jaramillo-Guzmán han sido Hugo Botero Jaramillo, uno de los hijos de “*La Morena*”, con diez vástagos, y Rubiela Jaramillo Mejía, hija de Ernesto, con siete.

Cuando murió don Manuel José Jaramillo Baena, Hipólito Botero, con cuñado de él, esposo de Delfina Guzmán y padre de “*Polito*” Botero, le envió a Amalia, su cuñada, desde Manzanares, Caldas, unos versos que, a pesar de su simplicidad, tienen entonación poética, para confirmar que en el alma de todo colombiano duerme un poeta...; o un abogado. Decían así:

Murió Manuel José, murió tu encanto,
tu sostén y tu amigo verdadero,
porque su afán, su dicha y ambiciones
eran cubrir de flores tu sendero.

Hoy ya se fue tu noble y fiel amigo
y en la orfandad no encontrarás consuelo
pues era inagotable en el trabajo
y como esposo y padre fue modelo.

La mano encallecida y cariñosa,
que acarició tus hijos pequeñuelos,
hoy está yerta, inanimada y fría
y sin poderles prodigar consuelo.

Ya no se encuentra aquél que hora tras hora
les daba besos y caricias tiernas;
y que los arrullaba entre sus brazos
dejándolos dormir sobre sus piernas.

Huérfanos han quedado, sin apoyo
que pueda proteger su tierna infancia.
Mas serás tú, Amalia, como madre,
quien les darás ejemplo en tu constancia.

Ya solo tú serás el fuerte apoyo,
su sostén, consuelo y ambición;
y la creadora de hombres y sus mundos,
que animará sus tiernos corazones.

Ya que el destino, cruel y despiadado
tu alegre vida quiso entristecer,
hazte fuerte, tenaz y diligente
y, al fin, luchando, lograrás vencer.

En aquella época las niguas eran una constante en los pies de la gente, que normalmente andaba descalza. Y sacarlas era una pequeña cirugía, que practicaban las señoras, para lo cual calentaban la punta de una aguja en la llama de una vela y con ese instrumento escarbaban debajo de las uñas, para extraer los incómodos bichos. Parece que al abuelo Manuel José se le hizo ese procedimiento, y la aguja no estaba bien esterilizada, lo que le causó una infección que se complicó, cuando no había recursos distintos de aplicar panela raspada a las infecciones, porque aún no se había inventado la penicilina. Además, las familias vivían en el campo, muy lejos de las poblaciones; y en éstas tampoco se disponía de recursos médicos. Apenas en los pueblos había unos boticarios empíricos, que mezclando en una probeta polvos de variados colores, cuyas bondades solo ellos conocían, para preparar unas pócimas que la gente ingería según la posología sugerida, agregando alguna promesa al santo de su devoción y un trisagio a la Virgen, por si acaso. También oficiaban de curanderos los yerbateros o teguas, inclinados por la medicina leída en misteriosos textos, que alternaban tratamientos con las abuelas, que conocían por tradición oral de generaciones las bondades de los remedios caseros.

Uno que recuerdo con no superada sorpresa es el que eliminaba la tenia o solitaria, un parásito compuesto de una cadena de innumerables anillos, que se instalaba en los intestinos de una persona y todo lo que ésta comía se lo engullía, por lo que el paciente no progresaba por más que se alimentara bien. El remedio para expulsar la solitaria era darle a la persona una bebida de helecho macho y sentarla en una mica con leche tibia. Impulsada por la bebida y atraída por

la leche, la solitaria comenzaba a salir, hasta quedar completa en el recipiente, liberando completamente el intestino de su “*anfitrión*”.

En esas condiciones de salubridad tan precarias, el mal de don Manuel José, derivado de la sacada de las niguas, progresó en gangrena, lo que le causó la muerte. Situaciones como esa, que eran frecuentes por las condiciones higiénicas y la falta de recursos, en esa época, y en las aisladas comunidades campesinas, causaban infinidad de muertes, en gente de todas las edades. Otro caso era el albur que se jugaban las parejas con los embarazos complicados, que a la hora del parto atendían unas señoras, las parteras, que solían llamarse Agripina o Concepción. Para el caso requerían una ponchera con agua hervida, una toalla limpia y unas tijeras desinfectadas con alcohol, para cortar el ombligo, e hilo para amarrarlo. A falta de alcohol podía usarse aguardiente, que su dueño, normalmente el abuelo, cedía de mala gana. Ante dificultades que superaban los partos normales, que excedían la habilidad de las parteras, corrían serios riesgos las vidas de las madres o los bebés, o las de ambos.

Por el lado de los Mejía-Palacio la fecundidad se prodigó. Enrique Mejía y María Palacio tuvieron quince hijos, de los cuales, cuando murió ella en 1959, había doce vivos, setenta y tres nietos y veintiocho bisnietos. Por estas calendas, seis generaciones de los Mejía-Palacio casados suman varios centenares de descendientes: los Mejía-Echeverri, de Alfonso y María Echeverri Echeverri; Jaramillo-Mejía, de Elvira y Ernesto Jaramillo Guzmán; Restrepo-Mejía, de Aura y Pedro Restrepo Campusano; Mejía-Echeverri, de Arturo e Ismenia Echeverri Londoño; Mejía-González, de Libardo y Lucrecia González Pa-

lacio; Mejía-Botero, de Fortino y Dolly Botero Londoño; Mejía-Botero, de Enrique e Irma Botero Palacio; Botero-Mejía, de Otilia y Roberto Botero Botero; Botero-Mejía, de Roselia y Hugo Botero Jaramillo; y Tabares-Mejía, de Dora y Elberto Tabares Sepúlveda.

Hasta los lugares donde vivían estos antepasados llegaban, por boca de arrieros y trashumantes de comercio, las noticias de unas tierras maravillosas al sur de la Antioquia Grande, cuya colonización se había iniciado a mediados del siglo XIX, por aventureros, buscadores de oro y agricultores, que huían del reclutamiento forzado por las sucesivas guerras civiles; y estaban cansados de tratar de sacar el sustento para sus familias de unas tierras agotadas y de difícil topografía. Ese pudo ser el caso de Ernesto Jaramillo, quien en 1924 emigró para el Quindío con su madre y sus hermanos, después de vender lo que tenían en Mesopotamia, con lo que compró en La Tebaida una casita de vara en tierra y un local, en el que instaló una tienda de abarrotes. Además, negociaba con ganado; y para los fines de semana sacrificaba una res, que beneficiaba en un toldo de carnicería instalado en la calle, al frente de la tienda. Parco y organizado en todo, a Elvira, la novia que tenía, del hogar de don Enrique y doña María, le dijo: *“Apenas pueda, vengo por usted”*. Y en febrero de 1925 volvió, se casaron en La Unión y apenas pasada la boda, se fueron a organizar su hogar en La Tebaida.

Cincuenta y cinco años después, cuando Elvira cumplió 70 años, se reunió su descendencia para celebrárselos en la finca de Orlando, uno de sus hijos. El padre Duván Vélez Isaza, nieto de Teresita Mejía, hermana de Enrique, ofició la eucaristía en el corredor de la casa, ante una concurrencia que llenaba el patio. Cuando el

Padre Duván le cedió a Elvira la palabra, después de la homilía, ésta, que era una conversadora fluida y amena, dijo unas emocionadas palabras. Para terminar, mirando a los que la escuchaban, descendientes suyos, todos sentados en el suelo, abrió sus manos como en un movimiento de palomas blancas que envolvió a todos, y dijo: “*Yo no sé a qué horas hice todo esto*”.

Devoto de la historia de mis ancestros, antes de esa reunión resumí en unos versos la parábola de la “*madre antioqueña*”, y pensando en mi mamá escribí:

HOMENAJE A ELVIRA EN SUS 70 AÑOS

Letra: José Jaramillo Mejía

Música: Jesús “Chucho” Vargas (Pasillo)



(...) abrió sus manos como en un movimiento de palomas blancas (...)

*El día que tus pasos midieron las distancias
besó el camino yerno tu pisada de nácar;
traías en tu alforja semillas de bondades,
para la dulce siembra de amores y esperanzas.*

*No tenías más guía que tu infantil mirada
y las manos asidas del amor iniciado;
había pocos recuerdos en tus escasos años
y muchas ilusiones en el febril anhelo.*

*Dieron los años tiempo para el germen del fruto,
la virginal semilla afloró en tu regazo,
vertió el ámbar dulzura para el futuro triste
y en el alero tibio se refugió el ocaso.*

*Antioquia está lejana a tu infantil recuerdo,
no hay ansias en tu senda y el fruto es de otra
era;
tu mirada acaricia con dulzura la vida
y Dios está en tus labios para cada ternura.*

A esas estrofas les puso música de pasillo el maestro Jesús “*Chucho*” Vargas, quien me acompañó con su guitarra para estrenar la canción en esa oportunidad del cumpleaños 70 de Elvira.

A la mayoría de los antioqueños que emigraron los echó de su solar nativo la pobreza. El trabajo no rendía por la esterilidad de las tierras. Enrique Mejía Palacio, que expresaba las cosas con mucha vehemencia y exageración, decía que en la finca de su papá las papas que se producían eran como para tirar en cauchera; que sembraban un lote de maíz y crecían tan poquito las matas que las ardillas se tenían que arrodillar para comerse las mazorcas; y que el ganado, por el frío y la humedad, era erizado y no *adelantaba*; los terneros, decía, si se capaban se iban de cabezas y si se descornaban se iban de culos.

Lo que fuera latifundio de don Alejandro Palacio Marulanda, en la Ceja del Tambo, a su muerte lo heredaron su viuda y veinticuatro hijos de dos matrimonios. Una de sus hijas menores, María, se casó con Enrique Mejía Ángel, de La Unión, quien tenía una finca entre Mesopotamia y Sonsón, en el cañón del río Aures, también conocido como el cañón de Garabato, a donde se fueron a vivir. Allí comenzaron la lucha por la vida y la crianza de la prole, que en total fueron 15 hijos, 14 de los cuales nacieron en La Unión y la menor, Dora, en La Tebaida.

Los Mejía-Palacio se levantaron trabajando desde pequeños, con muchas privaciones por su pobreza, pero con la alegría de una familia unida; y el buen humor heredado especialmente de los Palacios, para

hacer contraste con la neurastenia de los Mejía, que se ofuscan y echan cantaleta por todo. Además de que son impacientes y acelerados. Uno de ellos decía que parecía que tuvieran un abejorrero pegado por todo el cuerpo.

Los hombres mayores cursaron pocos años de estudio en escuelas de La Unión y Mesopotamia, y temprano iniciaron sus labores agrícolas, especialmente el cultivo de papa y ganadería de leche, apenas para el consumo casero. Y las mayores de las mujeres, después de cursar la primaria en colegios de Sonsón, viviendo en casas de parientes cercanos, se dedicaron a los oficios domésticos, pues tenían que ayudar a criar a los hermanos más pequeños. Las comidas eran sencillas y rutinarias: desayuno, algo, almuerzo, comida y merienda, siempre eran lo mismo: papas, arroz, fríjoles, arepa, mazamorra, panela, aguapanela, yuca, arracacha y plátano; huevos, muy racionados; todo producido en la misma finca, o intercambiado con otros finqueros amigos. Y la leche, que no era mucha, porque las vaquitas eran unas “*gatas*”, casi toda era para los teteros de los niños; y para la mamá, que siempre estaba alimentando un crío, o en embarazo. Lo que se traía del pueblo era muy poco, y la carne era un lujo. A la hora del almuerzo, doña María decía a una de las hijas: “*Mija, traiga las papas pa’l almuerzo*” Y la muchacha no tenía sino que salir a la huerta, muy cerca de la casa, y arrancar una mata del surco. “*Qué tanta sal le echo a este sancocho, madre*”, preguntaba la niña inexperta, y la mamá le contestaba: “*Una tilde no más, mija*”.

Por la época de Semana Santa don Enrique alquilaba una casa en el pueblo, para dedicarse tales días al recogimiento y la oración. Acostumbrados los hijos a la

tranquilidad del campo, cuando en caravana se aproximaban al pueblo y sentían el estallido de los voladores, presas del pánico salían en estampida por los potreros aledaños. Trabajo le costaba al viejo volverlos a recoger.

Los Mejía-Palacio debían trabajar por lo menos dos días a la semana en quehaceres de la finca paterna, y los restantes en pequeños cultivos de su propiedad, o jornaleando en fincas ajenas, a cincuenta centavos el día. Los hombres mayores no tenían diversiones distintas de salir los domingos al pueblo, tomarse unos aguardientes, que costaban a cinco centavos el trago, y jugar cartas y “*dao*” corrido, en lo que gastaban los exiguos ahorros que lograban hacer; y a veces, también, con el juego se “*paraban*”, y las ganancias las invertían en cerdos o terneros flacos, para engordar. Acostumbrados a esa rutina, para los Mejía-Palacio fue una novedad asistir a unos carnavales en Sonsón. Ocho días de trago, juegos de azar, bailes y, lo que más les llamó la atención, la ciudad de hierro, que traía un carrusel en el que cobraban a dos centavos el cuarto de hora. De ahí los bajó don Enrique desmadejados por el mareo, vomitando hasta las tripas.

La gran ilusión de las familias campesinas de entonces era la Nochebuena. Se apostaban aguinaldos y con tiempo se engordaba el marrano que habría de sacrificarse el 24 de diciembre, único día en el que la comida era abundante y se probaban chicharrones y otras delicias de la culinaria casera, comúnmente tan austera. Por eso fue una tragedia familiar la ocasión en que don Enrique, que era muy jugador, pocos días antes de la Nochebuena, esa misma semana, perdió jugando el marranito que habían engordado para esa

ocasión. Cuando los ganadores fueron por el animal, la familia lloraba y chillaban los muchachos chiquitos, tanto o más que el marrano mismo, todos detrás de él como si estuvieran sacando un ser querido de la casa para el cementerio.

Después de Ernesto y Elvira, emigró al Quindío Alfonso, el mayor de los Mejía-Palacio, y con setecientos pesos, producto de la venta de una finquita que tenía en Antioquia, le compró a su cuñado la mitad de la tienda de abarrotes y granos que tenía en la plaza de La Tebaida, incluido el local, que después Alfonso conservó muchos años. Posteriormente se vino Fortino, quien vivió un tiempo en casa de Elvira, su hermana. A principios de 1929, atraídos por las noticias que llegaban del Quindío, Arturo y Libardo decidieron venir a conocer. Vendieron tres reses que tenían, a once pesos cada una, para costear el viaje. Al cabo de un mes regresaron, decididos a emigrar ellos también, y así se lo manifestaron a su papá. No se cansaban de ponderar la fertilidad y belleza de las tierras, donde estaban seguros encontrarían un porvenir venturoso. El viejo protestaba porque *“cómo lo iban a dejar solo con ese reguero de chiquitos”*. Pero, ante la resolución firme de los muchachos, propuso que él también vendría a conocer y después verían qué hacer... Al cabo de un mes regresó, e informó a la familia que había comprado un solar en La Tebaida, que no se pagaba con la finca que tenían en Antioquia, y que se irían todos. El solar eran 26 cuadras de sementera fértil y hermosa, que contrastaban con la gran extensión y esterilidad de la finca antioqueña.

La Dorada, como se llamaba la finca quindiana, ubicada sobre la actual vía que de Pueblo Tapeo conduce a La Tebaida, en el cruce para la hacienda San José, costó 2.500 pesos; y “*Aures*”, como se llamaba la de La Unión, se vendió por 1.700, fiada la mitad de la plata, a un año de plazo y sin intereses. Vendieron ganados y cosechas futuras. Tenían entre las bestias una yegua con cuatro potros, que, según decía Enrique, no se sabía cuál era el mayor, de lo ñuridos que eran todos. Esos teques y un armario de comino crespo los cambió don Enrique por un caballo, que por lo menos resistiera el largo viaje. Cuando todo estaba arreglado, el viejo encargó a su hijo Arturo de la traída de la familia; le dejó once bestias y treinta pesos para los gastos de dieciocho personas y se vino adelante, dizque a organizar la casa para cuando ellos llegaran. La intención, pensaron los muchachos era sacarle el cuerpo a semejante odisea. Pero también pensaban que era mejor porque, seguramente, a lo largo del viaje solamente iba a echar cantaleta.

Cargaron con todos los corotos, pues no había con qué volver a comprarlos, y a los niños más pequeños, que en esa época se juntaban hasta tres sin caminar, según contaban ellos después, los echaron en cajones amarrados a las angarillas de las bestias. Alpidio decía que él se había venido de Antioquia gateando, por decir que estaba apenas gateador. Como los viáticos eran tan escasos, prepararon fiambre en abundancia, especialmente bizcocho de teja, para que les durara todo el viaje. Cuando se acercaba la noche, se adelantaban dos de los muchachos hasta dar con alguna casa dónde pedir posada. Solicitaban permiso para pernoc-tar en un corredor, “*con una gente y unos coroticos que*

traían”, como decían para no alarmar. Accedían las buenas gentes casi siempre, pero grande era su sorpresa cuando comenzaban a llegar los hombres jóvenes con mujeres, niños y bestias, en cantidades que jamás imaginaron. Con el agravante de que no compraban ni aguapanela, porque traían de todo y no era sino juntar candela y preparar las comidas.

En la estación Guacaica, entre Aranzazu y Salamina, se abrió la caravana: Arturo, con las mujeres y los niños, se embarcaron en el cable aéreo hasta Manizales y de allí a La Tebaida en tren; y Libardo y Enrique continuaron con las bestias por Filandia y Quimbaya, que era el camino escogido. De la plata que dejó el viejo para viáticos, faltaron tres pesos, que los pusieron los muchachos. En *La Dorada* estaba don Enrique re-pechado, muy cómodo, esperando a la familia. Había hecho unas camas con tablas a las que no les limpió ni la boñiga; y cuando se acostaron en ellas, a reposar el cansancio de semejante viaje, se desbarataron.

Es difícil reconstruir las rutas que utilizaron estas familias para desplazarse desde el lejano suroriente antioqueño hasta el Quindío, como fue el caso de los Mejía-Palacio. Atando cabos, puede pensarse que los viajeros debían desplazarse sin afán, para no fatigar a las bestias cargadas de corotos, y porque en sus caravanas había mujeres y niños muy pequeños. También es de imaginarse que buscaban las rutas de los arrieros, donde eran frecuentes las posadas para pernoctar; o los caminos por donde vivían familiares y amigos, a quienes pedirles alojamiento.

En el caso de esta familia, la ruta debió ser por Abejorral a salir a La Pintada; y de ahí subir a Aguadas,

para buscar, entre Salamina y Aranzazu, la estación Guacaica del cable aéreo, donde embarcaron a las mujeres y los niños para Manizales, acompañados por Arturo; y Enrique y Libardo, siguieron con las bestias.

Para unos campesinos de vocación eminentemente terrestre, que apenas habían salido de la vivienda rural a los pueblos más cercanos, montarse en una vagoneta del cable aéreo, para un recorrido largo por una topografía agresiva, de elevadas cumbres y profundas gargantas, la experiencia tuvo que ser aterradora. Especialmente para las mujeres y los niños mayores, porque los más pequeños suelen permanecer dormidos; y pegados de la falda de la mamá no le temen a nada. Y qué decir de Arturo, líder del grupo, quien, muchos años después, se resistía a montar en avión, porque *“yo no creo que el aire sea capaz con un aparato de esos”*, decía. De los mareados y del miedo para sacar la cabeza de la vagoneta para vomitar, ni hablar; nadie se atrevía a moverse.

Una idea clara del viaje en el cable aéreo la dio el periodista y escritor José Gers, en reportaje publicado por La Patria el 13 de diciembre de 1937:

“(...) La vagoneta se desliza con una lentitud desesperante, sobre hondonadas y cerros. Fantásticos precipicios se ofrecen a la vista del atónito viajero. Cuando el ánimo se ha serenado un poco, el menos curioso puede observar la hoya del río Tapias cuajada de cafetales y cultivos. Más allá serpentea el Tareas, cantarino y romántico. El camino, la antigua vía, desde donde muchos arrieros maldijeron las recuas, trepa por la montaña ondeando en las sierras como una inverosímil serpentina que reverbera al sol. La vagoneta, como un nido macabro, sigue deslizán-

dose sobre estas encrucijadas y brechas con una majestad rimbombante. Después de unos noventa minutos de vuelo se llega a Aranzazu, anhelante de pisar tierra, enteramente desfallecido de pavor (...)”.



Enrique Mejía Ángel y María Palacio Jaramillo.

Después de Guacaica, Libardo y Enrique con la recua debieron seguir los caminos de arriería, para buscar la margen occidental de río Cauca y por el valle del Risaralda, antes de Pereira, encontrar la ruta de Finlandia y de ahí a Quimbaya, para continuar hacia el suroccidente del actual departamento del Quindío, hasta llegar al destino final, la finca *La Dorada*, antes de La Tebaida. Hay que tener en cuenta que para la época los puentes eran escasos, y pasar de una margen a otra de un río como el Cauca significaba largos recorridos de travesías y rodeos.

LOS MEJÍAS

Letra: José Jaramillo Mejía

Música: Jesús “Chucho” Vargas



*Haciendo arco en la frente sudorosa
avistó la tierra prometida,
se hinchó su corazón con la esperanza
y el alma estremeció por la nostalgia.*

*Empacaron los bártulos caseros
y con Madre María y los muchachos,
y el nombre del Señor por sur y guía,
partió con su ilusión a la ventura.*

*Dejaban el alero de la infancia
y la escolita del abecedario;
el surco familiar acongojado
y la quebrada sin rumor, callada.*

*El Quindío tendió su alfombra verde
y abrió sus brazos tibios en la tarde,
para acoger el fatigado paso
de aquella bulliciosa caravana.*

*Hendió la azada el suelo promisorio,
dio el fruto su dulzor a la labranza,
cedió el monte su tierra a las cosechas
y comenzó a ser cierta la esperanza.*

*Y la semilla que sembró el abuelo
en el vientre fecundo de la abuela,
fue con amor, el tiempo y la ternura
la fronda familiar de los Mejías.*

V

“LOS BUENOS DÍAS TE DAN FELICIDAD. LOS MALOS, EXPERIENCIA”. *Anónimo.*

Colombia, después de las numerosas guerras civiles del siglo XIX, especialmente la de Los Mil Días, la más larga y sangrienta, que inició en 1899 y terminó en 1902 con el tratado de Wisconsin, en el gobierno de José Manuel Marroquín, vivió una época de paz, sin los reclutamientos forzados de muchachos, tanto para las fuerzas del gobierno como para los rebeldes, aunque la pobreza era mucha y el país tenía un atraso inmenso en desarrollo, precisamente por causa de las guerras. Los Estados Unidos habían indemnizado a Colombia con 25 millones de dólares por el “*I took Panamá*” del presidente Theodore Roosevelt, dinero que se utilizó en parte para infraestructura vial, en lo que tuvo una acción muy decidida el general e ingeniero Pedro Nel Ospina, presidente de la República de 1922 al 26. Ante la falta de recursos oficiales, en algunas partes los caminos y los puentes los hacían ciudadanos ricos y los gobiernos se los daban en concesión por un tiempo, para que cobraran peajes y recuperaran la inversión, con el correspondiente beneficio. Y en 1905, con la creación del departamento de Caldas, el gobierno del presidente Rafael Reyes metió una cuña entre la Antioquia conservadora y el Cauca liberal, para separar dos estados soberanos de la república federal, que protagonizaron la mayoría de las guerras civiles en el occidente colombiano, involucrando a otros departamentos aledaños.

Esta época coincide con la adolescencia de nuestros cercanos ancestros, lo que favoreció su desplazamiento hacia el Quindío y su inicio en los negocios de ganadería y comercio, sin el fantasma de la violencia política a sus espaldas. Aunque los Mejía-Palacio y Jaramillo-Guzmán eran liberales, otras familias emparentadas, de vertientes distintas, como los Maya-Mejía y Vélez-Mejía, de Sonsón; y González-Palacio, de Abejorral, eran conservadoras. Y, a pesar del sectarismo que las contiendas políticas habían sembrado, en esas familias prevalecieron los llamados de la sangre, la solidaridad y el afecto. Y la amistad y las uniones matrimoniales sólo se inspiraron en el cariño y el amor. Tenían esos paisas “*resembrados*” en el Quindío, como guía inspiradora para progresar, dejando atrás la pobreza que los había obligado a emigrar de Antioquia, una frase que repetían con frecuencia: “*El que no aspira a peso no llega a real*”.

La primera casa de Ernesto Jaramillo y Elvira Mejía, en La Tebaida, fue un ranchito de vara en tierra con paredes de esterilla de guadua. Ernesto tenía la tienda de abarrotes en compañía con su cuñado Alfonso. Detrás del local había una casa, en la que vivieron Pedro Restrepo y Aura Mejía, y después fue convertida en bodega de granos, como maíz, frijol y otros. Para combatir a los ratones, que rompían los costales para comerse los productos, había una culebra cazadora, que más de una vez les paralizó el corazón a los que se atrevieron a dormir una siesta encima de los bultos. Ernesto también tenía carnicería, además de que negociaba con ganado. Y Elvira cosía vestidos ajenos, a 25 centavos los completos y a 10 las blusas, en una Singer que le fiaron en Armenia, para pagar cinco pesos mensuales.

De los Mejía-Palacio se casaron en Antioquia, en Abejorral, Alfonso y Libardo; y en La Unión Elvira y Aura. Fortino, Otilia, Roselia y Dora, en La Tebaida y Enrique en Circasia. Toda la descendencia de ellos nació en el Quindío, con excepción de María Antonia, “Toña”, Yolanda, Aura y Marta Restrepo, hijas de Aura, que nacieron en La Unión.

Por estas calendas han transcurrido casi 100 desde cuando emigró esta familia del suroriente antioqueño hacia el Quindío. Y su historia es semejante a la de muchas otras, dispersas por toda la geografía del Eje Cafetero. En el caso de los Jaramillo-Guzmán y Mejía-Palacio existe una especial identidad entre parientes, por lejanos que sean y se reconocen en cualquier parte del mundo, con alegría, solidaridad y afecto.



Familia Jaramillo Mejía: Ernesto, Elvira y sus hijos, Rubiela, Orlando y José.

VI

**“DESPUÉS DE LOS CUARENTA
LA VERDADERA CARA
LA TENEMOS EN LA NUCA,
MIRANDO DESESPERADAMENTE
PARA ATRÁS”.**
Julio Cortázar.

La finca *La Dorada* fue por un tiempo el hogar de los Mejía-Palacio. Su casa, que aún conserva su estilo, lo suficientemente espaciosa como para albergar a una familia numerosa, tenía un pequeño local adyacente donde funcionaba una tienda, que explotaba alguno de los miembros del clan, y dejaba en manos de otro cuando tomaba nuevo rumbo en sus actividades. En ese *chuzo*, cuyo surtido de mecató, víveres, *colas* (como se llamaba entonces a las gaseosas por nombre genérico) y trago; era muy pobre. Pero servía de centro de operaciones para otros negocios y, también, para jugar a las cartas o al *dao* con vecinos de otras fincas, que cuando salían perdedores les pagaban a los Mejías con reses o con arrobas de café. Ese negocio lo tuvieron en compañía Pedro Restrepo, el esposo de Aura, y don Tulio Palacio Jaramillo, hermano mayor de María, la matrona de los Mejía-Palacio, quien con su hermano Aurelio, residente en Quebradanegra, vereda de Calarcá, pasaban temporadas en La Dorada. Según contaban, en la tienda se la pasaba Pedro jugando a las cartas y Tulio, el socio, ciego desde niño, tomando

aguardiente y haciendo tertulia con clientes ocasionales. Los hijos pequeños de Pedro entraban a sacar mecato de la vitrina donde se exhibía, lo que hacía que el surtido rindiera muy poco. Como las cuentas del negocio eran muy precarias, Pedro le propuso al socio que partieran, a lo que don Tulio le contestó tajante: —“*Esto partirlo es muy fácil. Sale o salgo. Y si yo me quedo, surto esta tienda de puntilla de la gruesa, para que no se la coman esos muchachos suyos*”.

La tierra de esa finca estaba repartida entre el cafetal, un potrero para las vacas de leche, bestias de trabajo y ganado de levante; y un gradual, lo suficientemente grande para proveer leña para la casa y generar ingresos por venta de guaduas, sin que se menguara, por la renovación constante. La administración era compartida entre don Enrique y los hijos. Como era costumbre en las épocas bucólicas de la vida del campo, los días se repartían entre el trabajo y el descanso nocturno. Después del rosario y la comida, se reunía la familia en el corredor que daba al camino principal, bordeado de jardín; se contaban historias, se hacían juegos de adivinanzas y se ensayaban canciones, acompañadas con guitarra o tiple por algún trabajador que fuera músico. Éste les enseñaba a tocar a los muchachos que fueran entonados y tuvieran oído, para después armar conjuntos vocales entre ellos.

Las relaciones entre familias vecinas eran muy estrechas, se prestaban servicios mutuamente, había noviazgos entre ellas y se compartían épocas, como las Nochebuenas. Los Mejía-Palacio fueron muy afines con los Correas, de don Esteban Correa, de Montenegro, dueño de la hacienda San Carlos; y con los Buitrago-Echeverri, de don Alfonso Buitrago y doña Carlina

Echeverri. Lo que no excluye a otros, como la familia de don Joaquín Pablo Montoya, dueño del ingenio Guatemala; y los Vélez-Marulanda, de la Hacienda San José, aunque éstos vivían en Pereira. Con estos últimos tuvo mucha cercanía Fortino Mejía Palacio, quien en sus comienzos laborales administró la hacienda Maravélez, en el paradisíaco valle de la quebrada Cristales, límites del Quindío con el Valle del Cauca.

Uno de los trabajadores que tenía Fortino era Juan González Palacio, primo suyo. Gran trabajador, sin embargo, no se podía mandar al pueblo a hacer diligencias, porque no volvía sino después de varios días tomando aguardiente, cuando se le acababa la plata. No obstante, en una ocasión tuvieron que mandarlo por carne, porque no había otro trabajador disponible. Fortino le hacía mil advertencias de que no se demorara, porque no había carne para el almuerzo. Ensilló Juan un macho amarillo, cogió un líchigo, y se fue. Cuando estaba pasando el último broche, para salir al camino principal, todavía oía los gritos: —¡Cuidao se demora!

Llegó al pueblo, compró la carne, colgó el líchigo en el cacho de la silla y ya se iba para la hacienda cuando un amigo lo invitó a que se tomaran un aguardiente: —“*Uno no más, y se va*”, le decía. El corolario del cuento fue que al otro día estaba Juan bebiendo en una cantina de la zona de tolerancia, el macho amarrado al frente, en un cerco; y un gallinazo parado en el cacho de la silla “coqueteándole” a la carne, ya rancia.

Después de unos años de residencia en la finca, don Enrique Mejía compró casa en el pueblo, en La Tebaida, en la actual Carrera 7a entre calles 11 y 12. Con el tiempo, algunos de los hijos, cuando se casaron, com-

praron o construyeron vivienda en la misma calle, que por mucho tiempo se reconoció como “*la calle de los Mejías*”. En ella vivían, Aura, en la 7a entre calles 10 y 11; Arturo, en la esquina de la calle 11, donde Ismenia, su esposa, tenía un almacén; Fortino, en una casa que construyó, contigua a la de sus padres; al frente, Dora; en la esquina de la calle 12, al lado oriental, Alfonso; y al frente Roselia, cuyo esposo, Hugo Botero Jaramillo, tenía una tienda de abarrotes; y enseguida vivía Álvaro, “*Polito*”, Botero, su papá, con su segunda esposa, Carmen Rosa, sus hijos; y su mamá, Delfinita Guzmán; diagonal, Otilia, quien también tenía un pequeño almacén; y enseguida de ésta, por la misma carrera 7a, Amalita Guzmán, la madre de Ernesto Jaramillo, con su hijo soltero Arcesio, “*El Mono*”.

La Tebaida, ubicada al suroccidente del actual departamento del Quindío, a 18 kilómetros de Armenia, es llamada El Edén, por su armoniosa topografía de suaves ondulaciones y la feracidad de sus tierras, pobladas de cafetales, plataneras, guaduales, almendros, guayacanes, frutales de variadas especies e infinidad de árboles y plantas nativos, que conforman un cuadro de tal exuberancia y variedad de colores, especialmente tonos de verde, que deslumbran a los visitantes y son el orgullo y la plenitud de vida de sus moradores. A siete kilómetros de la población está el río La Vieja, que es el límite del Quindío con el departamento del Valle del Cauca.

La Tebaida comenzó a formarse como núcleo humano a principios del siglo XX, cuando los hermanos Pedro y Luis Enrique Arango Cardona, oriundos del suroeste

antioqueño y dueños de una finca que comenzaba al frente occidental del actual aeropuerto El Edén, cedieron a sus trabajadores lotes para construir viviendas, lo que con el tiempo, cuando creció y tuvo comercio, iglesia, escuela y otros servicios sociales, conformó el corregimiento de La Tebaida, así declarado oficialmente en 1916, dependiente de Armenia; y constituido municipio en 1954. Su nombre, sin que haya ninguna referencia precisa, seguramente salió de las inquietudes históricas y artísticas de don Luis Arango, un guaquero culto, sobre la antigua Grecia y Egipto. En este último está la región del Alto Nilo o La Tebaida, donde queda la ciudad de Tebas.

En el libro *La Tebaida-Quindío*, de Francisco Cifuentes Sánchez, se señala:

“La fundación de La Tebaida no se hizo exactamente en torno a una fonda rural específica, o a raíz de una colonia bien determinada (...) El tipo de fundación de La Tebaida fue diferente.

Es el caso de un solo propietario que decide vender lotes de su propio terreno, con el objetivo específico de fundar un poblado, de una vez diagramado y medido para tal objetivo: fin urbano. Dentro de esos nuevos propietarios de lotes hubo colonos y agregados”.

De la prole de don Luis Arango Cardona, se destacó el escritor y economista Jesús Arango Cano, nacido en La Tebaida en 1915, en la hacienda Maravélez. Hizo sus estudios secundarios y de economía y relaciones internacionales en los Estados Unidos. Escribió 50 libros sobre economía cafetera y arqueología y orfebrería Quimbaya. Por sus conocimientos sobre el mercado cafetero el gobierno lo designó cónsul de Colombia en

Sao Paulo (años 40 del siglo XX) y después subsecretario económico del Ministerio de Relaciones Exteriores. Simultáneamente se desempeñó como miembro del Comité Nacional de Cafetero de Colombia. Fue fundador de la Academia de Historia del Quindío; y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua Española, de la Academia Colombiana de Historia, de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas y de la Sociedad Geográfica de Colombia. Murió en Armenia a los 97 años y es, sin duda, uno de los quindianos más destacados, discreto en su forma de vivir, dedicado a sus dos grandes pasiones: leer y escribir.

En 1954 era gobernador del departamento de Caldas el entonces coronel Gustavo Sierra Ochoa, durante la dictadura militar, a quien la sociedad de Armenia, en una visita oficial, le hizo un desaire, lo que algunos líderes cívicos de La Tebaida aprovecharon para colmarlo de atenciones y conseguir su apoyo para crear el municipio, lo que finalmente sucedió. En agradecimiento, las autoridades y la ciudadanía de La Tebaida ordenaron un busto del coronel Sierra Ochoa, para erigirlo en la plaza principal. Pero el alto oficial, ya ascendido a general y cumpliendo otros destinos en el gobierno, pereció en un accidente aéreo y poco después cayó la dictadura. Entonces la idea de los teбайдenses cambió y resolvieron colocar en la plaza principal una estatua del Libertador Simón Bolívar. Seguramente el escultor ya tenía el trabajo inicial adelantado, porque ese Bolívar de La Tebaida tiene un asombroso parecido con Sierra Ochoa.

Los hermanos Arango Cardona, Pedro, Luis Enrique y Emilio, fueron famosos por sus actividades de guaquería, de la que obtuvieron valiosas piezas de cerámica y oro, la mayoría de las cuales fueron adquiridas por el Banco de la República, y hacen parte de la colección del Museo del Oro, de Bogotá.

Por muchos años La Tebaida careció de servicios públicos. El agua se sacaba de bombas, con baldes amarrados a un lazo, accionando una manigueta. Y en los patios de las casas había una caseta con un inodoro de hoyo y al lado un espacio cubierto para bañarse con agua tirada. En las cocinas eran frecuentes los filtros de piedra labrada, unas especies de ollas pétreas colocadas sobre un mueble de madera, que se llenaban de agua y debajo se ponía una vasija en la que caía el agua filtrada, supuestamente purificada.

Apenas por los años cincuenta del siglo XX hubo en La Tebaida acueducto y alcantarillado. Estas condiciones higiénicas, el clima y el entorno cultivado de café y plátano, favorable para mosquitos y zancudos, eran propicios para las enfermedades tropicales, que las abuelas combatían con remedios caseros, a base de bebidas, sudores y emplastos; y los señores con aguardiente, pasado con un casco de limón.

Esta escasez de agua en el pueblo estimulaba los paseos de olla al río, a bañarse la gente con agua abundante y a preparar sancochos en fogones de leña de tres piedras. El más frecuente de tales paseos era a la quebrada Cristales, que corría por el valle de la hacienda Maravélez, donde había una estación del tren que iba para Cali. La locomotora no paraba totalmente, sino que pasaba despacio. Entonces los hombres y

las mujeres jóvenes se tiraban primero y aparaban las canastas con los ingredientes para el almuerzo y a los niños y a las personas mayores. Doña María Palacio, a pesar de que, en accidentes de camino, cuando las bestias se arrimaban a los barrancos, se había fracturado una misma pierna dos veces, y andaba coja apoyada en un bastón, se le medía a la tirada del tren, proeza que celebraban todos los del paseo entre carcajadas.

Otro paseo, menos frecuente por la distancia, era al río La Vieja, que se hacía en jeep por la carretera que conducía a Corozal. Allí el baño era para expertos nadadores, que en los Mejía-Palacio lo eran, especialmente, Fortino y Otilia. En un planchón amarrado al muelle se quedaban las mujeres con los niños más pequeños, mirando nadar a los demás, contemplando el paisaje y cuidando los envueltos en hojas de congo, con el *sudao* para el almuerzo. En uno de esos paseos, Celmira, que remolineaba con otros niños por las orillas del río, desamarró el lazo que sostenía el planchón y éste arrancó río abajo. Grande fue el esfuerzo de los nadadores para alcanzarlo y regresarlo al muelle, con unas mujeres aterradas, que no se atrevían ni a gritar, por miedo a volcarse y caer al agua.

A pesar de la falta de agua, al espíritu cívico de la gente se le ocurrió crear un cuerpo de bomberos, para lo cual se asesoraron los de la iniciativa con el de Armenia, que les regaló algunos elementos, les dio capacitación y les instruyó en disciplina tipo militar. Se nombró un comandante y éste se dio a la tarea de reclutar voluntarios, a los que sometía a una rigurosa entrevista, antes de aceptarlos. Entre los aspirantes se presentó un joven, muy conocido por su afición al aguardiente. El flamante comandante, después de

agradecerle su generosa disposición de colaborar en la empresa, le dijo:

—Usted no sirve, fulanito.

—¿Por qué?, protestó el aspirante.

—Porque es materia inflamable, —sentenció con toda seriedad.

Llama la atención que en el Quindío sean tan escasos los vestigios de indígenas. De esa región fueron pobladores desde tiempos precolombinos los quimbayas, uno de los primeros pueblos aborígenes exterminados, pese a que eran más bien pacíficos, cuya habilidad característica era la orfebrería, de la que dejaron tesoros de valor artístico incalculable. Lo que despertó no solo la codicia del conquistador español sino la de los colonos que llegaron después, especialmente los antioqueños, que sin ningún criterio cultural se dieron a la tarea de saquear las tumbas de los quimbayas, conocidas como guacas.

El fenómeno de los indígenas en el Quindío lo resume así Francisco Cifuentes Sánchez en su libro ya citado *La Tebaida-Quindío*:

“Etnográficamente solo se cuenta con la presencia dispersa de los despectivamente llamados ‘memes’, lejanos descendientes de los nativos de La Tebaida, hoy ubicados en las laderas de los ríos La Vieja y El Espejo, y en el sitio de Sierra Mocha, en límites con el municipio de Montenegro, Quindío. De ellos restan aproximadamente mil, en familias dispersas de asalariados agrícolas y pecuarios, de pequeñísimos propietarios de minifundios. Todos ellos están bastante aculturizados y solo les quedan rasgos de los antepasados, así: su regular estatura, su tez broncea-

da, su pelo negro y lacio ('aindiao', como suele decirse); su gusto por la caza, la pesca y la chicha; su propensión a la violencia, a la endogamia y un escaso dejo y silabeo específico en el hablar, como último vestigio de su primigenia lengua”.

Estos indígenas, como ha sucedido en muchas otras regiones del país, tradicionalmente han sido desconocidos, menospreciados, tanto que un insulto recurrente es decirle a otro “*meme*”, cuando es de escasa pinta y bajo nivel social. Inclusive los curas los miraban con recelo por sus especiales costumbres y los trataban como a humanos inferiores. Solían los indios, cuando iban a bautizar un niño, dejar a opción del párroco el nombre que se le iba a poner y éste miraba la hoja correspondiente al día del almanaque *Pielroja*, que tenía el nombre del santo del día y le ponía ese: “*Cuncía, nombre feo*”, mascullaba un *meme*, después de que le bautizaran así a su hijita.

De los Jaramillo-Guzmán, Ernesto, después del ranchito de vara en tierra vivió en una casa alquilada en el marco de la plaza de La Tebaida, donde nacieron sus tres hijos. Después, en una finca en la vereda Platanilla, entre La Tebaida y Montenegro, adonde se fue a vivir un año, para organizarla. Sus hermanos, Arcesio y Manuel José, no tuvieron desempeño laboral distinto del necesario para la modesta supervivencia. “*El Mono*” tenía una finquita por los lados de la quebrada La Jaramilla. Allí ordeñaba unas pocas vacas y después salía a repartir la leche en las casas donde tenía las contratas. En esas mismas casas le recogían en canecas las cáscaras de plátano y otros deshechos vegetales, que eran parte del cuidado de las vacas. Y Manuel José estuvo casado con Isabelita Arce, maestra de escuela,

y desempeñaba “*oficios varios*”, que ha sido una de las características del paisa, especializado en lo que haya que hacer. Y Álvaro, “*Polito*”, Botero Guzmán, primo de Ernesto y casado con una hermana de éste, Rosaura, a quien llamaban “*La Morena*”, administró por muchos años la Anapoima, una finca muy cercana al pueblo. Allí, de niños, nos llevaban a pasear en vacaciones y nunca dejó de asustarnos cuando, al amanecer, pasaba el tren por detrás de la casa, que traqueaba como si fuera a desbaratarse.

“*Polito*” tenía en la Anapoima un marrano padrón, al que acudían quienes tuvieran una marrana en calor. Entonces le decían a alguien de su finca:

—Vaya, llévele esa marrana al verraco de La Tebaida. La expresión hizo carrera a tal punto que los días feriados llegaba a cualquier cantina de la zona de tolerancia un campesino alebrestado, con un crespo sobre la frente, el sombrero ladeado, “*a la pedrada*”, y un paquete de Camel o Lucky en el bolsillo transparente de la camisa dominguera, y les decía a las “*muchachas*”:

—Bueno, mijitas, aquí llegó el verraco de La Tebaida.

Alguna vez, cuando “*Polito*” era ya un anciano, muy corto de vista, pero lúcido y expresivo en la conversación, lo entrevisté para una crónica periodística. Mientras él hablaba, se fueron tejiendo en mi mente recuerdos de los pueblos que yo había conocido: bucólicos, sanos y elementales, idea que plasmé en unos versos, a los que les puso música de pasillo el maestro Bonifacio Bautista:

LOS VIEJOS Y LOS PUEBLOS

LOS VIEJOS Y LOS PUEBLOS

Letra: José Jaramillo Mejía

Música: Bonifacio Bautista (Pasillo)



*Los viejos que se mueren con los pueblos
vienen de más allá de los recuerdos;
vegetan recostando sus nostalgias
al vetusto mural de las memorias.*

*Ellos llegaron de tranquilos campos
cotiza al suelo, chapoteando barro,
para fundar pueblitos de acuarela:
una plaza, la iglesia y una escuela.*

*Hoy los hijos que criaron están lejos,
ya no trenzan cabuyas los abuelos,
solo quedan nostalgias y recuerdos
de los viejos que mueren con los pueblos.*

Quando yo era adolescente, alguna vez que fui a visitar a las abuelas a La Tebaida le mostré a mi tío, el “Mono” Jaramillo, un ejemplar de la revista Mensaje,

del escritor Humberto Jaramillo Ángel, en la que me había publicado unos poemas. Los miró y se puso a llorar. Como no dijo nada, me quedé sin saber si las lágrimas fueron porque lo conmovió la inteligencia del sobrino, porque los versos le parecieron muy malos o porque se le había olvidado leer.

Los Mejía-Palacio, Alfonso, Arturo, Libardo, Enrique y Fortino, comenzaron como carniceros y comerciantes; y negociaban con ganado, que compraban flaco y engordaban, inicialmente en la finca de su padre y después en tierras alquiladas, hasta que poco a poco fueron adquiriendo propias, en un proceso que finalmente los llevó a tener unas fortunas apreciables. El cultivo del café nunca los sedujo, porque decían que *“el café era un negocio de pobres”*. Alfonso y Arturo, en sus tiendas de abarrotes, compraban café, pasilla e higuerilla, que es un negocio de intermediación muy rentable, cuando se tiene olfato para calcular los riesgos del mercado, cuyos precios son fluctuantes. Alfonso y Enrique fueron socios en fincas ganaderas, hasta cuando decidieron partir, para independizar sus patrimonios. Libardo y Fortino, además de adquirir tierras, negociaban ganado en grande, traído de la Costa, hasta llegar a ser los proveedores de casi todos los carniceros de Armenia y municipios cercanos.

Estos dos fueron aficionados al fútbol, tanto que apoyaron el Deportes Quindío adquiriendo acciones y asistían a los partidos en el estadio San José. Fue la época gloriosa del equipo, cuando fue campeón nacional y tuvo una nómina excelente de jugadores argentinos, muchos de los cuales se quedaron en Armenia,

formaron sus hogares y se dedicaron a otras actividades, después de dejar el fútbol. Dante País, Urruti, Alarcón, Lombardo, Cazaubón, son algunos de los nombres más recordados.

Aristóbulo era el intelectual de la familia. Estudió en la Normal Superior de Manizales y era un excelente dibujante, pero la muerte lo sorprendió muy joven. Lo mató el “*cólico miserere*”, que no era otra cosa que una apendicitis aguda, de la que muy pocos se escapaban, cuando los recursos médicos eran muy precarios; y al cólico había que volarle para cirugía, a cortar el apéndice infectado, o mataba en horas. De ahí el apelativo de “*cólico miserere*”, porque, con el primer síntoma hay que invocar la misericordia divina. Cuando murió, uno de sus hermanos mayores dijo: “*Se murió el único de la familia que sabía leer y escribir*”. Cinco años después de su muerte, en 1938, y del mismo mal, murió el abuelo Enrique, de quien tengo una imagen borrosa, porque era muy niño cuando íbamos a pasear a La Tebaida y nos daba leche acabada de ordeñar, al pie de la vaca, en una taza con panela raspada.

Aristóbulo, cuyas actividades estaban concentradas en los libros y en el papel para dibujar, sin embargo, les colaboraba a sus hermanos en otros menesteres, como la vez que Arturo compró una marrana flaca en La Tebaida y le pidió a su hermano menor que la llevara a La Dorada, para que Aura, que vivía allá, la engordara en compañía. Esto quiere decir que cuando se vendiera partían la utilidad. La marrana, además de estar muy flaca, era larga y casi no se sostenía parada. La llevada fue ardua, jalándola y empujándola para que caminara, lo que hizo que el viaje hasta la finca fuera largo y extenuante. Un tiempo después llegó Arturo entusiasmado donde doña María y le dijo:

—Cómo le parece, mamá, que la marrana “*volvió*”.

Y Aristóbulo, apenas oyó, pegó el grito:

—¿Volvió? ¡Pues consiga uno más pendejo que la vuelva a llevar!

De los Mejía-Palacio, los únicos que tuvieron finca cafetera fueron Arturo, en la vereda La Popa, de La Tebaida; y Libardo, en Canaán, entre Circasia y Salento. Ernesto Jaramillo, en cambio, además de comerciante y criador y negociante de ganado en pequeño, fue cafetero. Tuvo dos fincas: Altomira, cerca de Pueblo Tapao, municipio de Montenegro; y Pavía, en Circasia, en Barcelona Alta. Esas fincas, de cultivo tradicional de las especies borbón y arábigo, sombreado con plátano, guamos, carboneros, guayabos, naranjos, limoneros, y otros frutales, además de producir comida, especialmente frutas, se abonaban de forma natural y conservaban la fauna, además de controlar la erosión, lo que desapareció con la variedad caturra, que, para intensificar la producción, con arbustos más pequeños sembrados a menor distancia, acabó con el sombrío, con los pajaritos, las ardillas y otras especies animales, y encareció los costos de producción, al imponer los abonos químicos y los fungicidas para combatir las plagas, de lo que se encargaba antes el equilibrio natural. Eran tantas las exigencias de la nueva especie, que había que “*podar las ramas con tijeritas de uñas*”, como decía el escritor costumbrista Rafael Arango Villegas.

Alpidio administró la finca paterna hasta cuando la abuela la vendió. Tenía una vocación de servicio tan activa como desinteresada, como bombero voluntario,

ocasional empleado público —por un corto período fue alcalde municipal— y gestor deportivo. Promotor del estadio de fútbol de La Tebaida, en reconocimiento a su labor lleva su nombre. Billarista consumado, participaba en torneos regionales, cuando en algún pueblo vecino casaban un chico entre Alpidio y el campeón local, lo que convocaba numeroso público y movía apuestas apreciables. Una artritis que lo afectó severamente sus últimos años disminuyó su capacidad para jugar, pero suplió este vacío dando clases de billar en el café Destapado, de Armenia. En la fonda El Prado, cerca de la finca La Dorada, en un billar al que le remendaban los rotos del paño con hilo y aguja corrientes, por lo que le quedaban unos saltos en los remiendos que hacían volar las bolas por fuera de la mesa, para caer en un orinal, del que las sacaba un muchacho y las limpiaba con un trapo, nos enseñó Alpidio a muchos sobrinos a jugar al billar, sin que ninguno alcanzara su maestría.

Las mujeres de la familia Mejía-Palacio fueron amas de casa, dedicadas a sus proles, en algunos casos numerosas. Y, como las matronas tradicionales, cosían, tejían, cocinaban, eran las administradoras generales de los hogares y participaban en actividades cívicas, sociales y religiosas, como una manera de distraerse de la rutina y para ser útiles a los más necesitados y a la comunidad.

Un caso especial fue Aura, a quien la fortuna económica le fue esquiva, y tuvo una de las familias más numerosas del clan. No obstante, su juicio y laboriosidad en el hogar, el mismo que les inculcó a las hijas, eran ejemplares. De las tiendas de los hermanos se traían las cajas de madera, en las que venían las velas y el jabón, les hacían un abullonado de trapos picados

y batas de cretona y esos eran los muebles. El piso encerado brillaba y todo era de un orden que no dejaba traslucir la pobreza. Además, Aura nunca se quejó; en su mesa siempre hubo un plato de más para el necesitado, era alegre y hablaba ininterrumpidamente, contando unas historias que casi siempre se nos quedaron empezadas, porque no había tiempo para esperar el desenlace.

Dora, que era la menor, la niña, se enamoró de un maestro oriundo de la vereda Arabia, de Pereira, con quien se casó y tuvieron siete hijos. Dora fue una guerrera, que sacó la familia adelante, especialmente después de que su marido sufrió un gravísimo accidente, que le restó mucha capacidad laboral. Elberto, después del magisterio, vendía seguros y cédulas de capitalización, actividad en la que tenía una buena cartera en Sevilla y Calcedonia, poblaciones que visitaba cada ocho días, para aprovechar el “*mercado*”. En uno de esos viajes, el bus en el que iba se dio de frente con otro. Hubo varios muertos y numerosos heridos. A Elberto lo dieron por muerto y estuvo en la morgue del hospital de Armenia, hasta que movió una mano cuando pasaba un enfermero y éste gritó: “Éste está vivo”.

Hasta a los Estados Unidos fue a dar Dora, a trabajar de camarera en un hotel, para mandar con qué librar de deudas la casa que tenían en Armenia.

La única soltera de las Mejía-Palacio fue Celmira, víctima de la poliomielitis siendo muy niña, lo que le produjo un retraso en su desarrollo físico que en nada afectó su viva inteligencia ni impidió que fuera artista, pintora y activista cultural. Organizaba estudian-
tinas y coros y montaba obras de teatro, oficiando de

libretista, directora, utilera, decoradora de escenarios y empresaria, para presentarlas en el teatro del pueblo, siempre a beneficio de alguna obra social. Fundó un hospital infantil que lleva su nombre, Celmira Mejía Palacio, con recursos de la Divina Providencia, porque todas sus actividades filantrópicas las acometía sin un peso, que nunca tuvo, pero que no necesitó para ser útil, porque su inagotable imaginación sacaba recursos de cualquier parte. La obra perdura y es, junto con el estadio que lleva el nombre de su hermano, Alpidio Mejía Palacio, y fue su empeño y tarea cumplida, orgullo de la familia.

Doña María Palacio Jaramillo era una de esas matronas antioqueñas nacidas en hogares de familias numerosas (su padre, Alejandro Palacio, tuvo veinticuatro hijos en dos matrimonios) en los que la formación de los hombres era para el trabajo y la de las mujeres para las labores domésticas. Los pocos años de escuela de las niñas, en colegios urbanos, viviendo en casas de familiares, o en internados, apenas alcanzaban para aprender a leer y escribir, las cuatro operaciones aritméticas elementales, religión, urbanidad y cívica; nociones de geografía e historia y labores manuales, como costura, croché, punto de cruz y zurcir. Conocimientos más amplios, que se adherían prodigiosamente a la memoria, se recibían en las tertulias familiares, en las que los mayores contaban historias y transmitían lo que habían leído en los escasos libros que llegaban a sus manos, y en las hojas que hacían circular quienes tenían vocación literaria; o en los periódicos y revistas nacionales, que llegaban retrasados y se leían en la peluquería del pueblo.

Pero la parte fuerte de la formación de esas mujeres nacidas en el campo, con numerosos hermanos, era

para hacer de comer, lavar ropa, barrer, ordeñar vacas y ayudar con la crianza de los más pequeños, en jornadas que comenzaban al amanecer y terminaban al comenzarla noche, después de la comida y el rosario.

Ya mayores, con hogar y responsabilidades propios, tenían las mujeres que atender no sólo al marido y los hijos, sino dirigir todas las actividades que giraran alrededor de la casa, que incluían alimentar trabajadores, criar animales domésticos, como cerdos y gallinas; revolver el café que se secaba en las paseras y cerrar la elda cuando amenazaba lluvia; cultivar matas de adorno y otras medicinales y remendar ropa. Con todo, el tiempo les alcanzaba hasta para visitar a familiares y amigas cercanas; y para ayudarles a los más pobres, con los recursos que tenían a su alcance.

Doña María, o madre María, como la llamaban sus nietos y muchas personas en La Tebaida, ya anciana, mientras sus hijas revoloteaban por la casa, haciendo oficio, permanecía sentada en una silla mecedora tejiendo randa, para hacer colchas y forros para cojines y almohadas, de su casa y para familiares y amigos, con las gafas puestas en la punta de la nariz y el tabaco en la comisura del labio. Desde allí se daba cuenta de todo lo que pasaba, y oía lo que decían los demás, y soltaba sus comentarios. —“*La niña de fulana ya está casi señorita*”, —decía una de sus hijas, y madre María replicaba: —“*Señorita no se puede ser casi; es o no es*”. “*Cómo les parece, muchachas*, —decía otra—, *que fulano y zutano, dizque están viviendo tan maluco que se van a separar*”. Y la abuela exclamaba: “*¡Hummm..., si el matrimonio bueno es tan maluco, cómo será maluco!*”. Tenía madre María una hermosa voz, pese a que nunca apagó un tabaco, y una alegría y actitud ante la vida que

era el mayor atractivo para los nietos, que disfrutaban sus comentarios graciosos y eran beneficiarios de su alcahuetería. —“*Venga, mijito*, —le decía a un nieto que pasaba temprano en la mañana por su casa, después de una noche de tragos, y se acercaba a la ventana donde estaba asomada a saludarla mimosamente, —*que su mamá lo va a matar a cantaleta, duerma aquí un rato*”. Poco después oía el muchacho que la abuela llamaba a su mamá y le decía: —“*No se preocupe, hija, por fulano, que anoche pasó y le dije que se quedara a dormir aquí para que me acompañara, porque estaba sola*”.

Los Mejía-Palacio traían en sus genes vena musical, que se manifestaba en las eventuales reuniones familiares, cuando Arturo interpretaba el tiple y Otilia la guitarra, para acompañar solistas, duetos y tríos, masculinos, femeninos o mixtos, que surgían espontáneamente, con voces bien acopladas de barítonos, tenores y sopranos. La moderna tecnología permitió que se grabaran muchas canciones del repertorio popular por el dueto de Otilia y Roselia, que las hijas de estas conservan como un tesoro. Y por ahí anda un CD que se grabó en un encuentro de la familia Mejía-Palacio, en el que un coro de los hermanos canta las canciones que venían con ellos desde las lejanas veladas en los corredores de la casa de Aures, en Antioquia. Ellas, Otilia y Roselia, en ocasiones hacían un magnífico trío con Elvira; Dorita entonaba canciones arrabaleras; y Alpidio tangos de cantina y puñal.

Los mayores de los nietos de don Enrique y doña María nos aprendimos y recordamos todavía una pieza que era recurrente en las reuniones de la familia: El

himno de la carretera al mar, que por fortuna se rescató en un casete, cantado por Elvira, Roselia y Otilia, acompañadas en la guitarra por esta última. Ese himno, que parece ser una letra de Epifanio Mejía, y de cuyo compositor no hay información, se refiere a la gesta de la construcción de la carretera a Urabá, que se hizo en buena parte con trabajo comunitario, porque los antioqueños de entonces no se sentaban a esperar que el gobierno hiciera las obras de interés general, sino que ponían manos a la obra. La ayuda oficial venía después. El himno dice así:

Vamos al mar, mi dulce bien,
de mis montañas la más bella flor,
que el porvenir nos muestra allí
rico tesoro y grato amor.

Vamos volando que nos esperan
mil emociones en la extensión,
sobre las olas son los anhelos
y son los cantos del corazón.

La barca espera volando
vamos a otros mundos a otro edén;
la tierra es nuestra, la gloria toda,
los laudos llegan a nuestra sien.

Y las gaviotas con nuestros barcos
sobre las ondas se encontrarán;
ellas en busca de su alimento
nosotros gloria llenos de afán.

Vamos todos, ancianos y niños,
ricos, pobres el golfo a buscar;
y si a las ruedas formamos caminos
Medellín será puerto de mar.

Gallas hijas de Antioquia la bella
vuestros cofres de perlas brindad,
que un tesoro más rico se espera
al llegar el camión a Urabá.

Antioqueños de raza de atletas
con azadas y palas abrid
por los montes la gran carretera
que hará puerto de mar Medellín.

Estadistas, banqueros, gobierno
un empréstito magno lucid,
que el guerrero se torne ingeniero
y que cambie por barra el fusil.

La vena musical de los Mejía-Palacio puede ubicarse en la familia Palacio, de doña María, quien, como ya se dijo, tenía una hermosa voz. Dos tíos suyos, cuyos nombres se me perdieron en los vapores del tiempo, eran trabajadores del campo en La Ceja y músicos de oficio, a quienes buscaban las familias del entorno rural para que amenizaran matrimonios, aniversarios de bodas, primeras comuniones y cumpleaños, con sus voces y guitarras. Contaba la abuela que alguna vez uno de ellos salía de la casa paterna con el instrumento musical debajo del brazo y su madre le preguntó:

—¿Para dónde va, mijo?

—Para la finca de los fulanos, a tocar en una fiesta que tienen.

—Si Dios quiere, mijo..., le replicó la madre.

—Y si no también, madre, porque ya me comprometí, contestó insolente el muchacho.

De paso para donde iba el músico tenía que cruzar una quebrada por un puente de dos guaduas y cuando iba por la mitad se resbaló y fue a dar al lecho pedregoso. Cayó sobre la guitarra y se le partió una pierna. Ahí tuvo que esperar hasta el amanecer, que pasara alguien que lo ayudara a levantarse y salir.

Días después, con la pierna entablillada, se levantó zangareteando tarde de la noche y la madre que lo sintió le preguntó:

—¿Para dónde va, mijo?

—A miar, madre,... si Dios quiere —contestó compungido.

Cada uno de los miembros de familia Mejía-Palacio tenía sus particularidades, su manera de ser. Compartían, sí, el buen sentido del humor, la laboriosidad incansable, el riguroso orden en el manejo de los negocios y la palabra de oro en el cumplimiento de los compromisos. Pero una persona, Otilia, fue especial, porque su temperamento alegre, musical y despreocupado, además de su gracia y desparpajo para decir las cosas, sobresalían.

Estaba muy pequeña cuando la familia emigró de La Unión hacia La Tebaida. De niña, en la finca La Dorada, se paraba a ver cómo tocaba la guitarra un trabajador que era músico y éste le enseñó, para que de ahí en adelante una guitarra fuera la compañera de todas sus horas y su vocación cantar, para llenar todos los espacios de su vida.

Se casó “*tardecito*” para la época, cuando una mujer

de treinta años ya estaba “*quedada*”. Tuvo dos hijas y muy pronto enviudó, y le quedó un patrimonio suficiente para vivir tranquila.

Alegre y despreocupada, se iba para donde la convidaran, incluidas excursiones al exterior, y su compañera inseparable fue siempre la guitarra, que mantenía en la bodega del carro, un Volkswagen de los primeros que vinieron al país, con el que reemplazó el jeep inicial, que adquirió cuando todavía administraba las fincas que tuvo, y vendió para desenredarse de problemas y vivir, paseando, asistiendo a costureros con las mujeres de la familia, colaborando en voluntariados, haciendo visitas y organizando tertulias musicales, que eran su mayor satisfacción. En todas esas actividades su participación era cantar, inclusive en las visitas de pésame, porque después de los comentarios de rigor, relacionados con el muerto, iba hasta el carro, sacaba la guitarra y entonaba una canción.

Nada le preocupaba. A todo problema le encontraba una salida fácil, con chispazos de un humor maravilloso, con el que resolvía cualquier situación, propia o ajena, por grave que fuera. Ya avanzada en años, a las recomendaciones de los médicos no les paraba bolas, como cuando le diagnosticaron deficiencias cardiacas y que debía ponerse bajo la lengua una pasta hasta que se disolviera, cuando sintiera el dolor en el pecho. Entonces, por ejemplo, se iba para Pereira y, cuando sentía el malestar, orillaba el carro, se colocaba la pasta debajo de la lengua, ponía un casete en el equipo y oía música hasta que se le pasara el “*infarto*”. Y al oftalmólogo que le dijo que ella ya no debía manejar carro porque veía muy mal, le contestó:

—Pero yo los carros grandes sí los veo bien, doctor.

Igualmente, cuando le decían que no era recomendable irse a viajes largos, por sus problemas cardiacos, contestaba:

—Pues yo llevo pasaje de ida y regreso. Y lo mismo es que me traigan sentada o acostada.

Tenía una deliciosa picardía para decir las cosas, poniéndoles doble sentido. Y cuando largaba el comentario picante, mientras unos soltaban la carcajada y las señoras más recatadas se ponían coloradas y se alejaban, Otilia rasgaba la guitarra y entonaba una hermosa canción, con la que disipaba todo. Decía, por ejemplo: “*Desde que a los hombres les pusieron próstata y a las mujeres matriz, nos jodieron a todos*”. Y esa era de las suavecitas, porque fue ella quien les enseñó a los nietos las palabras “*gruesas*” y les contaba cuentos verdes.

Alguna vez, cuando fue a sacar el carro del garaje, se encontró con que tenía dos llantas pinchadas. Llamó a un montallantas y se paró a ver cómo el operario luchaba por aflojar los pernos, que parecían fundidos, con una sombra de moho alrededor. De pronto el hombre se volvió y le preguntó:

—Usted, señora, ¿es que hace mucho tiempo no pincha?

Y ella, entre medio sorda que era, y socarrona, le contestó:

—Desde que se murió Roberto.

Falleció a muy avanzada edad, perdida los últimos

años en las nebulosas de la inconsciencia, aunque todos sus órganos vitales le funcionaran bien. En las fiestas, cuando los demás comenzaban a cantar, pedía a una de sus hijas la guitarra y podía acompañar, tal vez porque en la memoria remota permanecía el instinto musical; y si alguien le preguntaba si quería un ron o un aguardiente, contestaba: “*Bueno, un aguardientico*”.

En su sepelio en Jardines de Armenia no podía haber tristeza, porque el vacío que dejó se llenaba con recuerdos maravillosos. Entonces sus sobrinas trajeron unos músicos de La Tebaida, que cantaron bambucos, pasillos y boleros, mientras los sepultureros hacían su trabajo y los familiares, coreando las canciones, evocábamos los pasajes de su vida con amorosas sonrisas, mientras que una que otra lágrima se deslizaba, como “*espumas que se van*”.

La Tebaida tiene algo particular: su himno oficial, que es un hermoso bambuco, letra de Alfonso Osorio Carvajal y música del maestro Bernardo Arcila. Describe el entorno del paisaje y evoca la gesta de los colonizadores, distinto a la mayoría de los himnos, que suelen hablar de epopeyas, luchas, triunfos y cosas por el estilo, con tufillo guerrero y ritmo marcial. El de mi pueblo, dice así:

Coro

Erguida cual la palmera
sobre la tierra quindiana
surgió una ciudad señera
franca, noble y soberana.
Precia estirpe montañera
tibio lucero del alma,
lugar de muchos caminos
que van derecho al alma.

I

Que Dios bendiga tu nombre,
fértil pedazo de patria,
donde florecen cafetos
como si fueran guirnaldas.
Somos arrieros de Antioquia
que ganamos la batalla
cuando fundamos un pueblo
para llamarlo Tebaida.

II

Sobre tu cielo de gloria
se maduran esperanzas
y crece como la sombra
la cultura milenaria.

Somos arrieros de Antioquia
que ganamos la batalla
cuando fundamos un pueblo
para llamarlo Tebaida.

VII

“LA VIDA DE QUIENES MURIERON ESTÁ EN LA MEMORIA DE LOS QUE LOS AMARON”. *Anónimo.*

La época tranquila del Quindío, de la que disfrutaron mucho tiempo los Jaramillo-Guzmán y Mejía-Palacio, terminó cuando el liberalismo perdió el poder en 1946 y después, en 1948, fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán. Ese día hubo disturbios en casi todas las poblaciones del país, incluidas La Tebaida y Circasia, como consta en los registros históricos, donde los gaitanistas se rebotaron, culpando al presidente conservador, doctor Ospina Pérez (1946-1950), del asesinato del líder. Y en algunas partes el sectarismo, usual en la época, provocó que exaltados las emprendieran contra ciudadanos conservadores inocentes y hasta se tomaran instalaciones oficiales, como los cuarteles de la policía, se apoderaran de armas y uniformes y marcharan por las calles “*dando lora*”, hasta cuando llegó el ejército y los puso en su sitio.

Comenzó entonces la violencia política, que fue más aguda en las regiones de mayoría liberal, con la aparición de los “*pájaros*” y de la policía chulavita, que reemplazó a los policías municipales, porque la consigna era “*conservatizar*” las regiones del país reconocidas como de mayoría liberal. A pesar de la zozobra, de la inseguridad y del fantasma de la amenaza, las familias nuestras, los Jaramillo-Guzmán y Mejía-Palacio,

no sufrieron ninguna pérdida humana por la violencia, entre otras cosas porque ninguno de sus miembros fue activista político y sus relaciones con la comunidad eran amistosas, sin distinguir colores políticos. Sólo los acercaba el intercambio de servicios y la solidaridad social. Tenían, además, principios que les eran comunes a las familias paisas, como mantener llena la despensa, porque el mercado era lo primero; lo demás daba espera. “*Es mejor gastar plata en comida que en remedios*”, decían.

Alrededor de esa idea nacía el primer concepto de solidaridad entre las familias, que intercambiaban productos agrícolas y se los suministraban a los parientes pobres, primero, porque “*la caridad comienza por casa*”. Después, siempre había familias pobres reconocidas, a las que les llegaban de distintas fuentes huevos, leche, plátanos, yucas, arracachas, frutas y demás. En una época de la que fuimos testigos cuando éramos niños, con los excedentes alimenticios no hacían las familias pudientes negocio, sino que las regalaban. Organizaciones pías, como las Señoras de la Caridad, suministraban a los pobres remedios, ropa y comida; y los hacían llegar a las familias pobres vergonzantes, a las que les daba pena ir a pedir al dispensario. A sus hogares llegaban los donativos, evitando que se sintieran humilladas. Existía en los pueblos, anexa a la iglesia parroquial, La Casa del Pobre, donde las señoras arreglaban las ropas que la gente regalaba *para vestir al desnudo*, remendando y pegando botones; repartían mercados y conseguían drogas. La labor de esas buenas señoras llegaba hasta la obra de misericordia de “*enterrar a los muertos*”, aunque a veces las cosas no salieran muy bien. En Circasia se dio el caso de un in-

digente que murió y el dueño de la funeraria, a instancias de las Señoras de la Caridad, donó el ataúd, que seguramente llevaba mucho tiempo refundido y la humedad había hecho lo suyo con la madera, porque cuando el cortejo, después de salir de la iglesia (el cura tampoco cobró), cruzaba el parque rumbo al cementerio, la caja se desfondó y se vació el muerto.

En esa época difícil políticamente, que comenzó al final de la cuarta década del siglo XX, los alcaldes de los pueblos venían de la capital de departamento, Manizales, en este caso, sin conocer a nadie, pero con ínfulas de mandamases, con una policía sectaria que los respaldaba. Los Mejía-Palacio que eran comerciantes, tenían su mayor actividad en los mercados, es decir, sábados y domingos, cuando los campesinos salían al pueblo a misa, a vender sus productos y a comprar lo que necesitaban. Entre semana visitaban las fincas un día, iban a Armenia a comprar surtido o a hacer diligencias bancarias y el resto mataban el tiempo jugando cartas o billar con los amigos. El carácter independiente de estos hombres, por su espíritu liberal y porque jamás habían sido subalternos de nadie, no admitía imposiciones arbitrarias.

En La Tebaida, uno de esos alcaldes forasteros, recién llegado, había dictado un decreto contra la vagancia, penalizándola con multas y hasta con cárcel. Un día que hacía ronda por el pueblo se encontró a Arturo Mejía, cuyo temperamento era tranquilo, sin dejar de ser firme, jugando “*primera*” con Baudilio Botero.

—¿Usted qué hace?, le preguntó el burgomaestre.

—Nada; esperar a alguien con quién jugar, le contestó.

—Y, entonces, ¿de qué vive?

—Eso no le importa. Vaya vea a mi familia, que todos están gordos y colorados. Yo sabré de dónde saco para mantenerlos.

Ya se iba el alcalde a llevarse a Arturo Mejía detenido por vago, cuando uno de sus acompañantes le hizo caer en la cuenta de que ese era un ciudadano “*acomodado*”; y a regañadientes dejó las cosas así.

Cuando Ernesto Jaramillo Guzmán vivió con su familia un año en la finca que había comprado en Platanillal, para organizaría, sus dos hijos mayores, una niña y un niño, estaban muy pequeños, de cinco y dos años. Alguna vez se fue para La Tebaida a caballo, que era el único transporte posible para los caminos de la época, llevando a los dos niños. Era época de invierno y el camino estaba empantanado y las pendientes lisas. Cuando bajaba la bestia la falda frente a la casa de la finca de don Germán Urrea, se deslizó y se fue resbalada sin control. Ernesto botó los niños al camino y siguió en el caballo tratando de controlarlo, hasta que se volcó la bestia en una cuneta, quedando patas arriba sobre el jinete. Allí estuvo hasta que apareció un campesino, que la niña decía después que había sido el Ángel de la Guarda, y ayudó a la bestia a pararse, quitándosela de encima a Ernesto. Ese accidente, sin duda, fue la causa de la úlcera gástrica que éste padeció, que se volvió cancerosa y después de muchos sufrimientos le causó la muerte en 1953, cuando apenas tenía 54 años.

Ya eran tres los hijos del matrimonio Jaramillo-Mejía. Habían sido cinco, pero dos gemelos murieron de pocos días de nacidos. El menor tenía pocos meses cuando una epidemia de tosferina los afectó a todos. En La Tebaida no había médico y para cualquier necesidad de salud había que ir a Armenia. En este caso, el médico recomendó cambio de clima; es decir, tierra fría. Entonces Ernesto mandó a Elvira con los tres niños para Salento, donde residía Hortencita Naranjo, mientras pasaba el mercado y él iba a organizarlos, pidiéndole a Fortino, su cuñado, que los acompañara. Cuando el carro pasaba por Armenia, el niño de meses, ahogado por la tos, se puso morado. Entonces Elvira arrimó donde el médico y éste le dijo: *“El niño está muy mal, pero para donde van es el remedio. Sigán a ver si llega”*.

La otra cosa era que por lo mala la carretera, llena de curvas, Elvira y Fortino se marearon, por lo que se turnaban para cargar al niño mientras uno de los dos vomitaba. Era tan lastimoso el cuadro de los cinco, entre enfermos y mareados, que cuando llegaron a casa de Hortencita, ésta preguntó que cuál de todos era el enfermo, porque ella los veía a todos moribundos.

La estadía de la familia Jaramillo-Mejía en Salento duró un año, en el que Rubiela, que era la mayor de los hijos, estudió en la escuela pública. Después Ernesto y su esposa Elvira decidieron radicarse en Circasia, tal vez atraídos por el clima, más suave que el de La Tebaida, además de que tenía mejores condiciones de salubridad, como acueducto. Allí compraron una casa de dos plantas en el marco de la plaza principal, que tenía una de esas curiosas escaleras que se alzaban para dar acceso a la pesebrera, donde se ordeñaban vacas

todos los días para la leche de la familia; y el solar, en el que se cultivaban matas de flor y medicinales. En un local de la primera planta tenía la botica don Efraín Botero Londoño, quien vivía en una finca cercana al pueblo, donde fue brutalmente asesinado en aquella época de absurdo sectarismo político. Don Efraín hacía parte de una numerosa familia oriunda del oriente antioqueño (La Unión, La Ceja y Rionegro, Antioquia). Sus padres eran don Miguel Botero Bernal, de La Ceja del Tambo, y doña Amalia Londoño Londoño, de Rionegro, dueños de la hacienda *Versalles*, ubicada muy cerca de Circasia, que comienza en un cruce de caminos. El de la derecha va hacia la vereda *Barcelona Alta* y el camino de la izquierda conduce a *Hojas Anchas* y de ahí a *Naranjal* y Montenegro. En ese sitio donó don Miguel el lote para que se construyera el Cementerio Libre, del que nos ocuparemos más adelante en extenso, porque representa la más pura esencia de las ideas liberales, librepensadoras y humanitarias.

En un entresuelo de la casa de los Jaramillo-Mejía había un pequeño apartamento que ocupaba una pareja sin hijos, don Pacho Luis Arango y doña Alicia Montoya, dueños de un almacén de telas y ropa, donde hacían tertulia los liberales radicales, para comentar los hechos políticos y *rajar* de los curas. Y la planta superior era la residencia de la familia.

En el balcón de esa casa sucedió algo que al autor de estas memorias se le grabó, a pesar de que para la época de los hechos tenía escasos siete años. La última visita del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán a Circasia, cuando adelantaba la campaña para el Congreso Nacional y era presidente de la Dirección Nacional Liberal, fue en 1947. Los organizadores del certamen

buscaban que alguno de los propietarios de las casas ubicadas en el marco de la plaza prestara un balcón, para que desde allí el doctor Gaitán se dirigiera a sus seguidores, pero unos eran conservadores y otros afectos al doctor Gabriel Turbay y contrarios a Gaitán. Con Turbay había disputado Gaitán la candidatura liberal en las elecciones de 1946 y por esa división se le abrieron las puertas del poder al conservatismo, con Mariano Ospina Pérez (1946-1950). Así las cosas, el único que accedió a facilitar su casa, a pesar de que no le gustaba *“ese negro, por revoltoso”*, fue Ernesto Jaramillo, por considerar que *“cómo era que un personaje de esos visitaba el pueblo y no había quien le prestara un balcón”*. Mientras hablaban los oradores de la comitiva del caudillo, otros del pueblo (tal vez Faustino Quintero y Florentino López), y el doctor Gaitán, la familia del anfitrión se recogió en las habitaciones interiores de la casa, don Ernesto hacía malacara en una de ellas y su hijo menor (quien esto escribe) no se despegaba del fogoso orador; y después lo acompañó hasta el Cementerio Libre, que era destino obligado de todos los políticos liberales que visitaban a Circasia.

Muy cerca del pueblo, en el sitio llamado Rincón Santo, tenía Ernesto Jaramillo una manga para las vacas de ordeño y las bestias en las que iba a visitar las fincas. Allí teníamos los hijos hombres que ir a traer las vacas por la mañana para ordeñarlas, antes de irnos para la escuela; y después, por la tarde, a encerrar los terneros, hasta cuando se contrató un encerrador.

En la finca Altomira, de la vereda Platanillal, municipio de Montenegro, cerca de donde queda hoy el Parque Nacional del Café, había vivido la familia Jaramillo-Mejía un año, mientras don Ernesto la *“organiza-*

ba". Después la administró don Francisco Toro hasta su muerte y siguió su hijo Francisco, *Quico*, hasta cuando una incursión brutal de bandoleros masacró a cuatro trabajadores y *Quico* salió despavorido. La finca la había heredado doña Elvira después de muerto don Ernesto y más tarde, incapaz de administrarla y asustada con la violencia, la vendió.

Recién llegado a Circasia, en la vereda *Barcelona Alta*, don Ernesto compró otra finca, Pavía, siguiendo la idea que tenía de que las tierras deben adquirirse donde los vecinos no solamente sean buenas personas sino ricos, porque las valorizan y, además, si algún día necesita vender tiene el cliente a la mano. Los vecinos de Pavía eran don Braulio Botero y don Miguel Londoño, que llenaban ampliamente esas condiciones. Pavía fue escenario de gratos momentos de la familia Jaramillo-Mejía, en vacaciones y en las nochebuenas. Ala casa de la finca se llegaba por el camino principal de *Barcelona Alta*. Antes de la escuela de la vereda se entraba cruzando un potrero de don Miguel Londoño y pasando por el lado de un inmenso gradual, hasta llegar a la puerta de la manga de las vacas de ordeño y las bestias de trabajo, para subir por una suave cuesta hasta la casa que dominaba el entorno. En Pavía, cuando pasaba la familia Jaramillo-Mejía las navidades de 1945, le sobrevino a Ernesto el primer vómito de sangre, y así se manifestó lo que sería el largo proceso de su enfermedad. Al hombro, entre trabajadores y familiares, turnándose, lo sacaron al pueblo en una camilla de secar café, para la casa de Libardo Mejía Palacio, su cuñado, quien había emigrado de La Tebaida, donde habían nacido sus primeros cuatro hijos, y ejercía funciones de carnicero y negociante de ganado. Después

de él lo hizo Enrique, su hermano, quien se casó en Circasia, donde nacieron sus tres primeros hijos, y era también carnicero y ganadero. Ambos, más tarde, se radicaron definitivamente en Armenia. La casa de Libardo, donde llegaron con Ernesto, quedaba en la Calle Real, encima de la tienda de don José María “*Chepito*” Duque, porque Ernesto con su familia desde hacía un año residía en Calarcá, por una temporada en la que cambió casa con una familia de esa localidad. De don *Chepito* tendremos que ocuparnos más adelante.

Lo que siguió, para don Ernesto Jaramillo, fue el declinar de un hombre que, además de buen trabajador, comerciante, criador de bestias y hábil negociante de ganado, tuvo que asumir responsabilidades familiares casi desde niño, cuando a los 13 años se hizo cargo de la obligación de su madre y sus hermanos, a la muerte de su padre. Las hemorragias gástricas se volvieron recurrentes y, de sobremesa, en una ida a Armenia para asistir a la feria ganadera, cuando cruzaba la carrera 18 lo atropelló un camión y le fracturó una pierna. En esa época no existían los ortopedistas y atendían los traumas óseos los sobanderos. Tampoco se había inventado el yeso y entonces las extremidades rotas las entablillaban, poniendo tiras de madera sujetadas con esparadrapos, para inmovilizarla pierna o el brazo, según el caso.

En Armenia cumplía esas funciones con mucho reconocimiento don Miguel Jaramillo, quien tenía una compra de café en la carrera 18 con calle 50. A los pacientes los atendía acostándolos en la pila de café y a falta de anestesia les hacía tomar un trago grande

de aguardiente, mientras que un hijo suyo, de notable corpulencia, los inmovilizaba con sus poderosos brazos. Don Miguel atendió el caso de don Ernesto, para lo cual fue llevado hasta Circasia. Le estiró la pierna para que el hueso roto casara, la entablilló y le amarró del pie un bulto de arena colgado del testero de la cama, para mantener el hueso estirado. Éste finalmente soldó remontado, quedando la pierna más cortica que la otra, por lo que don Miguel “*diagnosticó*” que había que volverlo a quebrar para estirarlo nuevamente. El grito no se hizo esperar: ¡Deje eso así! Hay que agregar que todo lo anterior se hacía a sangre fría, sin anestesia, y Ernesto Jaramillo no tomaba aguardiente. Finalmente quedó cojo de por vida, apoyándose en un bastón.

Ernesto Jaramillo Guzmán era sólido en sus principios y de un carácter que no le hacía concesiones a la ordinariez, a la vulgaridad, a la mentira, a los vicios y a las bajezas. De pocas palabras, sus familiares, relacionados y amigos se acostumbraron a que un simple ademán suyo o una mirada decían más que cualquier discurso, y eran acatados con respeto y confianza.

VIII

“(...) LE GUSTABA NARRAR, CON LAS MISMAS PALABRAS PULIDAS POR EL TIEMPO.”

Salman Rushdie.

El municipio de Circasia está ubicado en el centro del departamento del Quindío, a escasos 30 minutos de Pereira, a un lado de la carretera que conduce a Armenia, de la que dista unos pocos kilómetros. De clima medio y topografía de suaves ondulaciones, tiene en las partes altas fincas ganaderas, especialmente lecheras, y las bajas son de vocación cafetera, aunque una nueva tendencia, inspirada en el desarrollo turístico que se ha puesto en boga en el Quindío, en unas y otras tierras proliferan los conjuntos residenciales campesinos. Y muchas de las antiguas casas de las fincas se han convertido en hoteles, para impulsar el turismo, una idea que ha calado, para sobreponerse a las crisis cafeteras, hasta el punto de considerarse actualmente el Quindío segundo destino turístico del país, después de Cartagena. Ese proceso les dio un valor agregado a las fincas, cuya productividad es relativa, según las variables del mercado agropecuario. Ese agroturismo se facilitó, entre otras cosas, porque las casas de las fincas, donde solían pasar las familias los fines de semana y las vacaciones, han sido amplias, cómodas y arquitectónicamente muy atractivas, por lo que unas pocas adaptaciones y la implementación de servicios propiamente hoteleros bastaron para adecuarlas.

Complementaron el desarrollo de la industria turística en el Quindío los parques temáticos, el más relevante el Parque Nacional del Café, una idea del ingeniero agrónomo Diego Arango Mora, que contó con el apoyo de la Federación Nacional de Cafeteros que presidía el doctor Jorge Cárdenas Gutiérrez. Ubicado en un sitio paradisíaco al occidente de Armenia, en el municipio de Montenegro, se convirtió en un destino encantador para visitantes nacionales y extranjeros, cuya oferta de atracciones incluye la pedagogía de la cultura cafetera y elementos de diversión para todas las edades, además de la gastronomía típica colombiana. Otros parques temáticos, como el Parque Nacional de la Cultura Agropecuaria, PANACA, y el de la arriería, complementan las ofertas del Quindío como destino turístico, que le han dado dinamismo a su economía.

Circasia, cuyo nombre se remonta a Rusia, quiere decir “*casi al sur*”; y otra población del Viejo Caldas, Norcasia, “*casi al norte*”, y así se ubican las dos en el mapa de la “*mariposa verde*” que cantó el poeta. Este detalle dice mucho de la cultura literaria de los líderes sociales de entonces, que sacaban nombres de las novelas y otros textos que leían, para bautizar lugares y personas, según las tendencias filosóficas y literarias de cada quien.

Miguel Ángel Rojas Arias, en un ensayo sobre los nombres de los pueblos del Quindío, afirma:

“(...) don José María Arias Carvajal, uno de los fundadores, propuso el nombre de Circasia, argumentando que era una población europea donde había mujeres muy lindas. Otro de los miembros de la junta pobladora, Pablo Emilio Mora Estrada, médico homeópata, hombre ilustrado, aceptó la propuesta y así se denominó el caserío”.

Como es común a la génesis de los pueblos de la colonización antioqueña, Circasia surgió en 1884 cuando unos terratenientes, Isidoro Henao y Rafael Marín, de Salento, ofrecieron lotes en un terreno de su propiedad, denominado La Plancha, para quienes quisieran fundar un pueblo y establecerse con sus familias. Esos empresarios buscaban con eso valorizar sus tierras y darles estabilidad a aparceros, agregados y trabajadores suyos, para “*amarrarlos*”. Posteriores migraciones antioqueñas trajeron a Circasia familias oriundas del suroriente de ese departamento, que, cansadas de las guerras civiles, con sus inmensos costos en vidas y bienes, o empobrecidas y sin futuro promisorio a la vista, y atraídas por las noticias que hablaban de oro en abundancia y de tierras en las que “*si se tiraban piedras nacían piedras*”.

Esas gentes, de Rionegro, La Unión, La Ceja del Tambo y Abejorral, principalmente, eran de ideas liberales y coincidieron en Circasia, para continuar allí una lucha, esta vez desarmada y sin ejércitos organizados, contra el fanatismo clerical, amangualado con el conservatismo político, que querían imponer una cultura social y educativa inspirada en el dogmatismo y en la sumisión de las clases populares a terratenientes dominantes, dueños, además, del gobierno, la justicia y el legislativo. Poco a poco se fue gestando un ambiente hostil entre el clero y los librepensadores, estos últimos de profundas convicciones y un talento para el liderazgo inspirado en los principios de la ilustración francesa, con vocación solidaria y humanística, que finalmente le dieron a Circasia una identidad de “*pueblo libre*”, que las nuevas generaciones conservan, inspiradas en la historia escrita y en la tradición oral, aunque

la ideología liberal la hayan desteñado el clientelismo y la mediocridad.

Las pugnas políticas del siglo XIX se disfrazaban de federalismo y centralismo, pero detrás de eso había una confusión de ideas desde la independencia de España, porque sus gestores no sabían qué hacer con ella. Muy pocos patriotas tenían una idea clara de Estado; había muchos intereses económicos de criollos que querían quedarse con los bienes de los españoles; la clerecía católica tenía demasiada injerencia política; el espíritu guerrero persistía entre regiones de la misma patria; los escasos recursos económicos del país se dilapidaban en absurdas guerras fratricidas; el temperamento grecolatino producía más abogados, poetas y curas que ingenieros y científicos; la agricultura de minifundios apenas alimentaba precariamente a las familias; los recursos minerales estaban empeñados a prestamistas europeos; los gobernantes no sabían qué hacer con la abundancia de la naturaleza; y no había investigación para el desarrollo, porque primaba el discurso insustancial sobre el análisis práctico.

Ante la falta de una orientación clara desde el alto gobierno, que, además, cambiaba de rumbo cada vez que cambiaba de presidente y de parlamentarios, cuyas ideas eran desechar o desbaratar la gestión de los antecesores; y gracias a la insularidad de las regiones por variadas razones, especialmente geográficas y de temperamento y costumbres, algunas comunidades, lideradas por personas pensantes, progresaron con esfuerzo e ideas propios. De ese talante surgieron departamentos y poblaciones que, con iguales o hasta menores recursos naturales que otras, se destacaron y adquirieron notoriedad e influencia nacionales. Un

caso fue el Viejo Caldas, que alcanzó el título de *departamento modelo de Colombia*, hasta que llegó el tsunami arrasador de la politiquería que se impuso sobre el emprendimiento.

En Circasia, un pequeño municipio que tuvo notoriedad porque allí se agitaron ideas de gran contenido humanitario y social, sus ciudadanos resolvían las diferencias políticas en las urnas, mientras vivían en armonía, con respeto y solidaridad. Al menos eso fue lo que vimos de niños y adolescentes, y recordamos con nostalgia.



Trío de las hermanas Mejía Palacio: Otilia, Roselia y Dora.

IX

“EL RECUERDO ES EL ÚNICO PARAÍSO DEL CUAL NO PODEMOS SER EXPULSADOS”.

Johan Paul Richter.

“*Por los hechos los conoceréis*”, dice la sentencia bíblica. Los hechos pueden ser buenos o malos; según el color del cristal con que se miren, como dijo el clásico español, cuando aseguró que “*nada es verdad o mentira*”. Esa es una forma de relativismo aplicable a todos los hechos y pensamientos de los hombres, en los que jamás ha habido consenso, cuando se trata de ideas religiosas o políticas. Pero hay facetas de los hombres que sobresalen por encima de controversias, cuando están inspiradas en el carácter, la voluntad y los principios sólidos, indeclinables; y ese carácter, esa voluntad y esos principios se traducen en hechos, que son los que registran los testimonios históricos e inmortalizan a sus protagonistas.

La anterior afirmación es pertinente cuando se analizan las chifladuras de quienes reclaman títulos nobiliarios y escarban en genealogías la posibilidad de encontrar entre sus ancestros condes, marqueses, barones y príncipes; escudos de armas y cargos de privilegio, especialmente militares y canónigos, que son los más relucientes, para presumir con ellos, sin detenerse a calificar el verdadero valor de los hallazgos. Para comenzar, después de leer obras de historiadores y cronistas especializados en la Edad Media y el Re-

nacimiento, escenarios de monarquías, principados y feudalismos, se concluye que los tales nobles, en su mayoría, fueron unos figurines herederos de títulos, riquezas y privilegios, para quienes el trabajo material correspondía a las clases socialmente inferiores. Lo suyo, lo de los “nobles”, eran la cacería, la milicia y la seducción de niñas humildes, para regar los campos de bastardos, que hacían parte de sus trofeos de hazañas, junto con las cabezas de animales cazados y las armas quitadas a enemigos abatidos. Los verdaderos constructores del desarrollo de la humanidad fueron pintores, poetas, historiadores, filósofos, escultores, arquitectos, constructores, navegantes, científicos, artesanos, matemáticos y astrólogos, que, bajo la tutela de mecenas y gobernantes visionarios, crearon los elementos que secuencialmente se han constituido en el patrimonio moral, intelectual y material de la humanidad.

De modo que los embelecos nobiliarios de criollos con delirios de “*pura sangre*”, algunos con recursos suficientes para irse a Europa a buscar escudos de armas y a legalizar títulos, resultan graciosos; y la sociedad de clase media y democrática se burla de ellos. En Bogotá hubo un personaje típico, el conde de Cuchicute, que deambulaba por los alrededores de universidades, centros culturales y escenarios de la alta política, a quien le regalaban los cachacos de postín sacolevas, chinelas y cuellos de pajarita, pasados de moda, para que se disfrazara de *noble*. Y en Circasia, un simpático personaje y gran señor, don Mariano Salazar, muy bien plantado, decía que él era el conde de *La Concha y Membrillal* (veredas de donde era oriundo, entre Circasia y Filandia). Don Mariano era el administrador

del estanco, donde se vendían licores oficiales, alcohol y lociones medicinales y se recaudaban los recursos para pagarles a los maestros. De potente voz, cuando se celebraban las Semanas Santas en vivo solía don Mariano officiar de Pilatos. En una de esas, cuando profirió la sentencia condenatoria contra el Señor, recogió una vieja una piedra del suelo y se la puso en la cabeza. Los graciosos celebraban el hecho diciendo que a don Mariano le habían “*puesto la primera piedra*”.

En Europa, donde negocian con todo y tienen especial habilidad para sacarles la plata a los turistas, en las cancillerías hay unas dependencias donde venden títulos nobiliarios. Los tienen colgados en un salón especial, como cuelgan la mercancía barata en los almacenes populares. La persona escoge qué le gustaría ser: conde, marqués, barón... Le preguntan el apellido y buscan en las genealogías la parentela, para armarle el árbol genealógico; y le imprimen el escudo de armas con todos los datos de su heráldica. Así consiguió ser conde un muchacho de Armenia, cuyo papá había amasado una apreciable fortuna con almacenes de ferretería y fábricas de jabones de baño y anticarpa, cremas de afeitar y despulpadoras de café, entre otros negocios. El tipo acabó con la plata heredada, pero había que verle el pinche, cuando de vez en cuando abandonaba los salones del “*jet-set*” europeo y se asomaba por su tierra.

Decía don Quijote: “*Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro*”, que puede aplicarse al caso de quienes presumen “*nobleza*”.

La familia de Braulio Botero Londoño emigró del oriente antioqueño después de la Guerra de los Mil Días, cansada de las luchas estériles del siglo XIX, en las que sus ancestros habían literalmente quemado una fortuna, heredada de ricos antepasados; y perdido vidas jóvenes, además de sembrar en sus espíritus odios ideológicos que tardarían muchos años en disiparse. Radicados en Circasia, donde don Miguel Botero Bernal compró una finca muy cerca del pueblo, su numerosa prole fue buscando los caminos de su propia organización familiar y laboral. Braulio era entonces un niño, que muy temprano, cuando apenas tenía unos años de estudios primarios, se interesó por los negocios, comenzando con pequeñas actividades de comercio; y poco a poco, con laboriosidad, buen juicio y visión de negocios, consolidó finalmente un patrimonio considerable. Simultáneamente cultivaba su espíritu con lecturas intensas y diversas, en español y después también en francés, y participaba en actividades políticas bajo las banderas del radicalismo liberal, cuando aún estaba vigente la hegemonía conservadora, inspirada en el autoritarismo y la orientación clerical, esta última con igual o más poder que el gobierno mismo. En esas condiciones, la actividad política era poco menos que azarosa y quienes oficiaban de jefes eran, literalmente, *hombres de armas tomar*, lo que provocó muertes violentas absurdas y una acumulación hereditaria de odios, que jamás podrá entenderse.

Atractiva fue para los espíritus liberales de honda sensibilidad social la insipiente revolución bolchevique, en 1917, que proclamaba la igualdad de derechos para todos los hombres; lo que, agregado a la admiración de Braulio, casi desde niño, por la filosofía del

iluminismo francés y la masonería y su escepticismo religioso, constituirían el ideario político y social por el que lucharía, hasta cuando los hechos de la violencia política desatada por la dictadura conservadora iniciada en 1946 le hicieron entender que contra la fuerza no hay razón. Entonces dejó en manos de personas de confianza sus negocios y con su recién desposada compañera, una hermosa dama manizaleña, doña Luisa Jaramillo Restrepo, mucho más joven que él, se marchó a Europa, para iniciar desde Lausana, Suiza, un periplo por el mundo que duró varios años, durante los cuales no hubo rincón de la tierra que escapara a sus inquietudes por la historia, el arte, la literatura, la política, la economía..., para enriquecer su talento y su cultura humanística. Simultáneamente, aprendía modernos sistemas de administración pecuaria, que era su mayor inclinación empresarial, y se los transmitía a sus administradores por cartas enviadas desde distintos lugares del mundo.

Braulio Botero Lodoño, activista político y de causas sociales desde cuando era poco más que un adolescente, lideraba desde Circasia, con proyección al Quindío y al departamento de Caldas, una línea liberal radical, que rechazaba la injerencia de las jerarquías católicas en los asuntos del Estado; mientras que partidarios suyos, católicos confesos, eran más complacientes con la influencia de los curas párrocos en todos los espacios de la sociedad. Concejal de Circasia, diputado a la Asamblea de Caldas, representante a la Cámara, secretario de Gobierno y de Hacienda de Caldas y gobernador encargado, en todas esas actividades dejó la impronta de su eficiencia como dirigente y como ejecutivo, sin sectarismo político, que era una

característica de la administración pública, en épocas de la confrontación liberal-conservadora. Para Braulio lo importante era que el funcionario fuera eficiente, honrado e idóneo.

La obra que perpetuó su nombre fue el Cementerio Libre de Circasia, un *“monumento a la libertad, la tolerancia y el amor”*, que tuvo su origen en el rechazo a la odiosa discriminación de los curas párrocos, administradores de los cementerios, que les negaban una sepultura digna a las personas por razones arbitrarias, como la condición política o religiosa del difunto; las circunstancias de su vida, si era casado o vivía en unión libre; y de su muerte, si era suicida o había perecido trágicamente en un *“lugar de pecado”*... Braulio Botero y sus amigos reclamaban un lugar en el que pudieran sepultarse dignamente las personas, sin importar sus condiciones políticas, religiosas, económicas o sociales; o las circunstancias de su muerte, para que *“todos fueran iguales, siquiera ante la igualdad de la muerte”*. La lucha fue tenaz, hasta que se logró legalizar la existencia de cementerios laicos. Y las motivaciones iban más allá de una confrontación político-religiosa, tanto que en el desarrollo y consolidación de la obra del Cementerio Libre de Circasia participó toda la sociedad. Y a los trabajos de adecuación del lote y construcción de la obra acudieron los circasianos y personas de municipios vecinos; los recursos económicos se generaron con rifas, reinados galantes, ventas de comestibles y donaciones; la inauguración fue una fiesta; y finalmente se logró un monumento magnífico, de hermosa arquitectura y lleno de simbolismos.

Altibajos generados por la situación política de Colombia a mediados del siglo XX y por la ausencia del

país de Braulio Botero Londoño, motivaron el abandono del Cementerio Libre, que sin embargo se mantuvo enhiesto, testigo mudo de las circunstancias, hasta cuando su cofundador y principal gestor regresó a sus lares, acometió la restauración física del monumento, organizó los procedimientos de su utilización y le dio vida jurídica y económica al crear una fundación con bienes y rentas propios que garantizaran su permanencia en el tiempo.

Actualmente, el Cementerio Libre de Circasia es un referente que identifica a esa población como “*un pueblo libre*”; su mantenimiento físico es impecable; al frente del monumento hay una casa-museo y residencia del administrador, donde se exhiben documentos y testimonios gráficos históricos; y las ceremonias fúnebres sólo están condicionadas a que no se celebren ritos religiosos, para que no se pierda su condición laica, que proclama la igualdad de los hombres, “*siquiera ante la igualdad de la muerte*”.

Por el Quindío pasó un hombre proveniente de La Unión, Antioquia, cuya familia había sido cercana a los Mejía-Palacio, mis perientes: don Foción Londoño Botero, padre de dos magistrados de las altas cortes, Crótatas y Euclides Londoño Cardona, el primero muerto muy joven cuando era magistrado de la Corte Suprema de Justicia, de la que había sido presidente; y el segundo consejero de Estado. A Euclides le tocó la toma del Palacio de Justicia. Años después, ya pensionado, en su residencia de Bogotá, concedió una entrevista a quien esto escribe y recordó ese momento nefasto. Mientras discurría la toma del palacio, llegó a la puerta

principal, miró hacia la Plaza de Bolívar, ocupada por el Ejército, sintió que zumbaban balas por todas partes y detrás de él solo había humo, llamas, disparos y un caos total. Entonces tomó la decisión de correr hacia la Casa del Florero, en medio de la balacera, y logró llegar ileso. Euclides fue uno de los pocos sobrevivientes del holocausto que cobró la vida de magistrados, jueces y funcionarios, en un hecho de violencia de los más absurdos y dolorosos que registre la historia colombiana.

Foción Londoño Botero emigró de La Unión, después que su madre murió en circunstancias que cambiaron radicalmente su itinerario espiritual. La anciana, cuando se sintió muy mal, le pidió al hijo que fuera al pueblo por el cura para confesarse, porque creía que ya iba a morir. El muchacho emprendió camino desde la finca familiar para La Unión, en busca del cura. Llegó donde éste y le pidió que fuera a confesar y a darle la comunión a su madre, que estaba moribunda y lo mandaba a llamar. El clérigo preguntó cuál era la bestia en la que lo iba a llevar y al señalar el muchacho el caballito lo rechazó diciendo que él en ese teque no iba. Impotente ante las circunstancias regresó el atribulado hijo donde su madre y le contó el episodio. La anciana lo tranquilizó diciendo: “*No se preocupe, hijo, que yo me confieso con Dios*”. Y a los pocos minutos murió. Aquel hecho marcó un anticlericalismo tenaz en el muchacho, que lo acompañó siempre y transmitió a su prole. Después de enterrar a la viejita, cogió camino, primero rumbo a Samaná, Caldas, donde estuvo un tiempo y allí se casó con Efigenia Cardona Hoyos, y luego hacia el Quindío. Se estableció en Córdoba, corregimiento entonces de Calarcá y con los pesos que traía compró una finca que

se dedicó a montar con cultivos, especialmente café.

Los hijos empezaron a llegar y “*La Miranda*”, como se llamaba la finca, a convertirse en una hermosa y productiva sementera. Los ahorros progresaban y se consideraba uno de los ricos del pueblo, pues ya se había radicado en Córdoba para procurar la educación de los hijos. Algún mal extraño, en una época de tan pocos recursos médicos, aquejaba a Foción y ante la inutilidad de los tratamientos, un buen día recibió la razón de que su mal era la finca cafetera, pues éstas tierras eran malsanas, que debía buscar la tierra fría. Entonces cambió “*La Miranda*” por una finca ganadera en Pijao, que resultó una estafa, pues estaba infectada de carbón y el ganado moría al poco tiempo de llevarlo. Cuando consumió el último centavo, la vendió por cualquier cosa, negándose a demandar el engaño, pues estaba de por medio su palabra.

Con lo poco que le quedó compró una parcela nuevamente en Córdoba, donde fue nombrado inspector de policía. Llevó a Baudilio Montoya, que aún usaba pantalón corto, pero había demostrado su talento, como maestro de la escuela rural número siete y allí matriculó a sus hijos, los que además le ayudaban en las faenas de la finca. Eran tres hombres y dos niñas. El fundo era apenas un ranchito, con manga para el caballo, indispensable entonces para ir a Calarcá y Armenia, y una vaca para la leche de la familia; y un corte de pasto india. Cuando terminó el mayor de los hijos, Crótatas, el tercero elemental, último curso de la escuela, se dedicó en las vacaciones a ayudar en los oficios de la finca, pero le molestaba terriblemente la pelusa del pasto y las hojas le cortaban los brazos y le rajaban las manos. Un día llamó al padre bajo un alero,

haciendo un alto en la labor, y casi llorando le mostró las cortaduras de las hojas de india. *“Te he puesto a propósito, hijo, a hacer este trabajo, para que decidas si te dedicas al trabajo intelectual, para el que tienes tan buena disposición o eliges el trabajo material”*, le dijo. Como el muchacho manifestó que quería estudiar, la familia se trasladó a Circasia, donde el Colegio Libre tenía hasta tercero de bachillerato y, además, era un colegio de librepensadores, como lo requería el viejo radical, que desde su declaratoria anticlerical se había dedicado a la lectura de los autores franceses de la revolución, a donde lo habían llevado los intelectuales rebeldes de la época.

En Circasia, don Foción estableció dos tiendas de abarrotes, una de las cuales atendía su mujer. El muchacho mayor comenzaba a destacarse en el colegio por su talento. Siempre era el mejor estudiante. Y en las efemérides patrias era el orador, no obstante ser aún un niño.

Las tiendas fracasaron y nuestro hombre tuvo que volver los ojos de nuevo a la administración oficial y fue nombrado para un puesto oficial en La Tebaida. Para que el muchacho no interrumpiera sus estudios lo dejaron en una pensión a cuya dueña le anticiparon seis meses de pieza y comida y el estudiante atendía él mismo el arreglo de la ropa. La pensión cerró al poco tiempo, dejándolo en la calle. No avisó a la familia, porque pensaba que lo hacían ir para la casa y se interrumpían sus estudios. Unos parientes de su padre le dieron posada y cuando salía de la escuela hacía mandados y con los centavos que ganaba se tomaba un sirope con pandequeso en la tienda de don Chepito Duque, hasta cuanto éste, viendo la pobre vestimenta

del muchacho, en contraste con su figura arrogante, lo indagó y al conocer la situación lo llevó a su casa para que durmiera y comiera allí y sus hijas le arreglaran la ropa. Muchos años después, cuando Crótatas era una personalidad en la Rama Judicial, se llevó para Bogotá a don Chepito y a su esposa, Isabelita, y los organizó para que vivieran una vejez tranquila, sin afugias económicas.

Al terminar el tercer año en Circasia era preciso pensar en Manizales para terminar el bachillerato. Pero la única manera era conseguir una beca. Anduvo el muchacho buscando padrinos con los papeles que lo acreditaban como el mejor estudiante del Colegio Libre y su primera gran frustración fue cuando, de la beca que le habían ofrecido, sorprendentemente resultó beneficiario el pariente de algún político. Fue su maestro, don Gonzalo Álvarez Isaza, quien volvió a mover palancas y por fin la beca se consiguió. Llegado a Manizales, el primer mes durmió en un zaguán y su alimentación era apenas un pintado a veces solo, en un cafetín del parque Fundadores, hasta el punto de comenzar a sentir jaquecas por el hambre. Pero como buen samaritano apareció don Josué Romero, quien se lo llevó para su casa. No conozco cuál fue su vinculación con este señor y más bien creo que fue casi providencial. Hecha efectiva la beca, se radicó en el Instituto Universitario, interno. Mientras tanto, sus padres apenas alcanzaban a defenderse de la pobreza; y sus hermanos, que uno vendía revistas y periódicos y el otro era aprendiz de sastre, de vez en cuando echaban cinco pesos en un sobre y se los mandaban a Manizales, sin ninguna regularidad. Siempre fue Crótatas el mejor estudiante. Sus notas eran las más altas y su conducta intachable.

No obstante, era rebelde y su temperamento no se doblegaba ante nada que no estuviera asistido de la razón. Por eso, cuando su querido maestro, don Gonzalo Álvarez Isaza, a quien Crótatas profesó siempre especial devoción, llegó a enseñar al Instituto Universitario y quiso imponer el sistema del Colegio de Circasia de “*la letra con sangre entra*”, nuestro hombre criticó el hecho y antes de declararle una oposición abierta se lo hizo saber. El profesor, tozudo y tradicionalista, se empecinó en la idea de castigar físicamente a los alumnos y entonces Crótatas fundó un periódico desde el cual combatió acerbamente el sistema. La respuesta fue un uno en conducta y perdió la beca. Contra viento y marea, trabajando como maestro en una escuela nocturna, terminó el bachillerato en 1941. Proclamado el mejor estudiante, ganó la medalla de Honor al Mérito. En el discurso de clausura, que pronunció por delegación de sus compañeros, hizo el relato de las circunstancias de su vida de estudiante y cuando terminó, levantando la medalla, expresó: “*Así me vengo yo de quienes han querido interrumpir mi carrera*”.

El otro premio del Instituto Universitario fue una beca para estudiar en Bogotá. Eligió la carrera de derecho y buscó el Externado de Colombia para beber sus enseñanzas en esa fuente intelectual del liberalismo. Así comenzó una carrera de triunfos. Fue compañero del maestro Darío Echandía en campañas políticas, desde cuando estaba en segundo de carrera; cofundador de los Seguros Sociales, de los que fue secretario general; creador de la asociación de municipalidades; concejal de Bogotá; presidente del directorio liberal de la capital de la República; profesor de derecho laboral; magistrado de la sala laboral de la Corte Suprema y

presidente de la misma; y, finalmente, presidente de la Corte Suprema de Justicia.

El nombre de *Crótatas* ha sido objeto de curiosidad, aunque es sabido que en el Quindío los nombres raros fueron frecuentes, sacados de la historia, la literatura y la Biblia. Pero el de este personaje no aparece por ninguna parte. Después de buscar por diferentes medios y de acudir a personas de amplia cultura, quedó apenas el recurso, a través de un filólogo amigo, de buscar la etimología de la palabra, quien dictaminó: *“Este señor, creo, es el único sobre la faz de la tierra con ese nombre, que, posiblemente, viene del griego ‘crotos’ (ruido), de donde proceden ‘crotalon’ (crótalo, castañuela). El verbo es ‘crotalizo’, hacer sonar, tocar las castañuelas. Crótalo, agregamos, es el nombre de una serpiente reconocida como “cascabel”, porque tiene en la cola un aditivo que hace sonar. A esta se le abona el detalle de que avisa donde está.*

La muerte de Crótatas Londoño Cardona, cuando apenas contaba con 50 años y era Magistrado de la Sala Laboral de la Corte Suprema de Justicia, tuvo que ver con su excesivo celo por el trabajo que desempeñaba. Hospitalizado a causa de una dolencia cardíaca, hizo llevar a la pieza un escritorio y una secretaria con los expedientes de los procesos encomendados a su estudio y siguió trabajando. Un infarto fulminante acabó con su vida.

Braulio Botero Londoño y Crótatas Londoño Cardona alcanzaron las más altas posiciones en la selecta jerarquía masónica, cuyos exigentes postulados filosóficos y filantrópicos solo pueden cumplir personas de refinadas condiciones éticas e intelectuales.

Un personaje que apenas vino a conocerse en el Quindío al final de sus años fue el pintor y muralista Antonio Valencia Mejía, nacido en Circasia en 1923, hijo de don Alejandro “*Tocayo*” Valencia y doña Jesusita Mejía. Su niñez se caracterizó por el temperamento inquieto y altivo. Desde muy temprano demostró sus habilidades artísticas, por lo que era necesario buscar espacios más adecuados para desarrollar su talento y entonces se fue para la Escuela de Bellas Artes de Bogotá. Allí conoció al maestro Fernando Botero, con quien mantuvo una relación fluida, al menos mientras coincidieron en Europa; y a la pintora Lucy Tejada, con quien estuvo casado y tuvieron dos hijos, uno de ellos, Alejandro, también pintor y muralista.

Para Antonio no había ancla que lo retuviera y una nueva beca, ganada con méritos artísticos, lo llevó a España, a donde llegó en 1952, cuando todavía se sentían los efectos económicos devastadores de la Guerra Civil. Cuando la beca se terminó, él ya había decidido quedarse y entonces pintaba y trataba de vender sus trabajos, especialmente retratos, para subsistir, mientras enriquecía sus conocimientos y acumulaba cultura. Unos amigos alemanes que conoció en España lo empujaron para ese país, donde “*no pegó*”, porque, según Antonio, allá puede ser uno santo o demonio para las mismas personas, de un día para otro. Lo que aquí llamamos ser “*revesero*”, así calificaba Antonio a los alemanes. Entonces se marchó a Italia, donde encontró todo lo que buscaba: arte por todas partes, cultura renacentista, mujeres plenas para su varonil naturaleza, exquisita culinaria, un idioma melodioso... Y allí ancló, en Brescia, una pequeña ciudad en la región de

Lombardía, con esa encantadora dualidad de muchos lugares en Europa, donde confluyen sectores antiguos, de arquitectura tradicional, cargados de historia, por donde deambula la curiosidad de intelectuales y turistas, en contraste con lugares modernos, comerciales e industriales.

Pasaron muchos años. El muchacho inquieto que salió de Circasia en busca de espacios para sus inquietudes artísticas había asimilado las costumbres europeas y hablaba correctamente, además de su nativo español, alemán e italiano, hasta cuando recibió la llamada de un familiar, desde Bogotá, Colombia, quien le dijo que doña Jesusita estaba muy mal y solo reclamaba antes de morir se volver a ver a Antonio. Entonces emprendió de inmediato el regreso. Cuando llegó al aeropuerto de Techo, la persona que fue a encontrarlo le informó que su mamá había muerto hacía unas pocas horas. Jamás regresó al viejo mundo. Allí se quedó la italiana con quien convivía y un apartamento-estudio en el sector antiguo de Brescia que un amigo se encargó de vender; y le despachó el dinero junto con algunos objetos que el artista quería conservar.

En Bogotá conoció Antonio a un personaje del Huila, de apellido Polanía, parlamentario y gobernador de su departamento, quien lo motivó a ir a conocer esa región. Por iniciativa de su amigo, pintó un mural en el frontis del palacio departamental.

Entre Pitalito y San Agustín se enamoró de un lugar cuya topografía y clima le recordaban a Circasia y compró allí una pequeña finca, en la que le interesaba, por encima de todo, preservar los bosques y las fuentes de

agua. Se radicó en Pitalito y con su nueva compañera, Aleyda, montaron un restaurante contiguo al templo parroquial, que llamaron *El Atrio*. Ella lo administraba mientras él hacía los vitrales de la iglesia, por los que lo más seguro es que no cobró nada; y pintaba intensamente. Aleyda, una mujer caldense, juiciosa y ordenada hasta el delirio, se desesperaba con el desorden del pintor, que trabajaba en varios cuadros a la vez, puestos en caballetes repartidos por todos los espacios del apartamento, regando pinturas por el piso y limpiando los pinceles con el primer trapo que se encontrara, que podía ser la carpeta de una mesa o una cortina. Tras una amorosa despedida, su compañera lo dejó.

De regreso a su tierra, al Quindío, al lado de su familia, especialmente su hermana mayor, Fabiola, cuya casa llenó con cuadros, suyos y de otros pintores; relojes antiguos y otras reliquias que había coleccionado, quiso dejarle a su tierra una obra monumental y propuso la elaboración de un mural que describiera la epopeya del Quindío, desde los aborígenes y los conquistadores hasta la actualidad, reseñando los personajes más relevantes que han hecho su historia. Por fortuna, el gobernador era una persona culta, Rodrigo Gómez Jaramillo, quien lo apoyó, al menos facilitándole materiales, equipos y la ayuda de algunos trabajadores. El resultado fue un mural de 14 metros de alto por seis de ancho, sobre la pared de enfrente, a la entrada del edificio de la gobernación, que comienza en la parte alta con los aborígenes y los conquistadores, aquellos con su más reconocida actividad, la orfebrería; continúa con la agricultura, especialmente el café; el maíz, que es parte esencial de la cultura paisa; el transporte, el comercio, la literatura, el periodismo...: y, finalmente,

retrata a los personajes más destacados en el discorrir histórico quindiano, en diversas actividades.

Antonio Valencia, en ese mural descriptivo de la historia del Quindío, incluye su efigie y la de sus padres, como lo hizo Diego de Velásquez autorretratándose en *Las Meninas* y en otras obras suyas.

Después de este trabajo, que fue severamente afectado por el terremoto de 1999, pero, por fortuna, restaurado, Antonio Valencia pintó en el Parque Nacional del Café otro magnífico mural, que es una apología de ese cultivo, motor de la economía de la región identificada como eje cafetero y su más emblemático símbolo, asociado a todas las actividades comerciales, sociales, culturales y turísticas... El café identifica a la región en el mundo.

El artista se quedó definitivamente en el Quindío y allí murió, para cerrar el periplo que lo llevó por Colombia y por el viejo mundo, como admirador encantado de la belleza en todas sus manifestaciones; analista agudo de los rostros que retrató; cultor y protector celoso de la Naturaleza; y deslumbrado amante de los colores.

X

“LA GRATITUD ES LA MEMORIA DEL CORAZÓN”. **Anónimo español.**

En las primeras décadas del siglo XX los pueblos del Viejo Caldas carecían de colegios de bachillerato; ni qué decir de corregimientos y veredas. Los estudiantes que terminaban primaria tenían que buscar la forma de irse a una ciudad a continuar los estudios, a la sombra de familiares o amigos que les dieran posada y se constituyeran en sus acudientes, o quedarse así, con la primaria, y comenzar la vida laboral. Una opción que surgió para suplir esa carencia fueron los internados, para muchachos cuyas familias pudieran costearlos. Los principales estaban en Manizales, ciudad que ha tenido desde lejos en su historia vocación educadora, y cubrían, no solamente la región de los actuales Caldas, Risaralda y Quindío, sino municipios del norte del Valle y norte del Tolima, cuyas cercanía geográfica, raíces ancestrales e idiosincrasia se homologan en la colonización antioqueña.

Hasta un poco más acá de mediados del siglo pasado, en Manizales funcionaban los internados del Instituto Universitario de Caldas, el Instituto Técnico Francisco José de Caldas, el Colegio de Nuestra Señora del Rosario y la Normal Superior, para varones, donde estudió Aristóbulo Mejía Palacio, el intelectual de la familia, a quien sorprendió la muerte en plena juventud. Tenía Aristóbulo, entre otras inquietudes intelectuales,

habilidad para el dibujo. En casa de los Mejía-Palacio, en la Tebaida, quien esto escribe conoció, cuando su familia iba de Circasia a visitar a los abuelos, dos retratos a lápiz sobre cartulina, obras de Aristóbulo, uno del bisabuelo materno, don Alejandro Palacio, y otro de doña María Antonia Ángel, Madre Toña, bisabuela paterna; y un pastel, apología de la Batalla de Boyacá. Nadie da razón de dónde fueron a dar esas obras.

Además de los internados mencionados, había en Manizales los del Seminario Mayor y el Menor, de formación exclusivamente religiosa. Y los colegios de La Presentación, del Rosario y la Normal Femenina, para señoritas.

El caserón que se levanta en la Avenida Santander, cerca al Parque Fundadores de Manizales, donde funcionó inicialmente una base militar, después el Instituto Universitario de Caldas, a partir de su fundación en 1914; y más tarde una escuela primaria, cuando se construyó el nuevo edificio para el I.U.C., guarda más historia de la región de la que el transeúnte desprevenido pueda imaginar. En la época que recuerda el autor de estas memorias, a partir de 1953, había muchachos de Circasia, que eran sus compañeros de infancia y de primaria; familiares como Orlando Jaramillo Mejía, su hermano; de La Tebaida sus primos Gildardo y Óscar Mejía Echeverri; y otros de Montenegro, Quimbaya, Calarcá, Cartago, Santa Rosa, Santa Isabel, Herveo, Fresno, Manzanares, Pensilvania, Marquetalia, Neira, Salento, Salamina..., en fin. Con algunos de los compañeros de internado todavía se dan encuentros ocasionales, que sirven para evocar esas épocas. Otros condiscípulos se desdibujaron en el tiempo y otros más se adelantaron en el viaje definitivo.

Ese gran edificio construido en bahareque fue declarado monumento nacional, y actualmente está en proceso de restauración para dedicarlo a actividades culturales. Cuando el I.U.C. tenía internado, se distribuía así: En el primer piso, sobre la Avenida Santander, funcionaban la Rectoría, la Secretaría, la Sala de Profesores, la Biblioteca, el Aula Máxima y algunos salones de clase. Y en el segundo piso estaban los dormitorios de los internos; y en los extremos había dormitorios para profesores, en los que vivían algunos permanentes y otros los utilizaban en los turnos de vigilancia de los internos.

Los dormitorios, sin divisiones, estaban dotados de camas y pequeños armarios, y tenían tres puertas de acceso. Los profesores encargados de la disciplina, a las ocho de la noche rezaban un Padrenuestro y Ave María, decían “hasta mañana, muchachos” y apagaban la luz. En el segundo piso interior, porque las construcciones de Manizales son sui géneris, había más salones de clase, la sala de música, donde se guardaban los instrumentos de la Banda de Guerra y de la estudiantina; y la enfermería, el comedor de profesores e internos y, al lado, como una especie de clausura, un pequeño apartamento en el que vivía la ecónoma. En el centro de este piso, un patio de cemento y una fila de lavabos.

En un tercer piso interior había más salones de clase y los baños. Y frente al patio de deportes y recreo, que daba a la carretera para Villamaría, más aulas.

Sobre el costado oriental del edificio, donde ahora se levanta el edificio nuevo, había otro patio de recreo y una cancha de fútbol. Ninguno de los dos patios tenía cercas ni vallas, por lo que los internos, en el descanso

después de comida, podían caminar hasta Cristo Rey o ir al Parque Caldas.

Cuando quien esto escribe llegó a estudiar bachillerato a Manizales, interno en el Instituto Universitarios de Caldas, en febrero de 1953, traía una maleta y una caja de cartón con el ajuar que le habían preparado las mujeres de la casa y la nostalgia del papá, Ernesto Jaramillo, que se había quedado con los ojos humedecidos, reblandecido como estaba ya por sus graves dolencias. En julio de ese mismo año murió.

Mientras preparaba la cama y arreglaba el armario, doña Elvira, la mamá, repetía las recomendaciones que le estaba haciendo desde las cinco de la mañana, cuando salieron de Circasia: *“Muy obediente —decía—, aquí no podemos venir cada rato a recibir quejas tuyas; no vaya a orinarse en la cama por pereza o miedo de levantarse al baño; no se gaste la plata en la primera semana, porque se queda el resto del mes viendo un chispero; póngale cuidado al estudio que es con mucho sacrificio que hacemos este gasto, para que se eduque y sea algo útil en la vida... Después no vaya a salir con un chorro de babas”*. Desempacaba algo, acomodaba un vestido, enfundaba una almohada y comenzaba de nuevo con las mismas recomendaciones. La clásica cantaleta maternal.

El gasto que la familia iba a hacer con tanto sacrificio eran 100 pesos mensuales: 60, para pagar la pensión y el resto para el arreglo de la ropa, mecatear en los recreos e ir a cine los días de salida; a gallinero en el teatro Olympia, que valía 50 centavos.

Como la mayoría de los internos eran muchachos provincianos, de costumbres campesinas, cuando el después médico Alfonso Bedoya Flórez, de Marulanda,

llegó al internado del Instituto, traía en su “ajuar” una ruana, para protegerse del frío. Un domingo, día de salida, su vecino en el dormitorio, cuando lo vio echarse la ruana al hombro, le dijo:

—¿Usted se va a ir para la calle con esa ruana? Acuérdesse que estamos en Manizales y aquí la gente es muy elegante.

—¿Y qué hago entonces para el frío?, dijo Alfonso.

—Espere al próximo sábado y lo llevo donde un sastre conocido, que con ese paño le puede hacer una chaqueta.

Fueron evidentemente el sábado siguiente; el sastre extendió en la mesa de trabajo la ruana, miró a Alfonso de arriba abajo y dijo:

—Sí, de aquí le sale una chaqueta. Pero, ¿qué hago con este roto de la mitad? A lo que contestó Alfonso: Pues saque de ahí los ojales.

Los profesores de Instituto Universitario de la época que evocamos enseñaron más con el ejemplo que con la palabra. El político Gilberto Alzate Avendaño, en el sepelio de don Francisco Marulanda Correa, dijo: “*Su mejor lección fue su propia vida*”. Esos maestros ejercieron su apostolado, que era vocación verdadera, formando personalidades, pensando en que “*de poco vale cargar al hombre de fardos intelectuales, si ese saber no se absorbe hasta consustanciarse con el sujeto, dándole una disciplina interior y sirviéndole como guía de comunicación con el mundo*”.

Esos profesores de la época que evocamos, después de pensionarse, se vieron recorrer las calles de

Manizales, surcadas sus frentes de arrugas, los ojos cansados y el paso vacilante. Pobres de bienes y con la dignidad de la gente buena. Sus riquezas eran la tranquilidad de conciencia, la paz del alma y la satisfacción del deber cumplido... Esos ancianos se paraban al pie de los puestos de periódicos y revistas a mirar las cártulas y los titulares de primera página, tertuliaban en una mesa de café y resolvían crucigramas mientras tomaban tinto... Modestos, pero bien vestidos, aunque sus trajes fueran reiterativos; de porte distinguido, pelo canoso o escaso, aspecto patriarcal y parla generosa y elocuente. Vale la pena recordar algunos nombres, que la gratitud impone: Ramón Londoño Jaramillo, Simón Díaz, Camilo Noreña, Gilberto Orejuela, Enrique Marín, Arsenio Chica, Santiago Gómez, Marco Góngora, Luis Carlos Molina, Ovidio Rivera, Augusto Quiroz, Octavio Calderón, Lázaro Buitrago, Arnoldo Estrada, José María Zuluaga, Julio Montoya, el padre Fabio Sánchez, Hernando Luchini... Y muchos otros que forjaron el espíritu y el talento de varias generaciones del Viejo Caldas, y de departamentos vecinos, y terminaron sus vidas rumiando nostalgias y cosechando afectos que sembraron con entrega y sacrificio.

Muchos de esos maestros eran de ascendencia provinciana o campesina. Sus orígenes estaban en Circasia o Salamina; El Jardín (Antioquia) o Manzanares; Aguadas, Pácora o Filandia... En el pueblo o en la vereda nativa hicieron sus estudios primarios, alternando las clases con el ordeño de las vacas, el encierro de los terneros, la limpieza de la boñiga, y el beneficio del café o la zocolada de los rastrojos, en la finca paterna. Pero como eran, entre sus numerosos hermanos, a los que más les dictaba el estudio, buscaron palancas,

intrigaron con el gamonal, les ayudó su maestro, los recomendó el cura párroco... y un día recibieron la feliz noticia de la beca en la Normal Superior de Manizales. Y, sin pensarlo dos veces, liaron bártulos, se hincaron ante la madre llorosa para pedirle la bendición, recostaron sus jóvenes cabezas sobre el recio pecho del viejo, besaron a los hermanitos y, tomando la maléfica de fuelle amarrada con cabuya y el fiambre preparado para el viaje, montaron el caballo que los llevaría hasta el pueblo donde tomarían el bus escalera rumbo a la lejana capital, meta de sus sueños, realización de sus aspiraciones y horizonte de su porvenir.

Ese día dejaban la niñez cándida, elemental y simple. El trompo y la perinola de carreta, que con sus propias manos habían hecho, se los entregaron a sus hermanos menores; vendieron la parte que les correspondía del carro de tablas viejas y ruedas de palo que habían construido en asoció con un amiguito; y quitaron el escapulario que estaba pegado de la funda de la almohada con un gancho y lo guardaron devotamente en el bolsillo de la camisa, junto con la estampa de la Inmaculada Concepción. Así terminaban su niñez y se asomaban a la adolescencia y al futuro, lejos del alero tibio del hogar.

Hasta que un día llegó el título de licenciado y después el cargo de maestro. Con el estudio que recibieron apenas llegaron a suplir elementales necesidades académicas. Pero con la lectura, la investigación y la preparación responsable de sus clases, copiaron conocimientos que con el tiempo los convirtieron en magníficos catedráticos y en verdaderos humanistas.

Al azar podemos ilustrar esta idea con algunos casos. Don Camilo Noreña Mejía, profesor de inglés, fran-

cés y español, idiomas que manejaba con propiedad y fluidez y que practicó durante 40 años de docencia, los aprendió en el Instituto Salamina, con profesores que habían viajado o vivido en Europa y los Estados Unidos. Don Camilo, nunca salió del entorno caldense.

Don Simón Díaz Osorio, antioqueño, de Jardín, era considerado una enciclopedia ambulante, pues para él lo mismo era dictar Biología, Anatomía, Zoología, Literatura, Idiomas, Historia o Geografía. Sus clases eran un paseo por la cultura. Comenzaba cualquiera de ellas con las partes de la flor, en la clase de botánica, y terminaba en la Muralla China, en la misteriosa India, recitando los clásicos españoles o citando los latinos. O rajando de la dictadura, en pleno gobierno de Rojas Pinilla, con una independencia que llamaba la atención, dada su condición de empleado público.

Don Hernando Luchini enseñaba Preceptiva Literaria. Y los ejemplos que ponía eran versos de su propia inspiración, como el de metáfora que en fragmentos no he olvidado: *“Amaneció de fiesta la mañana, / el campo se viste de verdura, / la montaña sostiene la blancura / virginal de la nieve campesina. / El palacio de pájaros, la encina, / se mira en el arroyo que murmura. / El gradual con su gracia cortesana / se inclina cuando pasa la mañana / vestida de encajes y armonía; / y la voz interior gozosa canta / al paisaje que entonces se levanta / hasta la altura de mi poesía”*.

Por su parte, don Ovidio Rivera, quien enseñaba Historia Patria, ponía tal entusiasmo y efusividad a las descripciones de las batallas de la independencia, que, cuando terminaba la clase, el salón olía a pólvora.

Un sentimiento de culpa, que es imposible que no vaya envuelto en una sonrisa medio perversa, persevera en la memoria, por las pilatunas que les hicimos a esos queridos profesores.

Cuando ya había comenzado el año escolar de 1954 apareció en el internado un alumno nuevo. Como el cupo estaba completo, atravesaron una cama en el fondo del salón para acomodarlo. Era José Ignacio Villegas, nieto del fundador del Instituto, y homónimo suyo, e hijo del erudito Gilberto Villegas Velásquez, Givive. ¡Con razón hubo cupo para él!

Alguna vez estaba de disciplina don Hernando Luchini, persona de escasa estatura. Para prender o apagar la luz del dormitorio el interruptor era de cuchilla. Mientras don Hernando fue hasta el extremo del dormitorio, contrario al puesto de Villegas, éste fue hasta el interruptor de la luz y con un alicate le quitó a la cuchilla el aislante de plástico. Cuando el profesor terminó la ronda, dio las buenas noches, se empinó y cogió la cuchilla, recibió una descarga eléctrica que lo tiró contra un armario cercano. Cuando se repuso del impacto preguntó: *¿Quién fue?* Silencio absoluto. Entonces dijo: *Todos salen al corredor y ahí se están hasta que aparezca el culpable.* Al rato, el frío calaba y los pies se engarrotaban. Entonces José Ignacio, condolido de sus compañeros, dio un paso al frente y dijo: *Fui yo, don Hernando.* Y el profesor sentenció: *Usted se va a acostar por verraco. Y los demás se quedan ahí otro rato, por encubridores.*

Uno de los profesores internos, don Luis Carlos Molina, por un momento salió y dejó la puerta de la pie-

za abierta. En un instante se metió un muchacho y en la bacinilla que tenía el profesor debajo de la cama, para evitar bajar hasta los baños, le echó una papeleta de azul de metileno y otra de sal de frutas. Cuando el buen señor orinó al amanecer, vio con espanto cómo un espumero azul crecía como un volcán en erupción. Al día siguiente fue donde el médico a someterse a toda clase de exámenes de laboratorio que resultaron normales, pero le dejaron por mucho tiempo una gran preocupación.

El Instituto Universitario de Caldas fue una iniciativa de contenido filosófico, más que el hecho de construir otro colegio. La idea la presentó el doctor José Ignacio Villegas Jaramillo, dirigente político conservador y gobernador de Caldas, ante las autoridades, para que “... *allí estudiara el hijo del magnate o del artesano, el joven rico o el de pie descalzo, porque así se evita o se atempera la lucha de clases*”. La idea coincidía con la del liberalismo, desde los albores de la República, en el sentido de que la educación debía ser “*laica, obligatoria y gratuita*”, frente a la elitista y confesional.

El Instituto Universitario de Caldas nació como Colegio Mayor de Manizales, según Ordenanza No. 2 del 20 de marzo de 1911. El doctor José Ignacio Villegas Jaramillo presentó un proyecto de ordenanza que suprimía el Colegio Mayor de Manizales y se creaba el Instituto Universitario de Caldas. La ordenanza aprobada fue la No. 23, del 18 de abril de 1913, sancionada por el gobernador Emilio Robledo Correa. La institución inició labores en febrero de 1914, bajo la rectoría del doctor Valerio Antonio Hoyos y Yarza, con 228 estu-

diantes. Estableció las modalidades de Filosofía y Letras, Agricultura y Artes, y Mecánica. En 1918 se inició el Bachillerato Clásico, Técnico y Topográfico.

En el Instituto Universitario de Caldas contrastaban la estirpe conservadora de sus fundadores y el espíritu social que inspiró su creación. En su filosofía había altos contenidos humanísticos y éticos, para formar hombres de bien y dirigentes capaces. Además, la idea era que Manizales y Caldas tuvieran un colegio de altas calidades académicas, al que tuvieran acceso muchachos de todas las condiciones sociales y económicas, para evitar la fuga de talentos, de manera que la región contara con una dirigencia de excelencia, formada con sus propios recursos: humanos, académicos e intelectuales.

No fue extraño el plantel educativo a las veleidades de la política colombiana, que permea todo. Fundado en 1914, durante la hegemonía conservadora, vivió después los cambios introducidos por la República Liberal, a partir de 1930, durante la cual vivió una crisis que casi obliga a su cierre. Por fortuna, instituciones educativas como el I.U.C. merecían la atención del alto gobierno. Para superar la crisis mencionada, el ministro de Educación de la época, Jorge Eliécer Gaitán, durante el gobierno de Eduardo Santos Montejó (1938-1942), le ofreció la rectoría a Juvenal Mejía Córdova, un salamineño de amplia formación humanística, vocación docente y recio carácter, para que pusiera orden en el caos y señalara caminos de superación. Después de ese episodio vinieron de nuevo el gobierno conservador (1946-1953) y la dictadura militar (1953-1957), pero ya el destino institucional del Instituto Universitario de Caldas estaba consolidado, por encima de minu-

cias politiqueras. Y allí, como una de las realizaciones más significativas de su desenvolvimiento, se gestó la idea de la Universidad de Caldas, gracias, entre otros dirigentes caldenses, al doctor Juan Hurtado, quien fue rector del colegio y primer rector de la Universidad.

La nómina de personalidades que de una u otra manera han pasado por el Instituto Universitario de Caldas, como directivos, profesores o alumnos, es verdaderamente de lujo. De la época que nos ocupa, vale la pena recordar algunos escogidos, porque larga sería la reseña completa:

José Ignacio Villegas Jaramillo, abogado, escritor y político. Fue gobernador de Caldas entre agosto de 1914 y septiembre de 1918. Profesor de Historia Antigua en el I.U.C., siendo gobernador no renunció a su cátedra.

Valerio Antonio Hoyos, primer rector, era abogado de la Universidad de Antioquia, de una generación sobresaliente en derecho aplicado a la educación. Filólogo y gramático, a su orientación académica se atribuye buena parte de lo que en una época identificó al departamento de Caldas: el estilo grecolatino de sus literatos y oradores.

Francisco Marulanda Correa era teólogo laico y un espíritu selecto. Intelectual de muchas luces, fue editorialista de "La Patria", de Manizales, y "El Colombiano", de Medellín. Y autor del libro *El dinamismo de la libertad en la formación del carácter*, texto fundamental de la época. Además, era Doctor Honoris Causa de la Universidad Católica Bolivariana.

Hernando de la Calle, oriundo de Manzanares, Caldas, fue rector del Instituto Universitario de Caldas y secretario de Educación y de Gobierno del Departamento. También, alcalde de Bogotá. Escribió un libro sobre la poesía de Rafael Vásquez y una novela incompleta que habría de llamarse "Conchita". Gran orador y conversador. Disertaba sobre las antiguas escuelas filosóficas con propiedad y profundidad. A su lado siempre estaban un texto filosófico, una Biblia y el Quijote de la Mancha.

Como rector del Instituto, el informe que debía rendir a la Secretaría de Educación correspondiente al año 1938, como una manera de protestar por el abandono en que se tenía al colegio, pese a sus reiteradas solicitudes, resolvió hacerlo en castellano antiguo, en un alarde de cultura lingüística. Algunos apartes de esa singular pieza literaria, que puede leerse textualmente en el *Libro de Oro del Instituto*, son:

(...) Corroboro a ustedes en vez de informarlos, porque entrambos a dos, usted y el señor gobernador, han rotpido la costumbre de enterarse de los sucesos del plantel a cháncharras y máncharras y por interpuestas personas, como era la usanza. Y hánlo hecho con tal ahínco suasorio, una vez que les tocaba y todos los días que amanece, que no ha quedado ostugo, rumoreo o niquiscocio alguno sin considerar, oliscar y tentar.

(...) Siendo, pues, la vida del colegio conocida de ustedes, por junto y al menorete, he de reducir mi relato a las partes que por su contenido vital deban de fijarse en forma más durable que la de viva voz, y demanden la mayor expansión y publicidad de las letras de moldura.

(...) Del Gobernador al último trajinero de la montaña caldense, cada quisque, la realidad deplorable del Instituto Universitario. El local que le sirve de cobijo —ya lo ve usted— es a estas horas de nuestra cultura una zahúrda afrentosa con más goteras, chisguetes, torceduras y ajos que el arca de Noé. (...) Y usted, aquellos y yo sabemos asimismo que este nido de lechuzas y madriguera de ratas, no tiene otra cura que tizanas de petróleo, bebedizos de nafta, untos de brea, percusiones de piqueta, la cremación por contera y un enterramiento de azufre y sal que es el rito de la tierra maldita.

(...) Otrosí dejaré la mosca de recitarle cifras, nominaciones ni estadísticas, como es costumbre (...)...En sus oficinas se hallarán los documentos pertinentes, sin necesidad de que yo se los devuelva en inútiles reproducciones.

(...) Lo que ahora importa es acudir con los peroles al rancho que arde y se desmorona. Dígalo usted a la Asamblea y hágala salir en masa a apuntalarlo, no sea que se nos venga encima y nos deje como Vitorino y su frasco de vino.

Le estrecha las manos sumamente,

Hernando de la Calle.

Del padre Nazario Restrepo, basta para conocer su dimensión humana e intelectual acoger la expresión del doctor Aquilino Villegas: “*Para conocer a Nazario, física, moral, intelectual, científica y artísticamente, es preciso mirar hacia arriba*”. Escritor, latinista, marianista, aficionado a la pintura, es autor de *Celestial embajada a María y Paganismo e historia de las falsas religiones*, este último sobre antiguas mitologías.

Tres rectores de la época que cubren estas memorias se recuerdan con respeto y admiración, porque fueron paradigmas de virtudes intelectuales, morales y cívicas: Jesús Antonio Marín, Eduardo Aristizábal y Gonzalo Arango.

XI

LOS VIEJOS QUE SE MUEREN CON LOS PUEBLOS VIENEN DE MÁS ALLÁ DE LOS RECUERDOS.

El autor.

La estadía de quien relata estas historias en Manzanares, como administrador de la agencia de Bavaria, de la que dependían otras poblaciones vecinas, entre ellas Pensilvania, sirvió para conocer en esta última a la parentela de los Mejía-Palacio, que del suroriente antioqueño se habían desplazado hacia esa región. Ellos eran los Mejía-Botero, descendientes de Cándido Mejía Ángel, hermano de Enrique, el padre de los Mejía-Palacio, y Beatriz Botero Botero; los Vélez-Mejía, de Clímaco Vélez y Teresita Mejía Ángel, hermana de Cándido y Enrique; y los Maya-Mejía. En conjunto eran una comunidad numerosa, de comerciantes de abarrotes, compradores de café, transportadores, ganaderos y caficultores, con familias numerosas. La acogida que me dieron fue más que cordial. Cándido y Beatricita ya se habían radicado en Cali y Teresita, muy anciana, casi no se levantaba. Cuando le dije a uno de sus hijos, Abel, que mi mamá, Elvira Mejía Palacio, me había recomendado mucho que conociera a esos tíos suyos, me dijo: *“Si quiera conocer a mi mamá, vuele”*. Desde entonces he mantenido una relación de amistad muy cercana con esos parientes, porque es usual entre los Mejías ser muy reconocedores, así se trate de primos lejanos.

Aunque don Cándido Mejía vivía en Cali, con alguna frecuencia iba a Pensilvania y así tuvo la oportunidad de conocerlo y reconocer en él al típico antioqueño, de familia numerosa, laborioso, patriarcal, austero, buen ciudadano, cristiano y de un sentido práctico muy particular. Socio de su hijo mayor, Mauro, en negocios de abarrotes y compra de café; transporte y otros, el manejo de la sociedad *Cándido y Mauro Mejía* era muy particular. Decía: “*Sacamos para vivir* (Mauro también tenía una numerosa familia), *invertimos y lo demás lo partimos*”. Las cuentas se llevaban en cuadernos y los compromisos se hacían de palabra. “*Lleve ese carro a la Ford* —le decía Mauro al conductor, refiriéndose al camión en el que transportaban el café y la mercancía para el negocio— *y le dice a don Daniel (Daniel Gómez Arrubla) que me mande uno nuevo y yo esta semana subo y cuadramos el resto*”. La costumbre era cambiar el carro cada año, porque el trabajo era intenso y la carretera por la que debía transitar era muy mala.

Tenía, además, don Cándido, sin proponérselo, un delicioso sentido del humor. Decía las cosas o definía las situaciones de una manera tal que los demás aceptaban sus juicios y les quedaba un sabor dulce. Nunca se propuso hacer un chiste, pero sus apuntes han trascendido el tiempo y aún circulan entre familiares y conocidos, a pesar del tiempo transcurrido; y siguen provocando sonrisas. Muchas de sus anécdotas, contadas por sus hijos, sobrinos, nietos y conocidos se me grabaron y a ellas he acudido con frecuencia en mis escritos. Además de que, años después, en Cali, viví muy cerca de su casa de la Avenida Roosevelt y lo visitaba con frecuencia. Nos sentábamos en el porche, frente a un amplio antejardín, para escuchar sus anéc-

dotas de arriería y muchas otras, que él narraba con voz cansada y el dejo nasal que lo caracterizaba, con mucha gracia y abundancia de detalles.

Don Cándido nació en La Unión, Antioquia, en 1883. Allí se casó con Beatriz Botero Botero en 1906, cuando ésta apenas tenía 14 años. Al año nació Mauro, el primogénito. Pocos días después del feliz acontecimiento le comenzaron a la mamá unos dolores de muelas espantosos, que coincidían con las berreadas inconsolables del recién nacido, que llevaban a la mamá a la desesperación, cuando lo mecía en sus brazos mientras caminaba a zancadas por un corredor.

El esposo, preocupado por los sufrimientos de su mujercita, le dio de regalo en el primer aniversario de bodas la extracción de todas las piezas que tenía “*picadas*”, por lo que Beatricita tuvo caja de dientes desde los 15 años.

Muy pobres, pero con la altivez propia de la raza, cuando se casaron le hicieron a la novia vestido de terciopelo y el novio encargó sacoleva y sombrero de copa a Medellín. Esa fue la primera *encachacada* de Cándido, porque hasta entonces su vestimenta y la de sus hermanos las confeccionaba una señora Agripina, cuyo sistema para tomarles las medidas era acostarlos en el suelo sobre un papel, de los de envolver mercancías en los almacenes, o sobre liencillo de costales harineros, y dibujarlos, rayando con un lápiz por los contornos y la entrepierna. Ese liencillo se lo encargaban las señoras a los parientes que tenían tiendas, o a los panaderos, para hacerles calzoncillos a los muchachos.

Años después, ocupados de sus labores agrícolas y domésticas, cuando la ropa de trajín se les acabó y no

tenían con qué comprar otra, les tocó sacar los vestidos del matrimonio; y era Beatricita haciendo oficios en la cocina vestida de terciopelo y Cándido rajando leña de sacoleva. Ya vivían en Pensilvania, en la finca ganadera El Castillo, de don Antonio Cardona, de quien Cándido era agregado. Actividad que alternaba con la arriería de bueyes, hasta cuando una depresión económica puso el precio del ganado por el suelo.

Regresaron a Antioquia, a Sonsón, a administrar los bienes de un señor Julio Toro, lo que les dio alguna prosperidad. Decidieron entonces volver a Pensilvania, donde residía su hijo Mauro, compraron una casa de dos plantas, para vivir en la segunda y en la primera montar padre e hijo el negocio que, bajo la razón social Cándido y Mauro Mejía, tuvieron 35 años en compañía. En ese ir y venir, sus hijos nacieron en La Unión, Sonsón y Pensilvania.

Mi tío abuelo Cándido era robusto, de mediana estatura, cantaletoso y hablaba solo y aleteaba las manos mientras caminaba. De aspecto apacible, austero, sin vicios, apenas solía tomarse un trago que llamaba "*el almuerzero*", en compañía de algún amigo a quien se encontrara cuando iba camino de la casa a almorzar. Quienes lo conocieron joven dicen que era muy hábil para enlazar ganado y excelente montador de bestias, por caminos malos, como eran todos los de entonces. La definición de su personalidad en relación con su aspecto físico la consiguió el mismo Cándido por casualidad. Viajaba a caballo de Pensilvania a Nariño, Antioquia, por el camino de Puente Linda, recién abierto y desconocido para él. Pasó por el frente de una casa y saludó: "*buenos días señora*", a un ama de casa que estaba en el corredor: "*Buenos días don Cándido*", con-

testó la señora. Se sorprendió al escuchar su nombre, pues por esos contornos no conocía a nadie. Más adelante se cruzó con un arriero a quien le dijo: “Adiós, amigo” y el hombre respondió: “Adiós, don Cándido”. Intrigado lo detuvo y le preguntó:

—Oiga, hombre, ¿usted cómo sabe que me llamo Cándido, si nunca lo he visto?

—Es que no es sino verlo, señor, le contestó el otro.

Honrado, trabajador, conservador, católico y puntual y exacto en todo. La gente sabía en Pensilvania cuando eran las cuatro de la tarde porque pasaba don Cándido para la casa a comer. Detestaba la mentira y el juego.

Las costumbres de las familias antioqueñas, que trajeron consigo y conservaron en su nuevo asentamiento, en la que hemos llamado segunda colonización, eran inalterables. A la oración, como se llamaba la hora crepuscular, se rezaba el rosario en familia y a las seis de la tarde, después de merendar, se acostaban, porque al amanecer ya estaban los comerciantes en sus negocios, despachando café y empacando maíz, fríjol, manteca, cominos, sal... que llegaban en bultos o latas y había que presentarlos por libras, kilos y otras formas, para la venta al menudeo. Y los agricultores en el corte, desyerbando, recolectando, sembrando, cortando leña... Pelando café, revolviéndolo para secarlo y empacándolo para llevarlo a vender. O buscando los huevos en los nidos, alimentando cerdos y gallinas, ordeñando vacas, recolectando frutos para el consumo casero... Ese estilo de vida se conservó hasta cuando el proceso de modernización trajo los jeeps, la radio, la

televisión, nuevas especies de café, cultivos distintos y apareció el espanto de la delincuencia organizada, que le dio un vuelco al campo, del que eran oriundos los ancestros antioqueños.

Separado de sus hermanas Rosita y Toña por mucho tiempo, residentes ellas en Calarcá y Armenia, alguna vez contrató don Cándido un carro de plaza y con Beatricita y los hijos menores se fueron para el Quindío a visitarlas, dejando la casa y el negocio al cuidado de los mayores. Llegaron a Armenia al mediodía y por no aparecerse tanta gente a la casa de uno de sus familiares a hora de almuerzo, pidieron orientación sobre un restaurante a cualquier transeúnte y se bajaron en el recién inaugurado y elegante “*Ritoré*”, de un caballero español, Valentín Ritoré, además empresario de toros. Les trajeron la carta, de platos que ellos desconocían, y cada uno escogió al azar cualquier cosa. Cuando terminaron de comer pidió la cuenta don Cándido. “*Ciento cuarenta pesos*”, dijo el mesero, lo que le hizo exclamar a mi tío-abuelo: “¡Ah poquito que va a durar este paseo!”

Las relaciones de comercio de los municipios del oriente caldense eran con Manizales y Honda, por lo que los viajes de los comerciantes a estas dos ciudades eran frecuentes y debían cumplirse en un buen trayecto a caballo, lo que hacían varios para acompañarse. Mi tío abuelo se había comprado en la feria ganadera una mulita joven, de muy buena figura, patidelgada y briosa, y con Miguel Ángel Vélez Mejía, su sobrino, hizo un viaje a Honda, para lo cual había que cabalgar hasta

Fresno. Era época de lluvias y cuando llegaron al cañón del río Guarinó había un tragadal inmenso. Miguel Ángel, jinete en una mula grande, amarilla, patirrayada y fuerte, pasó al otro lado del pantanero, mientras que la mulita de don Cándido se atascó en la mitad y hacía esfuerzos por seguir adelante, sin conseguirlo. Entonces llamó alarmado a su sobrino: "*Miguel Ángel, Miguel Ángel, venga asómese que yo creo que esta mula se pisó una teta*".

Otro de esos viajes lo hicieron en compañía de don Olegario Ramírez, suegro de Miguel Ángel. La muía de don Olegario llegó cansada a Manzanares, por lo que tuvo que dejarla en una pesebrera y cambiarla por otra, que casi no llega hasta Fresno, lo que logró arrastrando las patas y con la cabeza agachada, casi tocando el suelo. Tomaron un carro de ruta para Honda, ocupando el puesto de atrás: don Cándido en una ventanilla, Miguel Ángel en la otra y don Olegario en la mitad. Apenas arrancó el carro, éste se durmió y unas veces se recostaba en el hombro de su yerno y otras en el de don Cándido, lo que les incomodaba tremendamente, si se le agregaba a la carga de su cabeza el cansancio del viaje y el calor. Cuando se bajaron del carro al llegar a Honda, se encontraron Miguel Ángel y su tío detrás del carro, cuando fueron a sacar las alforjas de la bodega, y éste le comentó: "*Ese suegro suyo si es muy cansón. Es el único que de Pensilvania a Honda cansa dos mulas y dos machos*".

Como se dijo antes, don Cándido era conservador, no sólo en su forma de ser y en sus costumbres, sino en la militancia política. Beatricita, su esposa, en cambio, era festiva, le gustaba jugar a las cartas con sus amigas y defendía con ahínco las ideas liberales. Ade-

más, ese liderazgo suyo lo aplicaba a obras de caridad y a cuanta iniciativa social a favor del municipio. Y en un medio tan conservado como el de Pensilvania era activista, trabajaba en las campañas políticas y aleccionaba a sus nietos, de los que sacó varios liberales. Pienso que lo poco de liberalismo que hay en ese municipio del oriente caldense tiene que ver con el trabajo de esa matrona.

En épocas de campañas políticas, el día de las elecciones, cuando los campesinos iban al negocio de don Cándido a arreglar cuentas y a sacar el mercado, éste los mandaba para su casa a que les dieran desayuno, entregándoles de una vez la papeleta del candidato o los candidatos conservadores, para que después del desayuno fueran a votar. Beatricita los atendía con abundante calentado y chocolate, y cierta zalamería, porque mientras le agradecían el desayuno les cambiaba la papeleta para que votaran por los liberales.

Cuando decimos “sacar” el mercado tiene que ver la expresión con un sistema que funcionó muchos años, consistente en que el comerciante de abarrotes y comprador de café, en las comunidades de la región cafetera, proveía de mercado a los campesinos cada ocho días, hasta que recolectaban el café. Cuando éste salía, cruzaban cuentas y el cliente casi siempre dejaba en poder del comerciante los excedentes que le quedaban, los que retiraba poco a poco, en la medida que los necesitara. Esos comerciantes oficiaron de bancos, antes de que entidades como la Caja Agraria y el Banco Cafetero hicieran presencia en los pueblos. Sin embargo, no se erradicó del todo la vieja costumbre, porque el campesino, tímido por naturaleza y reacio a llenar formularios y a cumplir requisitos, prefería el otro sis-

tema que se llevaba en un simple libro de cuentas, con la sola garantía de la buena fe de ambos.

La competencia comercial en Pensilvania, en la época que corresponde a estos recuerdos, era entre los Mejías, los Mayas, los Vélez, los Escobares, los Zuluegas y Ramírez, amigos y parientes entre sí, pero rivales en los negocios, que distinguían los clientes buenos de los malos. Estos últimos eran los que fiaban mercado en una parte y después se iban a vender el café a otra, por no pagar y dilatar las cuentas, que algunas veces se perdían. A esos, todos los comerciantes los conocían y les sacaban el cuerpo. Donde don Cándido llegó alguna vez uno de ellos, a decirle que tenía deseos de salirse de donde los Mayas y volverse cliente suyo, con el pretexto de que don Rubén era muy mala ley. El viejo zorro, que sabía por dónde iba el asunto, le dijo: *“No, hombre, no se salga de allá que ellos son muy buenas personas. Y Rubén no es que sea mala ley, sino que es muy feo”*.

Volviendo a la política, cuando el Partido Conservador perdió las elecciones en 1930, después de una hegemonía de 45 años, el júbilo liberal fue desbordante. Mientras don Cándido rumiaba cabizbajo la derrota, Beatricita hacía alboroto celebrando un triunfo que se consideraba casi imposible. En esas se encontró mi tío abuelo con su primo Rubén Maya Mejía, quien le comentó:

—“¿Vos qué vas a hacer ahora, Cándido, con Beatriz y los liberales por encima?”

—“No sé, —le contestó—; ¡casi no he sido capaz con ella por debajo...!”

La casa de don Cándido, en Cali, quedaba, como se dijo, en la Avenida Roosevelt, en una esquina, a dos cuadras del estadio Pascual Guerrero. Tenía un amplio antejardín, en el que el viejo sembró dos palitos de café caturra, que encargó a Pensilvania. Esos arbolitos le recordaban sus largos años de caficultor y negociante de café. Alguna vez, en una de mis visitas, viéndolos cargados de granos, le comenté, en tono de charla:

—Esos palitos, tío, le van a dar una buena cosecha. A lo que contestó: “Y para lo que nos falta a Beatriz y a mí, esos dos palitos nos dan la vida”.

En Cali había invertido don Cándido en transporte urbano, que le ayudaba a manejar el fiel empleado Carabalí, para tener una renta “*de qué vivir y morir por cuenta propia*”, como decía. Desde su lugar en el porche de la casa, sentado en una mecedora, cabeceando a veces, saludaba a todo el que pasaba por el andén, sin necesidad de saber quién era. Con las manos cruzadas sobre el vientre, parecía esperar la muerte con tranquilidad, sin angustia. Y a la muerte le reconocía sus méritos, como cuando vio pasar frente a su casa el cortejo fúnebre de un prominente hombre público de Cali, rico y de alta sociedad, y dijo el viejo: “*A mí me gusta la muerte porque no es lambona*”.

XII

**“(...) SI PRETENDEMOS SABER
LO QUE SOMOS
DEBEMOS CONOCER LO QUE HEMOS SIDO”.**
Oráculo de Delfos.

Cándido Mejía Ángel y los patriarcas de su generación, como los Jaramillo-Guzmán y Mejía-Palacio que han motivado el relato de estas historias, recordaban como si escribieran en sus memorias los episodios de sus vidas y no se cansaban de releerlo, puliendo los detalles de los episodios sucedidos desde antes de tener uso de razón, porque los niños de las familias antioqueñas numerosas, levantadas en las fincas como campesinos pobres, tenían que “*madurar biches*”, entender las cosas prematuramente, asumir responsabilidades superiores a sus fuerzas y pensar desde temprano en un futuro más allá del solar paterno. Tenían por instinto el afán migratorio de algunas especies de aves, de los pueblos nómadas... y de los antioqueños. En el ocaso no tenían claros los detalles de cómo habían sucedido los hechos en sus vidas, en las de sus cercanos familiares y amigos, en el país y en el mundo. Lo suyo era la responsabilidad inmediata de una familia y la necesidad de solventar el futuro para garantizar una vejez tranquila, sin angustias económicas. “*En la vida, —decían—, hay que caminar tocando con la punta del pie adelante antes de dar el paso*”.

Las mujeres de la época que evocamos se casaban a una edad en la que apenas debieran estar arrullando muñecas. Y como las familias eran normalmente muy numerosas, desde niñas tenían que ayudarles a las mamás con los oficios caseros y con la crianza de los hermanitos menores. Y qué decir de las que por cualquier razón fracasaban en el matrimonio, quedaban solas porque el marido se largaba con alguna *bruja* y tenían que enfrentarse solas a la obligación, con un *reguero de muchachitos*, y sin a quien voltear a ver. Muchas, por orgullo, no pedían ayuda. “*Yo me metí sola; chupe, por bruta*”, decían.

Así me contó uno de los parientes de Pensilvania la historia de una de ellas, prima suya, advirtiéndome que no me consta nada y que los Mejías de nuestra familia suelen condimentar los cuentos con exageraciones que los mejoran, sin ninguna mala intención. Además, en los matrimonios nadie sabe qué *pasa de puertas para adentro* y cada quien ve las cosas a su conveniencia; y los familiares de las parejas se atienen a que “*a los de uno, con razón y sin ella*”.

—“¿Cuánto tiempo llevo en esta rutina?”, pensaba Argemira, mientras se bajaba de la cama, mucho antes de que amaneciera. No recordaba los años, los meses, los días, las horas..., transcurridos desde el día en que “*ese hombre*” —como se refería a su marido— anocheció y no amaneció. Desde entonces, suya y sólo suya era la responsabilidad de mantenerse con los hijos que había tenido en ese matrimonio, del que se acordaba y “*le provocaba darse una pela, por pendeja*”, como decía.

Después de entrar al baño, alisarse el pelo, enjuagarse la boca y ponerse una bata-locá, prendió el fo-

gón, montó la olla con la aguapanela y se puso a armar las arepas, con la masa que dejaba lista todos los días por la noche.

“Ni modo de llamar a una de las muchachas para que me ayude”, dijo, hablando sola, apenas con leves movimientos de los labios. “Al fin y al cabo ellas no tienen la culpa de las brutalidades mías. La juventud es un rato; y qué afán de que empiecen a joderse la vida desde ahora. Para eso estoy yo, que he tenido que trabajar como una mula, casi desde chiquita, porque, con ese familión que hubo en mi casa, apenas cualquiera de las niñas era capaz de coger un trapo tenía que comenzar a hacer oficio.”

“Y a los muchachos, menos —continuaba—. Esos pobres salen todos los días a ver qué centavo consiguen por ahí, haciendo cualquier oficio. Y todo me lo traen a mí. ¡Tan bellos, pobrecitos! Haber dado con ese papá. Si fuera otro preguntaba siquiera si estaban estudiando y cualquier lápiz o cuaderno les daba. Pero ese tarambana no consigue ni para los vicios. Seguro que esa bruja con la que se largó debe mantenerlo, pegada de que es muy buen mozo. ¡Valiente gracia!”

Antes de hacer el café y comenzar a preparar el desayuno, sacó la basura al andén, para que la recogiera la volqueta del municipio. Con frecuencia, al abrir el portón en las mañanas, se encontraba con alguna de las vecinas de al lado, que muy organizada salía para misa de seis. Apenas con un “buenos días”, Argemira saludaba y entraba de nuevo en su casa, refunfuñando:

“Yo no sé a qué madrugan tanto unas mujeres, que no tienen nada que hacer. Dos viejas solas, con plata, solteronas, con sirvienta y paje que les haga los mandados, ¿qué afán tienen de levantarse temprano? Ojalá yo pu-

diera estar en la cama siquiera hasta las siete u ocho de la mañana y por la noche ver televisión un rato, antes de dormirme. ¡Pero qué! ¿Quién, si no yo, hace de comer, arregla la casa, lava la ropa, aplancha, barre...? Apenas levantándome a las cinco de la mañana todos los días, porque para mí no hay domingos ni días de fiesta, alcanzo a hacer todo el oficio. Y anochezco tan rendida de cansancio, que no veo sino camas y almohadas, como en una pesadilla.

No sabe una qué pensar, balbucía, mientras hacía leves movimientos con las manos. La vida mía puede ser muy dura, pero tiene al menos un incentivo: los hijos. Algún día, con la ayuda de Dios, ellos serán personas útiles y seguro que no se les olvidará todo lo que me he matado para levantarlos. Pero estas vecinas, sin obligación, con plata y que no le hacen un beneficio a nadie, ¿de qué van a hablar cuando estén más viejas y con qué se van a presentar ante mi Dios? El Señor sabe que yo casi no voy a la Iglesia porque no me queda un minuto de tiempo y termino el día "muerta" de los pies, de la cintura y de la espalda, como para arreglarme e irme a rezar. Si acaso, entre vuelta y vuelta en la casa, recito padrenuestros y avemarías; y de vez en cuando un domingo voy a misa. Además, hasta el cura dice que el trabajo es oración; y eso mismo fue lo que me enseñaron en las clases de religión en el colegio, en los poquitos años que estudié".

Ese día, cuando Argemira salió a sacar la basura, estaba "envenenada". La víspera había venido a su casa una prima a visitarla y, mientras la acompañaba a aplanchar, sentada en una butaca cerca de la mesa, le contó que "ese hombre" había tenido un hijo con la otra. "Pa' eso sí sirve", comentó Argemira. Y no dijo más. Un sentimiento entre dignidad y rabia no le permitía ade-

lantar más comentarios. Además, de tiempo atrás se había hecho a la idea de que *“a mal que no tiene cura, hacerle la cara dura”* y que más daño se hacía ella hablando mal de *“esa porquería”*.

En el momento de dejar la basura en el andén, salió una de las vecinas, muy fresca y acicalada. Argemira, sin saludarla, con las manos en jarra sobre la cintura, la encaró y le preguntó:

—Ole, ¿usted, a qué madruga tanto?

—Pues a rezar, contestó la otra, con un mohín despreciativo e irónico, porque una no puede perder las esperanzas de que San Antonio le ayude a conseguir un marido... bien bueno, no como otros.

Sin recoger la indirecta y sin despedirse, Argemira entró a su casa y mientras caminaba hacia la cocina mascullaba y accionaba con un leve aleteo de las manos, como se le había vuelto costumbre: *“Claro que es más fácil alimentar esperanzas —decía—, como esas viejas, que seis muchachos. ¿San Antonio? ¿De modo que él es el que consigue los maridos? Pues a esas solteras, con lo viejas que están y lo feas que son, siendo ese santo un verraco les consigue mozo.*

XIII

“LOS RECUERDOS SON (...) EL REFUGIO APACIBLE DEL CORAZÓN HUMANO”. *Ismael Enrique Arciniegas.*

Llama la atención de quienes alcanzamos a conocer a muchos de esos antioqueños que emigraron hacia la región que ahora se conoce como Eje Cafetero, comenzando por nuestros propios familiares, la forma como describían algunos hechos, con expresiones semejantes a trazos de una sola línea, lacónicos, pero suficientemente expresivos. De una persona pesada decían que era “*más cansón que un sinapismo en las pestañas*”. Sinapismo es un emplasto de los que se usan para aliviar dolores, que, si pegado en la espalda es fastidioso, imagínense en las pestañas. A los peones o jornaleros se les llamaba *lungos*, palabra que en su idioma de origen —tal vez el latín— quiere decir largo. A las personas pálidas, de mal color, que son frecuentes entre los trabajadores de las fincas cafeteras, les decían “*pangilientos*”. Y llama la atención que muchas de las expresiones que usaban personas de muy escasos estudios después las hubiéramos encontrado en la lectura de los clásicos españoles, lo que se explica porque en los pueblos —como ya dijimos— había comerciantes que traían libros que se los alquilaban a los campesinos, éstos los leían y después los comentaban con sus familias y les contaban a los niños pasajes de los que se les grababan expresiones que aplicaban después a circunstancias semejantes a las de los episodios tras-

mitidos oralmente. Esas expresiones, recogidas en antologías del habla antioqueña y en las obras de los escritores costumbristas, son, para los cultores de las tradiciones, un tesoro, porque *“al que le gusta le sabe”*.

En conclusión, la segunda colonización antioqueña, que se dio desde finales del siglo XIX y principios del XX, cuando ya se habían fundado muchos de los pueblos actuales, tuvo entre sus razones o motivos la pobreza. Algunos emigrantes venían a invertir capitales que habían quedado de la liquidación de la arriería, otros a explotar tierras que les habían adjudicado los gobiernos como compensación a servicios prestados en las guerras civiles, pero la mayoría empacaron y se vinieron porque, como decía Elvira Mejía, estaban *“más pobres que Lázaro cuando se sentó en la piedra”*. Y uno se queda pensando: Lázaro, recién resucitado, después de cuatro días de no pasar bocado, envuelto en un sudario todavía con gusanos y sentado en la primera piedra que encontró, para tomar aliento después de salir del sepulcro, ¡cómo estaría de platudo!

GLOSARIO

Acomodado. Persona que tiene bienes o recursos suficientes para vivir.

Adelantar el ganado. Proceso de crecimiento y engorde de los animales.

Agregao. Administrador de fincas, especialmente cafeteras.

“Alpargatocracia”. Figura para referirse a gente sencilla, campesina, que usa alpargatas.

Bien plantado. Apuesto, de buena presencia.

Bizcocho de teja. Torta de maíz y panela, muy alimenticia y durable.

“Bruja”. Modo despreciativo de llamar a una mujer.

Cólico miserere. Fuerte dolor abdominal provocado por una apendicitis aguda.

“Como verdolaga en playa”. Expandirse o regarse algo profusa, permanente y extensivamente.

Dar lora. Hacer el ridículo, el oso con actitudes estrambóticas e inusuales.

De puertas para adentro. En la intimidad de las parejas o familias.

“Chulavita”. Policía conservador, oriundo del departamento de Boyacá.

Chupe por bruta. Asuma las consecuencias de sus errores.

“Chuzo”. Tienda o negocio pequeño.

Elda. Techo corredizo sobre una superficie destinada a secar café y para protegerlo de la lluvia.

El almuerzero. Trago que se toma como aperitivo antes de almorzar.

“El que no aspira a peso no llega a real”. Se refiere a las aspiraciones de la gente. Un real equivalía a 10 centavos de peso.

Encachacada. Puesta de ropa elegante, para eventos especiales.

“Envenenada”. Furiosa, de mal genio.

Gallinero. Localidades populares en la parte alta de los teatros.

“Gata”: Vaca pequeña, poco productora de leche.

Generación de la violencia. Expresión de Fabio Lozano Simonelli, para referirse a los colombianos nacidos un poco antes de la mitad del siglo XX.

La marrana “volvió”. Se recuperó, está gorda.

“Las faldas asustadas”. Expresión del presidente López Michelsen, que se refiere a las mujeres que obedecen a ciegas al cura párroco.

“Los caudillos del desastre”. Así califica el historiador Alfredo Cardona Tobón a los promotores de las guerras civiles del siglo XIX.

Madurar biche. Adelantarse a la edad biológica.

Maquetas. Mal estudiante, maula.

“Médico homeópata”. Que aplica a las enfermedades, en dosis mínimas, las mismas sustancias que en mayor cantidad producen el mal que se combate.

“Mercado”. Días sábados y domingos, cuando los campesinos salen al pueblo y es más activo el comercio.

“Mica”. Bacinilla o vaso de noche.

“No pegó”. No se adaptó.

Nuche. Gusano que se incrusta en la piel de los animales.

“Ñurido”. Persona, fruta o animal poco desarrollados.

Palabras gruesas. Obscenas, soeces, vulgares.

“Pájaro”. En la época de la violencia política oficial, asesino al servicio del gobierno.

Paz octaviana. Tranquilidad general, posterior a una de tantas guerras del Imperio Romano, como la que reinaba bajo el gobierno de Octavio Augusto.

“Pariente alemán”. Se refiere a la pérdida de la memoria por el mal de Alzheimer.

“Picadas”. Piezas dentales con caries.

Pilar por el afrecho. Cuando se hace un oficio por muy poca paga, como el que trilla un maíz para que le paguen con las cáscaras.

Pinche. Orgullo, arrogancia.

Platudo. Con mucho dinero.

Poner la primera piedra. Ceremonia para iniciar una obra.

“Primera”. Juego de cartas con naipes español.

“Principal”. Capital inicial para un negocio.

Pura sangre. De noble estirpe, sin mezclas.

“Quedada”. Mujer mayor que no se ha casado.

Rajar. Hablar mal de alguien, criticar.

Real: Diez centavos de peso.

Reconocedores. Que reconocen la familia hasta parentescos lejanos.

Reguero de muchachitos. Familia pequeña y numerosa.

Revesero. Voluble, cambiante en las relaciones interpersonales.

Rolo. Bogotano o cundiboyacense.

Salir con un chorro de babas. Hacer mal algo; obtener malos resultados.

“Si se tiraban piedras nacían piedras”. Exageración para referirse a la fecundidad de la tierra.

Sin a quien voltear a ver. Desamparado, sin recursos, sin donde caer muerto.

Sin pasar bocado. Sin comer.

Sobandero. Ortopedista empírico, componedor.

Sombrero “a la pedrada”. Caído hacia un lado, al estilo de los cantantes argentinos de la época gardeliana.

Teque. Caballar de poca presencia y paso ordinario. Táparo.

Tocayo. Que tiene el mismo nombre de otro. Es usual cuando el hijo es homónimo del papá.

Una tilde de sal: Apenas un poquito, una pizca.

Vuelta a Oriente. Gira turística por las poblaciones del oriente antioqueño, cercanas a Medellín.

Viendo un chispero. Sin saber qué hacer.

Zangareteando. Caminando a brincos, con dificultad.

FUENTES

- AUTORES VARIOS. *Libro de Oro. Instituto Universitario de Caldas*. Manizales, 1964.
- BOTERO ECHEVERRI, Jaime. *La Saga Botero*. Litografía Solingraf. Sabaneta, Antioquia, 2016.
- CARDONA TOBÓN, Alfredo. “Los Caminos de Ruedas”. En Revista Impronta No. 12. Academia Caldense de Historia. Manizales, 2014.
- CIFUENTES SÁNCHEZ, Francisco. *La Tebaida-Quindío*. Tipografía Luz. Calarcá, 1993.
- COMPILACIÓN DE VARIOS. *Los Mejías somos así*. Manizales, 1989.
- CORTÉS CORTÉS, Abrahán. *Circasia. Su candente historia oculta*. 2a Edición, 2001.
- ESCOBAR GUTIÉRREZ, María Elvira. “Mientras más primo más me arrimo”. Ensayo. En Revista Impronta. Academia Caldense de Historia. Manizales, 2014.
- GOOGLE: Abejorral, Circasia, La Ceja, La Tebaida y Mesopotamia.
- GUTIÉRREZ VILLA, Piedad. *Circasia en la historia*. Universidad del Quindío.
- JARAMILLO MEJÍA, José. Conferencia en el Aula Máxima del Instituto Universitario de Caldas. 1980.
- JARAMILLO RAMÍREZ, Jhon. *El Hombre que fue Flama*. Ensayo. Biblioteca de Autores Quindianos. Armenia, 2010.

- LICHTENBERGER, Andrés. *El pequeño Rey*. Ediciones Paulinas. Buenos Aires, 1964.
- PARSON, James Jerome. ROBLED, Emilio. *Colonización antioqueña en el occidente colombiano*. Imprenta departamental de Antioquia. Medellín, 1950.
- ROJAS ARIAS, Miguel Ángel. *Los nombres de los municipios del Quindío*. Ensayo. Biblioteca de Autores Quindianos. Armenia, 2010.
- ROMERO FLORES, H.R. *Biografía de Sancho Panza*. La Mancha, España, 2004.
- VALENCIA GARCÍA, Héctor de J. *Los Caminos de Vallejuelo*. Reseña histórica de La Unión. Litografía GrafiOriente, Rionegro, Antioquia, Colombia, 2013.
- VALLEJO B., Alejo. *La Tebaida Centenaria*. Impresos Leos. Armenia, Quindío, 2016.

(Ficha técnica)

Formato:	14 x 22 cm.
Caja gráfica:	10,2 x 17,9cm.
Tipo de letra:	Din pro
Tamaño de la letra:	12 puntos
Interlineado:	14,4 puntos
Páginas:	Pág: 178
Papel:	Propalibro beige de 75 grs.
Encuadernación	Rústica plastificado mate

Este libro se terminó de imprimir en los talleres
litográficos de Manigraf Grupo Editorial GM
SAS, en el mes de agosto de 2025.
Manizales – Caldas – Colombia



José Jaramillo Mejía nació en La Tebaida, Quindío, Colombia, el 26 de noviembre de 1940. Asistió a la escuela primaria en Circasia, donde se había radicado su familia cuando era muy niño. Hizo el bachillerato en el Instituto Universitario de Caldas, en Manizales, y posteriormente ingresó a la Universidad de la Vida, una institución ilusoria que recorrió en actividades financieras y comerciales, hasta pensionarse. Después, se dedicó como autodidacta, apoyado en vastas y dispersas lecturas, que han sido su afición, al oficio de editor, escritor y gestor cultural. Ha publicado más de 20 libros de crónicas costumbristas y periodísticas, ensayos históricos y filosóficos, biografías y textos pedagógicos. Es miembro de número de la Academia Caldense de Historia y fue cofundador de la Corporación Rafael Pombo de Manizales, una institución cultural para niños, orientada a la música, la pintura, la literatura y otras actividades artísticas de, cuya junta directiva participó durante 35 años, en varios períodos como presidente. Editor de publicaciones, corrector gramatical y de estilo y conferencista en temas de cultura general. Es columnista habitual del diario La Patria, de Manizales, y de Crónica del Quindío, de Armenia.



9 789584 810045